



# Montañeros,

UNA DAMA EN LAS CUMBRES

SERIE MONTAÑEROS LIBRO #3

J. DE LA ROSA

**MONTAÑEROS**  
Una dama en las cumbres

*Serie Montañeros Libro #3*

J. DE LA ROSA

© Todos los derechos reservados

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales) hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: *Montañeros, una dama en las cumbres*  
Copyright © 2020 - *J. de la Rosa*

Primera edición, marzo 2020

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*  
Maquetación: *J. de la Rosa*

Contacto:  
<http://docerazones.blogspot.com.es/>  
[josedelarosa.v@gmail.com](mailto:josedelarosa.v@gmail.com)

Gracias por comprar esta novela.

*Montañeros,*

UNA DAMA EN LAS CUMBRES

SERIE MONTAÑEROS LIBRO # 3

J. DE LA ROSA

Escucha la música que ha inspirado la novela en la *Playlist de Spotify*: **#Montañeros**

Descubre las imágenes que me llevaron a los personajes, los escenarios donde se desarrolla, el ambiente.  
Sigue mi carpeta de *Pinterest*: **#Montañeros**

No olvides que tu casa está en mi blog  
[docerazones.blogspot.com](http://docerazones.blogspot.com)

Me tienes en:

<https://www.facebook.com/josedelarosa.v>  
<https://www.instagram.com/josedelarosafri/>  
<https://twitter.com/JosdelaRosav>  
<https://es.pinterest.com/josdelarosa/>

¡Gracias!

— *Índice* —

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[EPÍLOGO](#)

[OTRAS NOVELAS DE J. DE LA ROSA](#)

# CAPÍTULO 1

—No estoy segura de haberlo entendido —dijo la señora Foster, visiblemente confundida.

Julie sabía que aquello no iba a ser fácil. De hecho, ya contaba con el no antes de haber convocado aquella reunión extraordinaria del Consejo de Great Peak. Desde que el viejo local de Jack «Salsa de Tomate» McDogerty se había convertido en el lugar de encuentro más demandado de las montañas, tenían que reunirse en el granero de la señora Foster, un lugar demasiado caluroso e incómodo en los meses de verano.

Julie lo había pensado mucho antes de tomar una decisión con la que Jedidiah no estaba de acuerdo, pero por más que lo había meditado, no veía otra salida.

—Serán solo unos días —aseguró—. Y yo correré con los gastos que todo esto pueda suponerles.

—Veamos —intervino el alcalde Johnson—, nos estás pidiendo que...

—¡Que correspondáis de una jodida vez a todo lo bueno que Julie ha traído a este pueblo! —exclamó Jedidiah poniéndose de pie.

Su paciencia tenía un límite, y cuando se trataba de los miembros del Consejo, este era bastante escaso.

Como siempre sucedía, cuando intervenía uno de los «malvados» Mountain el silencio se hizo alrededor. El montañero recorrió con la mirada los rostros demudados de cada uno de los congregados. No le caían bien. Quizá O'Brian era el único que se salvaba. El resto no eran más que un puñado de quejicas que...

—Jed —Julie le tocó el brazo con cuidado—, no es necesario.

—Pero...

—Puedo hacerlo sola.

Lo dijo con aquella sonrisa amable prendida en los labios que lo desarmaba. Jedidiah titubeó y volvió a mirar alrededor. Los congregados mantenían los ojos ocupados, dando a entender que no se habían percatado de aquella interrupción. Decidió hacerle caso a su chica. Se lo había prometido. Que permanecería callado pasara lo que pasara y que no los amenazaría si acordaban no ayudarla. Sin más, volvió a sentarse, aunque la perenne arruga de su frente se frunció un poco más.

—Sé que es incomprensible —continuó Julie, bajando la voz para logra conectar con sus vecinos—. Sé que puede parecer una locura, pero si no fuera importante no me habría atrevido a abusar de la confianza que tienen en mí para pedirles este enorme esfuerzo.

Los miembros del consejo, con aquel vaivén de miradas, se comunicaron unos con otros. Para ellos Julie era una especie de heroína. Gracias a ella la montaña se había librado, al menos en una ocasión, de los funestos planes de Rhett Mountain. Pero aquello que ahora les pedía era demasiado complicado para ellos.

Fue la señora Jefferson quien intervino.

—Tienes que entender que somos gente sencilla. No estamos acostumbrados a ese tipo de cosas.

—Lo sé —le aseguró Julie—. Y valoro el esfuerzo que les estoy demandando. Pero serán solo unos días. El tiempo necesario para que todo vuelva a la normalidad.

—Aunque aceptáramos hacerlo —O'Brian eran el más pragmático—. ¿Estás segura de que no se dará cuenta de que nosotros..?

—Cualquier cosa puede suceder tratándose de ella, pero si siguen mis indicaciones podremos salir airosos.

—¿Y cuándo sería? —preguntó el pastor.

—Mañana. Quizá pasado. El cualquier caso, tendríamos que empezar con los preparativos hoy mismo.

—¿Qué opina Elizabeth McDogerty? Ahora ella es la dueña de la cantina y según nos has explicado... —intervino el alcalde.

—Eli está conmigo. Eso no debe preocuparles.

Más miradas cruzadas. Julie se retorció las manos sobre su vientre que ya empezaba a parecer prominente, mientras el rictus contrariado de Jedidiah se acusaba por momento. Aquello no era una buena idea. Se lo había dicho a Julie esa misma mañana, mientras los dos reposaban abrazados en la cama después de un despertar delicioso. Pero ella había insistido, y si algo había aprendido desde que la conocía era que una vez tomaba una decisión no había marcha atrás.

—Y entiendo... —el alcalde parecía querer encontrar las palabras adecuadas—, quiero decir... los Mountain también te apoyan, ¿verdad?

Jedidiah soltó un gruñido antes de contestar.

—Hasta el final. No lo dudes, Johnson.

Más intercambio de miradas. Más cuchicheos en voz muy baja. Más frente crispada del mayor de los jóvenes Mountain. Al final dio la impresión de que el alcalde recogía las impresiones de todos los miembros del Consejo y hablaba como una sola voz.

—En vista de todo esto, y si el Consejo me lo permite —miró alrededor para recibir los asentimientos aprobatorios de los demás—, creo que es el momento de tratar un asunto delicado.

Julie no fue capaz de adivinar a qué se refería.

—Johnson —gruñó Jedidiah una vez más—, no creo que vayas a hacerlo.

El alcalde se encogió de hombros.

—No es por mí, es por la Comunidad.

Julie no lograba comprender nada. Miró a los otros miembros del Consejo, pero todos parecían muy atentos al intercambio de incredulidades de los dos hombres.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó.

—Sabía que eras ruin —Jedidiah seguía empeñado en recriminarle a Johnson sus intenciones—, pero nunca imaginé hasta cuánto.

Julie optó por la medida más eficaz en aquellas latitudes y que había aprendido a base de observar: dio un zapatazo bien fuerte sobre el suelo de madera.

—¿Alguien me puede decir de qué estamos hablando ahora?

Como ya esperaba, todos la atendieron de inmediato, pero fue el alcalde quien se encogió de hombros y le hizo ver algo que, al parecer, era evidente.

—Los terrenos de pasto de la Comunidad.

—Ni comunidad ni ocho cuartos —atacó de nuevo Jedidiah—. Esos terrenos han sido de los Mountain desde que el mundo es mundo.

—No, según el acuerdo que tu abuelo...

—Al diablo mi abuelo —le costaba trabajo mantenerse sentado, pero le había prometido a Julie...—. No pienso cederlos.

Se cruzó de brazos con tanta fuerza que debió dolerle. Era su última palabra. Sí señor. Su última palabra. No iba a permitir que Johnson, el bueno de Johnson, el inútil de Johnson, le chantajeara. Porque aquello era un chantaje en toda regla.

Por su parte, el alcalde también se recostó en su silla y, con una jactancia a la que todos

estaban acostumbrado, cruzó lentamente los brazos sobre sus costados y elevó las cejas para adoptar una expresión distante.

—Me parece bien —dijo mientras se encogía de hombros—. En ese caso, querida Julie, lamentamos decirte que este Consejo no puede aceptar tu petición —chasqueó los dedos—. Pasemos a otro de los puntos del orden del día.

—Pero, pero... —Julie no daba crédito a lo que estaba pasando. ¿Aquello era una reyerta local que estaba usando su petición de auxilio para saldar viejas cuentas?

—Eres un canalla —Jedidiah lo señaló con el dedo, aunque lo que quería era darle un par de puñetazos—, y lo sabes.

—Se llama negociación —Johnson parecía saberse seguro ante la presencia de Julie, porque en otra circunstancia jamás se habría atrevido a hablarle así a un Mountain—. Algo en lo que tu familia es una experta.

Fue Julie quien comprendió que aquello debía terminarse. Y ya. Y lo supo porque Jedidiah acababa de ponerse de pie, sus puños estaban apretados y un largo mechón de cabello rojizo se le había escapado sobre la frente, lo que le daba un aspecto de verdad peligroso.

—Jed, basta —alzó la mano y lo miró fijamente. En algún momento de su relación le había sacado la promesa de que jamás se pelearía en su presencia, y menos ahora que estaba embarazada. Después esbozó una sonrisa amable y se dirigió al Consejo—. Gracias a todos por su tiempo. Comprendo que no sea posible. Gracias de nuevo.

Sin más, tomó a su chico del brazo e hizo por dirigirse hacia la salida. Sin embargo, aquella montaña de músculos que intentaba mover parecía anclada en el suelo. Lo miró a los ojos. Seguían igual de turbios que hacía un momento. Lo interrogó con la mirada, pero no obtuvo respuesta.

—Y un cuerno —explotó al fin Jedidiah Mountain.

—¡Jed! —Julie no daba crédito. Le había prometido esa mañana...

Con una delicadeza impropia de él, se deshizo de su mano y avanzó hasta donde estaba Johnson. Este se replegó en la silla, asustado al comprender que la influencia que Julie tenía sobre aquel mastodonte había desaparecido. Jedidiah alzó la mano, y su enorme dedo índice se extendió muy cerca de su entrecejo. A su alrededor el silencio era pesado. Incluso Julie no se atrevió a intervenir.

—De acuerdo —que Jed empezara así una frase los desconcertó a todos—, cederé la tierra de pastos un mes al año, en verano, cuando escasea la yerba fresca.

—Tres meses —Johnson no se hizo esperar.

Jedidiah se acercó un poco más a él, más intimidante, más amenazante.

—Eso es un robo a mano armada.

—Podía haber dicho que de manera indefinida, y sin embargo...

Jed pareció pensarlo.

—Dos, y un tercero en caso de que escasee el agua de los manantiales.

Se mantuvieron la mirada. Era un duelo silencioso donde ambos sabían que tendrían algo que ceder.

Julie no daba crédito, pero ya había prendido que en las montañas las cosas se resolvían de manera diferente.

—De acuerdo —dijo al fin el alcalde, muy satisfecho de sí mismo.

Los rostros se relajaron. La señora Foster soltó una de sus lágrimas nerviosa y el pastor palmeó la espalda de su compañero de silla. Jedidiah, por su parte, se retiró lentamente pero se quedó allí de pie, con los brazos cruzados y la frente crispada, consciente de que había perdido una batalla pero no la guerra.

Johnson, con su sonrisa fanfarrona, se volvió hacia ella.

—Mi querida Julie, el Consejo de Great Peak secundará tu plan punto por punto. Nos tienes a tu disposición.

Pero, al contrario de lo que esperaban, aquella noticia no supuso ninguna explosión de alegría para Julie. Los miraba a todos con una expresión de incredulidad difícil de borrar de su rostro.

—¿Lo que he presenciado ha sido un chantaje?

El alcalde amplió su sonrisa, y miró a Jedidiah antes de contestar.

—Habíamos decidido apoyarte antes incluso de que nos contarás toda esa locura, pero... ¿quién no se da el gusto de ganarle a un Mountain?

## CAPÍTULO 2

—No pienso hacerlo —se cruzó de brazos, en un gesto que a su hermano le recordó a cuanto era pequeño y no quería ir a la escuela rural.

—¡Chaz! —exclamó Julie, pues estaba segura de que en cuanto le dijera a su cuñado que fuera a recoger a Tori, lo haría sin problemas.

—No es por ti —se apresuró a aclarar—. Por ti haría lo que fuese. Es que no les caigo bien a las mujeres. Siempre meto la pata.

—Tonterías. Eres un tipo encantador, ¿verdad, Jed?

Jedidiah observaba la escena con una ceja levantada.

—¡Claro! —dijo con fingido entusiasmo.

Julie se acercó a Chaz «Grizzli» Robert Mountain, que permanecía refunfuñando bajo el marco de la puerta, como si necesitara tener cerca una salida.

—Yo tengo que terminar aquí un millón de cosas —le explicó con paciencia—, y tu hermano ha prometido ayudarme. Solo nos quedas tú. Verás como Tori te cae genial.

Julie lo necesitaba —pensaba Chaz— y él le iba a fallar, y eso hacía que se sintiera fatal. Pero su relación con las mujeres era... complicada. Siempre metía la pata, decía algo inadecuado, comentaba lo contrario que se esperaba de él. El caso era que no quería estar cerca de una hora a solas en un coche con la hermana de Julie. ¿De qué iba a hablar? ¿Qué le aseguraba que ella no lo detestaría?

—Seguro que me cae bien —intentó convencerla—. Si es tu hermana debe ser una chica estupenda. Pero no es eso. Prefiero mantenerme... en un segundo plano.

Julie asintió. Había otras formas de presionarlo.

¿Era posible que sus ojos mostraran una expresión triste? —observó Chaz—. Se apartó de él lentamente, caminando de espaldas, con los brazos caídos a ambos lados.

—En ese caso... —Julie bajó la mirada hacia el suelo—, no me queda más remedio que decirle a mi hermana Hortense que tendrá que dormir en el pueblo. Se sentirá muy decepcionada, pero no hay otra opción.

Jedidiah se inclinó hacia ella para susurrarle al oído con una sonrisa pícaro.

—Vaya, aprendes rápido las viejas técnicas de chantaje de Great Peak.

Ella no contestó. Se quedó ahí parada, mordiéndose los labios, como si estuviera a punto de llorar.

Chaz no pudo aguantar la presión. Nunca podía. Si se le escapaba una lágrima a Julie era posible que a él también, delante de su hermano, y eso supondría semanas, meses, quizás años de burlas contantes.

—De acuerdo —cedió—. Iré. Pero solo porque se trata de tu hermana.

El rostro de Julie se iluminó como alumbrado por un enorme sol.

—¡No sabes cómo te lo agradezco!

Chaz prefirió no decir nada más. La hermana de Julie estaba a punto de llegar y él tenía que recogerla en Great Peak. Cuanto antes terminara, mejor. Se tocó el ala del sombrero a modo de saludo y salió de la casa.

Julie estaba satisfecha. En un par de horas la tendría allí, a su hermana, a la que adoraba. Y en un par de horas también debía estar todo en marcha. Por su hermana, con la que había que tener cuidado.

Cuando estuvieron a solas, Jedidiah se le acercó por detrás y le rodeó la cintura con sus brazos.

—¿Cuándo le vas a decir a Chaz que..? —

—Cuando no haya más remedio.

Él le besó el cuello mientras le acariciaba su prominente barriga. Estaba embarazada solo de cinco meses, pero parecía que el nuevo Mountain iba a ser un tipo fuerte.

—Estás desarrollando un retorcido gusto por la intriga —ronroneó él, acercándose a su boca.

—Supervivencia.

—Me encanta la forma en que sobrevives —y se enfrascó en sus labios.

Mientras, Chaz conducía su vieja camioneta, cabizbajo, hasta Great Peak y solo pensaba en una cosa: en estar de vuelta y refugiarse, solitario, en el silencio de su cabaña. Él no estaba hecho para aquello, para acompañar a chicas bonitas, a chicas elegantes de ciudad, que querrían hablar de temas de los que no tendría ni idea y hacer cosas de las que jamás habría oído hablar. Lo único que le permitía estar algo sereno era que se trataba de la hermana de Julie, y conque fuera la mitad de genial que ella, ya sería una chica excepcional.

Llegó a la hora convenida a la entrada del poblado. Las instrucciones que le había dado su cuñada eran claras: «a las puertas de la cantina de Elizabeth». Tenía ganas de tomarse una cerveza. ¿Estaría allí Carlisle? Pero recordó que aquella mañana estaba inspeccionando el cercado de los potrillos, donde hacían falta algunas reparaciones. ¿Y Elizabeth? No. Tampoco estaba. La noche anterior les dijo que aprovecharía para comprar provisiones. Así que no le quedó más remedio que esperar.

Se sentía nervioso. Le sudaban las palmas de las manos y notaba que el cuello de la camisa se le pegaba a la piel como si fuera de goma. Se miró en el espejo retrovisor, no sin antes asegurarse de que nadie lo veía. ¿Por qué hacía aquello? Era la hermana de Julie y su trabajo únicamente consistía en...

Cuando vio aparecer el coche, la mandíbula inferior se le descolgó como si tomara vida propia.

Era la primera vez que veía una limusina, y ahora entendía por qué había tenido que bajar a recoger a Hortense Vanderbilt: era imposible que un vehículo como aquel tomara las escarpadas carreteras de montaña hasta subir a las cubres.

Permaneció expectante mientras el chofer se detenía justo a la puerta de la cantina, se apeaba y abría la amplia puerta trasera.

Primero salió un pie enfundado en unas veraniegas sandalias de tacón alto. Después una pierna embutida en un carísimo pantalón de crep blanco. Y al fin la mujer, que se plantó en medio de la carretera con incomodidad manifiesta.

Chaz no puso qué pensar. Era alta, algo más que Julie, y más delgada. Llevaba una blusa amplia también blanca, un color en absoluto apropiado para los empolvados caminos que debían atravesar. Un largo fular verdoso pendía de su cuello y le llegaba casi al dobladillo del pantalón. Llevaba el cabello oculto por una gran pamelita del mismo tono, y unas enormes gafas de sol que impedían ver sus ojos.

Cuando terminó de analizar el entorno, Chaz pudo ver que en sus labios aparecía una mueca de desagrado y, mientras el chófer empezaba a sacar el equipaje del maletero, ella pareció reparar en él y fue a su encuentro.

Chaz se removió inquieto y tragó saliva. Se estiró las mangas de la camisa y, en un gesto mecánico, se pasó las manos por el cabello. Ella parecía flotar mientras la blanca tela y el ligero fular navegaban a su alrededor. Cuando estuvo a un par de pasos de distancia él le tendió la mano.

—Hola. Soy Chaz...

Pero ella no hizo por estrechársela.

—Ya puede cargar mi equipaje —le indicó con voz desganada—. Cuidado con las sombrereras, son delicadas. ¿Tiene las manos limpias? Odio que mis maletas estén llenas de huellas. Lo exijo siempre en los aeropuertos, claro que aquí...

Chaz titubeó sin comprender de qué estaba hablando. Al otro lado de la calle, el chófer ya había arrancado la limusina. Ni una despedida. Ni una sonrisa. Nada. Sabía por Julie que volvería a la ciudad y regresaría a por Hortense una vez que esta lo necesitara. Lo que su cuñada no le había explicado era que su hermana viajaba... en limusina.

—Verás, yo no... —intentó aclararle.

Pero no tuvo tiempo. Hortense acababa de reparar en la vieja camioneta de Chaz, y parecía no estar muy contenta con su medio de transporte hasta las cumbres.

—¿No pretenderá que me suba a ese trasto?

—¿Qué le pasa a mi coche?

—¡Ah! Es un coche. Por un momento pensé que era un camión de transporte de ganado.

La forma en que trababa a Rosalinda no le gustó en absoluto.

—Es lo mejor que tenemos. Puede subir desniveles de...

—¿Mi hermana no le ha indicado que necesito un mínimo de comodidades? —le interrumpió.

Chaz la miró boquiabierto.

—Esto es la montaña.

Ella no le prestó atención. Estaba estudiando detenidamente a su Rosalinda, como si se tratara de un bicho raro.

—Suponiendo que acepte viajar en ese... lo que sea, si yo voy delante —dijo Hortense—, ¿dónde irá mi equipaje?

La respuesta parecía evidente.

—En la zona de carga.

Hortense se quitó las gafas para que aquel individuo viera sus ojos incrédulos.

—Ni hablar —exclamó con un gesto de asco impreso en la boca—. Está sucia.

Por un momento Chaz se quedó mirando aquellos ojos. Eran los más azules que había visto en su vida, y si no fuera porque el conjunto le empezaba a resultar insoportable, hubiera dicho que los más bonitos.

—Mira —para Chaz lo mejor era dejar las cosas claras—, no sé qué te has creído que es esto, pero...

Ella seguía sin prestarle atención. Se desplazó de aquella forma etérea hasta llegar a la parte trasera de la camioneta, que miró con el mismo detenimiento que horror expresaba su cara.

—¡Hay pelo de animal! —exclamó como si acabara de descubrir un cadáver.

—Ahí es donde cargamos a las ovejas para...

—¡Dios! —de nuevo le impidió terminar—. Me niego a que mis Louis Vuitton toquen esa... cosa.

—¡Alto! ¡Alto! —Chaz levantó las palmas. Aquello se le estaba yendo de las manos—. No sé de qué estamos hablando.

—Me doy cuenta.

Hortense parecía furiosa. Como si su coche, sus montañas, él mismo, les molestaran.

—¿Pero a ti qué te pasa? —le preguntó, porque nunca había entendido a las mujeres, y menos a aquella que tenía delante.

—No hemos sido presentado como para que me hable con esa confianza —dijo con enorme

dignidad.

—¿Presentados?

—¿Mi hermana permite que sus trabajadores le hablen así? —lo miró de arriba abajo—. Siempre ha sido una blanda.

—¿Trabajadores?

—Me quejaré enérgicamente de usted en cuanto la vea y...

Hasta ahí llegaba la paciencia de Chaz. ¿No le habían pedido que llevara a aquella marimandona a las cumbres? Pues eso haría. Y después se metería en su cabaña y no saldría hasta que estuviera seguro de que aquella mujer se había marchado, para siempre si fuera posible.

Sin decir nada, aunque con una expresión en el rostro que quienes lo conocían tomarían como peligrosa, atravesó la carretera, cogió las maletas y sombrereras con ambas manos, como si no pesaran, y las arrojó al vuelo en la parte trasera de la camioneta.

Ella lo miró horrorizada.

—Pero, ¿qué hace!

Él se sacudió las manos. Como si haber tocado aquellos exquisitos envoltorios fuera algo sucio, fue hasta su coche y abrió la puerta del copiloto. Entonces se enfrentó a Hortense, mirándola directamente a la cara.

—Y ahora, suba si quiere, si no, puede hacer el camino a pie.

—¿Cómo se atreve?

Cuando Chaz Mountain perdía la paciencia... perdía la paciencia. Sin decir más subió a su coche y arrancó. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, como si estuviera delante de un desequilibrado. ¿Cómo la iba a dejar allí? No se atrevería. Conocía a hombres como aquel. Mucho hablar pero... pero Chaz arrancó y empezó a subir la empinada cuesta que salía del pueblo para perderse por los tupidos bosques.

Fue entonces cuando a Tori la asaltó una sensación desconocida: pánico. ¿Y si de verdad la dejaba allí? Sola. ¿Y si tenía que ir de puerta en puerta para que le dieran un plato de comida caliente y una manta para dormir en un cobertizo? Cada vez se sentía más aterrorizada, hasta que, veinte o treinta metros más arriba Chaz detuvo el coche y sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Subes o no?

Ella sintió que todo aquel miedo se transformaba en cólera. Jamás, jamás había sido tratada así. Nunca jamás.

Con una mano se sujetó el fular y con la otra las perneras del ancho pantalón blanco, y así fue decidida a su encuentro. La puerta del copiloto seguía abierta. Entró. Se sentó sin apartar la mirada del frente. Cerró de un portazo. Y cruzó los brazos para dar a entender lo enfadada que estaba.

—Mi hermana sabrá todo esto —musitó.

—Seguro que sí. Se lo diré yo mismo.

Tenía que hablar muy seriamente con Julie sobre el servicio —pensó Tori—. Si el mozo se permitía tratarla así... ¿qué no estaría pasando allí arriba? Un escalofrío le recorrió la espalda. En algún momento había tenido dudas sobre su misión. Pero ahora lo veía claro. Meridianamente claro.

—¿Siempre es tan desagradable? —se atrevió a mirarlo a los ojos. Si no fuera un bárbaro podría haber sido hasta guapo.

—¿Yo? —Chaz soltó una carcajada fingida—. ¿Desagradable yo?

Ella prefirió no responder, entre otras cosas porque tenía que sujetarse a algo. En ese instante la destartalada camioneta estaba subiendo una curva que se abría directamente sobre el abismo.

—Esta pendiente es muy inclinada —observó lo evidente.

—Es lo que tienen las montañas —contestó Chaz—. Pendientes inclinadas.

—¿Eso ha sido sarcástico?

—No sé lo que significa esa palabra, pero sí, debe haberlo sido.

Prefirió ignorarlo. No iba a entablar una discusión con un mozo.

—Mi hermana nunca ha tenido buen ojo para el servicio.

—Mira, ¿seguro que eres la hermana de Julie?

—¿No nos parecemos?

Chaz la miró de arriba abajo.

—En nada.

—Pues todo el mundo dice que somos clavaditas.

—Sí, físicamente sí, pero... ¿A ti te pasó algo de pequeña?

La estaba mirando.... Escudriñando. Se sintió incómoda. ¿Qué habría querido decir aquel tipo?

Tuvo que agarrarse más fuerte a su asiento, porque la pendiente se hacía más acusada. Miró por el espejo retrovisor. Cinco o diez metros por detrás de ellos la carretera desaparecía y se abría a un amplio precipicio. El mismo que habían bordeado y del que no se apreciaba el fondo.

—Esto es pavoroso —era imposible comunicarse con aquel hombre—. Por cierto, ¿ha atado mis maletas?

Como si la hubieran escuchado, sus carísimas Vuitton y sus elegantes sombrereras salieron disparadas de la trasera de la camioneta, rodaron por la carretera ante sus asombrados ojos que no perdían detalle a través del espejo retrovisor, y desaparecieron por el precipicio.

No pudo hablar.

No le salió ni siquiera una queja de su garganta.

Había desaparecido todo: su neceser, su ropa de montaña, de diario, de cóctel...

Solo, unos segundos más tarde, se atrevió a mirar a aquel individuo.

Chaz se encogió de hombros.

—Las pendientes. Son muy inclinadas.

## CAPÍTULO 3

—¡Aquí están! —exclamó Julie sin poder contener la emoción.

¿Desde cuándo no veía a su hermana? Desde que se había ido a vivir a Great Peak, por supuesto, y de eso hacía ya ocho meses. Nunca, jamás habían estado tanto tiempo separadas. Era evidente que Tori vivía en otro mundo, el de las fiestas sofisticadas y los grandes acontecimientos sociales, pero aun así siempre habían encontrado un hueco para estar juntas aunque solo fueran unas pocas horas.

La destartalada camioneta se detuvo delante de la casa. En verano los caminos estaban polvorientos, de ahí que se pareciera más a una pechuga empanada que a un vehículo.

Chaz salió del coche, con aquel ceño fruncido, señal de fábrica de todos los Mountain. Dio un portazo y se dirigió directamente a los establos, a grandes zancadas y sin mirar hacia atrás.

No es que fuera un hombre de estilo delicado, pero aquella actitud furiosa le extrañó a Julie. Conocía el corazón de Chaz y estaba segura de que, al menos por ella, sería cortés con Hortense.

—¿Habrá pasado algo? —le preguntó a un Jedidiah tan extrañado como ella que, siguiendo sus instrucciones, iba a actuar como el perfecto anfitrión.

—Ya sabes —supuso—, su problema con las mujeres.

La puerta del acompañante se abrió entonces y ahí estaba Tori, preciosa y elegante como siempre. Quizá un poco inadecuada para unas montañas como aquellas, pero increíble al fin y al cabo.

Nada más verla, Julie fue consciente de cuánto la había echado de menos, a pesar de lo distintas que eran la una y la otra.

—¿Cómo puedes permitir que me traten así?! —fue lo primero que salió de la boca de Hortense, mientras señalaba con un dedo acusador en la dirección que se había marchado Chaz.

—Pero... ¿Qué ha pasado?

El rostro de Hortense estaba congestionado. Parecía fuera de sí, algo que pocas veces sucedía en alguien tan relajado como ella.

—El mozo que has mandado a recogerme —exclamó indignada—. Carece de... carece de... ¿Pero qué tipo de educación ha recibido ese hombre?

—Tori, esto es un poco distinto de...

—Ha perdido mi equipaje —dijo una patada en el suelo—. Todo mi equipaje. ¿Sabes cuántos miles de dólares están ahora en el fondo de un barranco al acecho de los buitres y los leones?

—Aquí no hay leones.

Para Tori, la montaña era sinónimo de Gstaad, Aspen o St. Moritz, donde lo más refinado de la alta sociedad americana y europea se reunía para jugar a los cuentos de hadas. Pero aquello, aquellas montañas salvajes, no tenían nada que ver con las fiestas iluminadas con antorchas, los trineos imperiales, y los sirvientes de impoluta librea.

—Y todo porque se le ha olvidado atar el equipaje —volvió a patear Tori el suelo—. ¡Atar el equipaje! ¿A qué tipo de gente contratas?

—Chaz no es...

Intentó sacarla de su error, pero no la dejó.

—Y mira alrededor. Aquí no hay nada.

—¿Qué quieres que haya?

Su hermana la observó como si no la comprendiera. ¡Claro que allí no había nada! No quería

entra en detalles del tipo «si te apetece tomar unos Macaron antes de acostarte». Pero había otras muchas cosas fundamentales en la vida de una mujer de ciudad: comprar un bolso, cenar en Dino's, hacerse el color, encontrar el nuevo tono de uñas de la temporada. No quiso referir ninguno de esos ejemplos porque su hermana la trataría de frívola.

—¿Y si te pones enferma? —dijo, como si fuera la primera idea que le había venido a la cabeza—. ¿Y si Eleanora nace antes de tiempo? ¿Y si..?

—¿Eleanora? —Jedidiah arrugó la nariz. ¿De qué no se había enterado?

Dio la impresión de que Tori reparaba en él por primera vez. Lo miró de arriba abajo. No era mal parecido. Al menos su hermana tenía buen gusto para el servicio. Que sirvieran para algo... eso ya era otra cosa.

—Por favor, lleve mi bolso dentro —le dijo a Jed, tendiéndole su Hermès Birkin Bag, para volverse de nuevo hacia su hermana—. ¿Te he dicho que he perdido todo el equipaje?

Julie comprendió que acababa de llegar el momento de presentarle al hombre que amaba.

—Tori, este es Jedidiah.

—¿Jedidiah?

—El futuro padre de...

Hortense volvió a mirarlo de arriba abajo. Tardó en comprenderlo. Había esperado... había esperado...

—¡Ah! —puso cara de póker—. Ese Jedidiah. Un placer.

Jed suspiró. Julie le había hablado mucho de su hermana pero, quizá por descuido, se le había olvidado decirle lo especial que era. Empezaba a entender las malas maneras de Chaz, y también lo difícil que iba a resultar el plan de su chica.

Decidió hacer lo más inteligente: quitarse de en medio.

—Te ayudaré con el bolso —le sonrió para, seguido, lanzarle una mirada acusadora a Julie —, y después tú y yo hablaremos sobre «Eleanora».

Desapareció por la puerta de la cabaña, dejando a las dos mujeres a solas. Solo entonces Julie se dejó llevar. Recorrió los pocos pasos que la separaban de su hermana y se fundió en un profundo y sincero abrazo.

—¡Tori, al fin te tengo aquí! Te he echado de menos.

—Y yo a ti —fue correspondido con la misma intensidad—. Mamá no podrá venir. Ya sabes. Su dolor de cabeza. Y papá...

—¿Sigue enfadado?

—No comprende nada. Él es un hombre práctico: su hija viviendo en medio de la nada, sin más recursos que un amanecer y un anochecer. No. Ni quieras que lo comprenda.

Se separaron aunque no perdieron el contacto, cogidas de la mano. Julie miró a su hermana directamente a los ojos.

—¿Y Tú?

—Yo he venido a sacarte de aquí.

Contestó sin más.

Por alguna razón, Julie había albergado la esperanza de que aquella idea hubiera salido de la cabeza de Hortense. Había sido su cantinela desde que anunció que se mudaba a vivir a Great Peak ocho meses atrás. Esa era, además, la razón anunciada de su viaje «Sacarte de allí, cueste lo que cueste». Pero por alguna razón Julie estaba segura de que en cuanto respirara aquel aire limpio, recorriera los senderos bordeados de abetos fragantes, y escuchara el trino de los pájaros en aquella deliciosa tarde de verano, se avendría a razones.

A veces no comprendía cómo podía conocer tan poco a su hermana.

—Otra vez no, Tori —exclamó con desgana—. Lo hemos hablado hasta la saciedad.

—Y no me has hecho caso. Mírate. Te has asilvestrado. ¿Qué seguridad tienes aquí? Hemos tardado casi una hora en subir hasta esta... esta...

—Cabaña —la ayudó a concluir.

—Lo que sea —le quitó importancia—. Tú no estás hecha para esta vida, Julie. Y yo me voy a encargar de que lo comprendas.

¿Cómo hacerle entender —pensó su hermana— que aquel era exactamente el modo de vida que quería tener? Libre, salvaje, real. Ni siquiera en la época en la que creyó pertenecer a una sociedad dentro de la que había nacido, se sintió alguna vez a gusto. Solo cuando había subido a aquellas montañas, había respirado su aire fresco y limpio, tocado con sus manos la tierra salvaje, tiritado empapada por los helados manantiales de montaña, había comprendido que aquel era su lugar en el mundo... y después estaba Jed.

—Tori, estoy enamorada de Jedidiah —dijo como si de verdad su hermana necesitara más razones.

Hortense pareció pensarlo y dulcificó un poco el gesto. Aquella cabaña podía ser pintoresca, pero vivir en ella día tras día debía ser una experiencia terrible.

—Reconozco que no es mal parecido —concedió Tori—, pero papá puede buscarle un trabajo en la ciudad. Nos tendrás a todos nosotros, tu círculo social, al mundo al que de verdad perteneces. Aquí solo envejecerás ante los ojos de las cabras y los leones. El amor pasa, Julie, y cuando te des cuenta puede ser demasiado tarde.

Aquella conversación podría alargarse horas, días, incluso meses. Julie prefirió darla por zanjada. Esbozó una sonrisa y tomó a su hermana por el hombro.

—No hablemos más. Debes estar cansada.

—Soportar una hora de mutismo de tu inútil trabajador no ha sido fácil, créeme.

—De nuevo te refieres a Chaz.

—Creo que sí. En algún momento dijo su nombre.

¿Cómo explicárselo sin que se ofuscara aún más?

—Verás... Chaz no es un trabajador. Es mi cuñado. Es el hermano de Jedidiah.

Tori se detuvo en seco y la miró con incredulidad.

—¿Cómo? Esto es aún más terrible de lo que esperaba.

La sonrisa divertida que Julie intentó esbozar se convirtió en una extraña mueca.

—Pues aún no te he contado lo peor.

## CAPÍTULO 4

—Es una broma, ¿verdad —dijo Hortense, mirando a su hermana como si fuera una desconocida.

—¿No pretenderéis que yo..? —añadió Chaz, incrédulo ante lo que le acababan de proponer—. Eso no va a suceder nunca. No vayas a intentar convencerme, Jed.

Julie ya suponía que iba a haber cierta resistencia, pero no imaginaba tanta.

A su hermana no le había causado mala impresión el interior de la cabaña que Jedidiah y ella compartían. Estuvo de acuerdo en que era acogedora y muy «pintoresca». Mientras, Chaz había estado rumiando junto a la puerta, con las manos en los bolsillos y una expresión tenebrosa en el rostro. Sin embargo, el ambiente relajado que había conseguido por unos minutos había desaparecido de un plumazo cuando Julie había anunciado lo inevitable.

—Aquí es imposible que te alojemos, Tori —repitió una vez más—. Jed ha desmontado el otro dormitorio. Él mismo piensa hacer los nuevos muebles antes de que llegue nuestra pequeña...

Jedidiah la miró con una ceja levantada

—¿Eleanora?

Pero Julie hizo como que no le había oído.

—La cabaña de Chaz es perfecta —prosiguió, intentando parecer entusiasmada—. No es grande pero sí pintoresca. Más que esta, incluso. Y tiene dos dormitorios amplios. Gozarás de todas las comodidades.

Los ojos de Tori expresaban la incredulidad de alguien que no llegaba a entender cómo su hermana le estaba haciendo aquello.

—¿Pretendes que duerma con... con él, en el mismo cubículo perdido en medio de estas... estas montañas?

Chaz se dirigió a su hermano, el que le había traicionado confabulando aquella aberración a sus espaldas.

—¿Aguantarla a todas horas? —le dijo a jedidiah lo suficientemente alto como para que las chicas lo escucharan—. Ni hablar. No cuentes conmigo. Y tú y yo hablaremos cuando esta pesadilla haya pasado.

Julie comprendió que tenía que poner orden. Si dejaba que los remilgos de Tori se salieran con la suya y la intransigencia de Chaz tomara el control, aquello iba a ser un desastre.

—Chicos, debemos adaptarnos. Esto no es la gran ciudad. Aquí los recursos son limitados. La familia debemos apoyarnos unos a otros.

Tori dio por zanjada la discusión.

—Prefiero dormir en el porche.

—Buena idea —Chaz lo cogió al vuelo—. Asunto zanjado.

Con eso estaba solucionado. Ya no tendría que ver más aquella nariz estirada, porque no pensaba aparecer por allí hasta que no tuviera la absoluta certeza de que había vuelto a la gran ciudad, donde seguro que un puñado de mequetrefes le doraban la píldora y le reían las gracias.

Sin más, abrió la puerta y se dispuso a salir.

—Ni se te ocurra marcharte —lo detuvo la voz cortante de Julie que, inmediatamente, se volvió hacia su hermana—. Tú dormirás en la cabaña de Chaz. Y tú —ahora hacia él—, serás amable con Hortense.

Su cuñado la miró como si acabara de pronunciar una blasfemia.

—¿Yo? —se puso la mano en el corazón—. Es ella la que dice cosas extrañas y me trata como...

—¿Cosas extrañas? —las manos en las caderas, algo muy poco de la alta sociedad—. Podrías haberme dicho que eras el hermano de Jedidiah.

—No me dejaste.

—Permitiste que me comportara como una imbécil. Y has perdido mi equipaje.

—Si me hubieras permitido hablar, te habrías enterado de todo, listilla.

Jedidiah se decidió a intervenir, a pesar de que le había asegurado a Julie que permanecería al margen para no meter la pata. Dio un paso al frente y se interpuso entre los dos.

—¡Eh, eh, calma! Serán unos pocos días. Terminaremos riéndonos de esta graciosa anécdota.

—No lo creo —Tori se cruzó de brazos y le dio la espalda.

—Te aseguro que no —Chaz hizo un tanto de lo mismo.

Julie le agradeció a Jed aquel gesto, pero había servido de poco. La mala fortuna de un pésimo primer encuentro había creado aquella situación, a primera vista, irresoluble. Pero conocía a Tori y conocía a Chaz, y sabía que con el paso del tiempo se convertirían en... personas que no se peleaban. Sí. Esa era la triste realidad. Su hermana era insoportable y su cuñado un cabezota. Y aquello tenía pinta de que no se iba a solucionar. Decidió atacar por el lado estético.

—Tori, conoce la cabaña —fue hacia ella y le puso una mano en la cintura—. Verás cómo termina gustándote. Siempre te han agradado las cosas pintorescas.

—Esto es más patético que pintoresco, Julie.

¿Estaba a punto de llorar?

—¿Y si damos un paseo hasta tu casa, Chaz? —de nuevo aquella expresión falsamente entusiasmada en los ojos de Julie—. Servirá para relajarnos.

Ninguno de los dos respondió, lo que Julie tomó por un sí.

Salieron sin mediar palabra. Jedidiah miraba a su chica con rostro sombrío, aunque ella intentó tranquilizarlo, guiñándole un ojo. Subieron hasta la cabaña de Chaz, mientras la tarde de verano se ponía en el horizonte, lanzando un fabuloso espectáculo de rosas y rojos en el cielo. Pero Hortense era ajena a aquello. Caminaba muy tiesa, con la vista puesta en el suelo y un mohín de disgusto en la cara que no podía disimular. Chaz y Jedidiah iban unos pasos por detrás, tan mudos como ellas dos. Jed sabía por lo que estaba pasando su hermano, y no se sentía satisfecho por haberle hecho aquella encerrona, pero Julie decía que era por su bien, y su chica siempre tenía la razón.

La cabaña era muy parecida a la otra, aunque más pequeña. Tori no atendió a ninguna de las palabras entusiastas de su hermana narrando las virtudes de la madera, de las vistas, de la confortabilidad de una casa en la montaña. Entraron tan en silencio como habían salido de la otra construcción. Se encontraron con un salón amplio con aspecto de que había pasado por allí una legión de soldados después de una batalla, una cocina desordenada con pilas de platos sucios en el fregadero. ¿Aquello que colgaba de la silla eran unos calzoncillos? Sí, lo eran. Y la mesa no era de mármol, no, sino de madera, pero la capa de polvo era tan gruesa que parecía el vetado de la piedra caliza.

Tori no dijo nada. Lo observó todo con una fingida indiferencia, aunque Julie, que la conocía, sabía que estaba a punto de estallar. Fue hacia la cocina y abrió el grifo. Un chorro bastante endeble borbotó, haciendo ruido en las cañerías.

—¡Hay agua corriente! —exclamó mirándolos a todos.

Julie ya no sabía cómo alentarla.

—No seas cínica —le dijo.

—¿De verdad quieres que me quede aquí?

—Estarás cómoda. Créeme. Chaz es un cielo de hombre.

—Entiendo que hablas de otro Chaz al que aún no me has presentado.

—¡Tori! —¿Cómo podía ser tan descarada? Su cuñado estaba allí. Era el que las miraba con cara de toro bravo a punto de embestir.

Hortense tragó una profunda bocanada de aire. La necesitaba. Hacía aquello por su hermana. Para hacerle comprender lo equivocada que estaba habiendo abrazado aquella vida bárbara. La situación absurda en la que se encontraba metida solo le daría fuerzas para encontrar los argumentos necesarios, que Julie entrara en razón y se marchara con ella a la ciudad. Con o sin Jedidiah. A esas alturas ya le daba igual.

—De acuerdo —dijo soltando el aire de sus pulmones—. Pasaré esta noche aquí, pero mañana...

—Mañana lo verás todo de manera muy distinta. ¿Verdad, Chaz?

Él se volvió hacia su hermano y lo miró con ojos inyectados en rencor.

—Esto no te lo voy a perdonar.

Jedidiah no contestó porque estaba siendo arrastrado hacia el exterior por su chica, que no quería que las cosas empeoraran.

Cuando Hortense y Chaz Mountain se quedaron a solas se hizo el silencio. Él permanecía huraño, con las manos en los bolsillos, sin apartarse de la puerta. Ella miraba alrededor con fingida indiferencia, aunque en verdad los demonios la llevaban por dentro.

—¿Dónde se supone que debo dormir? —lo preguntó con una ceja alzada.

—Sofá —señaló—, o cuarto de la difunta abuela.

—¿Difunta?

—Hace ya más de un año, no te preocupes —si tenía que tragarse a aquella mujer, al menos se divertiría—. Dijeron que las garrapatas que se le escaparon del cuerpo cuando falleció no durarían vivas en la borra del colchón.

—¿Garrapatas?

—Si alguna hubiera sobrevivido, las cucarachas de las montañas seguro que han dado cuenta de ellas. Se comen hasta a los ratones.

Hortense carraspeó. Aquel bárbaro no sabía con quién estaba hablando.

—Crees que soy idiota e intentas asustarme. Pues no señor, dormiré en el cuarto de la difunta abuela. No se hable más.

—Muy valiente —aplaudió—. Espero que hayas traído protección.

—¿Es otra de tus bromas de mal gusto?

Una sonrisa maléfica se formó en los labios de Chaz.

—Estamos en verano. Hay mosquitos. Y los de aquí son muy, muy grandes.

Ella suspiró. Al parecer aquel tipo sin modales estaba convencido de que aquella estrategia podía llegar, no ya a buen puerto, sino a puerto alguno.

—Comprendo que la única forma de halagar a una mujer para alguien que vive donde no hay mujeres sea asustándola con el oscuro fin de que acuda a tus brazos —lo miró de arriba abajo—. Pero eso no funciona para una que tenga más de cuatro años, como ya habrás descubierto.

Él se encogió de hombros.

—Tú misma. Yo me voy a dormir. Que pases buena noche.

Sin más subió la escalera, dejándola a solas. Aquello rayaba el salvajismo. Jamás, jamás de los jamases se marchaba uno dejando desatendidos a sus invitados. Pero qué podía esperar de aquel individuo. Era muy probable que lo más parecido a una buena educación que había recibido

fuera no comer con las manos.

Hortense miró alrededor mientras la recorría un escalofrío por la espalda. ¿Habría cucarachas? Le pareció que algo se movía tras la pila de platos. ¿Y qué era aquel ruidito? ¿Un ratón intentando salir de su escondrijo? No estaba dispuesta a comprobarlo, así que, intentando aparentar una dignidad que no sentía, lo siguió hasta la planta de arriba.

Se encontró con tres puertas gemelas. Dos estaban abiertas. Un dormitorio y un baño que parecía decente. La tercera cerrada a cal y canto. Allí era donde debía de haberse refugio aquel bruto. Una osera donde, esperaba, no volviera a salir.

El cuarto donde dormiría parecía sacado de una película del oeste. Una cama tan alta que tendría que dar un salto (¿cómo lo haría la abuela?), un ropero que debía haberse hecho leña un par de décadas atrás, y un aguamanil, único detalle —supuso— decorativo.

El ropero estaba vacío y no tenía perchas. Al parecer se habían desecho de todas las cosas de la anciana. No lo pensó. Cuanto antes se quedara dormida, antes amanecería, y antes podría llevarse a su hermanita de aquel infierno.

Fue hasta la otra habitación y golpeó la puerta con los nudillos.

Chaz tardó en abrir. Tenía la frente fruncida, iba descalzo y llevaba la camisa abierta, algo del todo inapropiado. Ella evitó mirarlo.

—No tengo ropa para dormir —expuso con exigencia.

—Aquí no la usamos.

—Insisto. Necesito un camisón.

¿De verdad tenía que soportar aquello? Pensó Chaz. Suspiró, con cara de derrota. No era alguien que se diera por vencido, pero con aquella mujer... se quitó la camisa y se la tendió, moviéndola en el aire para que ella la tomara.

Hortense la miró horrorizada, la tela de cuadros bailoteado ante sus ojos. ¿Cómo se atrevía? Aquel tipo era... era... era muy musculoso, la verdad. Debía reconocer que la vida en el campo no le sentaba mal.

—No pienso ponérmela. Prefiero que me coman los mosquitos —exclamó, alzando la barbilla.

—Pues mañana ese conjuntito estará muy arrugado —señaló su impecable traje blanco—, a menos que te decidas a dormir como lo hacemos en las montañas.

Sin más, se desató la hebilla y se bajó los pantalones. Solo se quedó con unos antiguos calzoncillos de algodón, de esos que llevaban los abuelos. Ella lo miró de arriba abajo. Sí. Debía reconocer que el aire de la montaña no sentaba mal. Pero no le iba a dar el gusto de reconocérselo.

Le lanzó una sonrisa que tuvo forma de mueca, le arrancó la camisa de las manos, se dio la vuelta y entró en su habitación, cerrando de un portazo.

Estaba cansada. Muy cansada como para jugar a tonterías con un animal.

A la mañana siguiente, en cuanto amaneciera, tendría una larga conversación con su hermana.

Retiró las sábanas y olisqueó entre ellas. Se llevó una sorpresa. Olían bien. A jabón y a sol. Seguro que Julie se había encargado de aquello. Se quitó la ropa con cuidado, doblándola pulcramente, y dejándola dentro del ropero. Podía dormir en ropa interior, pero era algo del todo inadecuado. Miró la camisa, que había dejado sobre el pomo de la puerta. La tomó con las puntas de los dedos. Sería solo una noche. Una noche de sacrificio y nada más.

Se la puso con cuidado, como si con su solo contacto pudiera coger una enfermedad mortal. Sin pensarlo, se metió en la cama. Y mientras se dormía, por su mente pasó una idea extraña: aquella camisa olía realmente bien.



## CAPÍTULO 5

Aquella mañana, cuando Julie accedió a la vieja bodega de Jack «Salsa de tomate» McDogerty, ya estaban todos allí. Se encontraba nerviosa. Nerviosa no, atacada. Aquel día todo debía salir perfecto y para ello contaba con la buena voluntad de la gente de Great Peak. Se había adelantado, dejando a Jedidiah los últimos recados. En breve llegaría Hortense y debía hacerla creer que aquel pueblo minúsculo, perdido en las altas cumbres, era el no va más de la sofisticación.

Lo que había conseguido Elizabeth, la novia de primo Carlisle, con aquel local ruinoso, era casi un milagro. Había sabido aprovechar el viejo aire montañero, manteniendo la usada barra de bar, o la gran estantería donde en el pasado se apiñaban provisiones, armas y enseres de caza. Pero había dado un aire cálido y hogareño con el resto del mobiliario, con las tapicerías y con conceptos tan modernos y extravagantes para los vecinos de Great Peak, como las copas de cristal y los bajo platos.

El local era en aquel momento un hervidero, dirigido a duras penas por una Elizabeth que daba indicaciones a diestro y siniestro, corregía con delicadeza lo que no estaba a su gusto y se remangaba cuando había que echar una mano. ¿A quiénes? A todos los vecinos del pueblo que, como habían prometido, estaban prestos a ayudar.

Cuando Elizabeth reparó en su presencia fue a su encuentro.

—¿Qué te parece? —le preguntó, mientras apartaba una gota de sudor de su frente.

Julie lo observó todo con evidente aprobación.

—Está perfecto. Mucho mejor de lo que esperaba. Va a ser un éxito.

Y tenía razón. Las mesas se mostraban espectaculares, con los nuevos manteles de color añil y discretos ramos de flores blancas silvestres, había un bufé bien surtido con platos de la tierra que se habían encargado de preparar alguna de las vecinas, y sonaba una música agradable, algo de jazz, que daba a aquel ambiente rural el toque justo de sofisticación.

Elizabeth no parecía tan satisfecha.

—¿Tomamos un poco el aire?

Julie miró a su amiga. Hacía tres meses que se habían conocido, pero ahora eran uña y carne. Eli fue la primera que la apoyó en aquella loca idea que estaban llevando a cabo, y la primera que se había ofrecido a hacer lo que hiciera falta. Antes incluso que Jedidiah, que seguía con la frente fruncida, pensando que todo aquello era una locura. Julie asintió y ambas salieron al amplio porche.

—¿Sucede algo?

—Sabes que te apoyo al cien por cien...

—Pero...

¿Cómo se lo decía?

—No estoy muy segura de que esto vaya a salir bien.

Julie la miró sorprendida. Si eso se lo hubiera dicho una semana antes le habría dado la razón, pero ahora que el local estaba preparado a las once en punto de la mañana, y con tan buen gusto.

—Pero si está todo perfecto. Y ya están aquí casi todos los vecinos.

Elizabeth arrugó la frente.

—Nadie sabe qué es un brunch.

Aquello la calmó. No parecía nada grave. La mayoría de los habitantes de Great Peak eran personas mayores que jamás había salido de aquellas montañas. Los nuevos conceptos eran para ellos tan extraños como marcianos.

—Se lo expliqué detenidamente al alcalde Johnson —tranquilizó a su amiga—. Una especie de almuerzo antes de hora —sonrió al recordar las costumbres de su hermana—. Hortense no puede vivir sin sus brunch del domingo, y en Great Peak podrá comprobar que estamos tan al día que...

—No lo entiendes —Elizabeth no la dejó terminar—. Para ellos el desayuno es una cosa y el almuerzo es otra. Entre uno y otro no puede existir nada.

—Pues les diremos que es un almuerzo —tenía fácil solución. No entendía cómo a Eli, acostumbrada a tratar con fieros abogados de la gran ciudad, le inquietaba aquella nadería.

Su amiga suspiró.

—La señora Foster insiste en que un almuerzo se hace en la casa de uno. Cuando se reúne a todo el pueblo... es una celebración.

—Eli, da igual cómo lo llamen. Eso es lo de menos.

—No. No lo es —parecía muy, muy cansada—. Al ser una celebración, la señora Foster y la señora Jefferson han decidido venir vestidas de fiesta y, ¿sabes desde cuándo no hay una fiesta en este pueblo? Desde hace dos décadas. Los vestidos son... en nada parecerá esto un local sofisticado como pretendes.

Sabía que los vecinos de Great Peak podían ser testarudos, pero todo aquel revuelo por nada...

—No creo que sea para tanto.

—Mira.

Elizabeth le señaló a través de la ventana, para que mirara al interior. Acababan de entrar en el salón, provenientes de la cocina, las dos vecinas que había nombrado su amiga. Los vestidos no tenían nombre. Ambos eran largos, hasta los pies, el de una de un tono blanco brillante muy parecido a un vestido de novia que a su edad encaba regular. Tenía dos grandes moñas en los hombros y otra más en la cintura. El conjunto parecía, cuanto menos, inapropiado. La señora Jefferson no mejoraba el conjunto. Su traje, de color verde botella, encajaba mal con su piel rosácea y su cabello gris. Debía tener varios cancanes por debajo, porque se parecía a una archiduquesa austrohúngara. Remataba el merengue con una pamelita a lo Escarlata O'Hara, que obligaba a los demás a apartarse cada vez que se giraba para hablar con unos y con otros.

Julie intentó buscar un argumento con el que explicarle aquello a su hermana.

—Podemos decir que son millonarias excéntricas.

Elizabeth levantó una ceja. Aquello no era todo.

—Y después está el asunto del pastor.

—¿Qué le pasa al pastor?

Suspiró de nuevo.

—Quiere bendecir la mesa.

Se lo había insinuado la última vez que se cruzaron, pero estaba segura de que aquel asunto estaba zanjado.

—No se puede bendecir la mesa en un brunch —se quejó, como si su amiga tuviera algo que ver—. Es algo... informal.

—Díselo a él. Ha escrito un discurso.

—¿Un discurso?

—«El pecado y la ira de Dios» —amplió las manos en el aire, enmarcándolo—, ese es el

título.

Dos ancianas vestidas como extras de una película ambientada en la corte de Maximiliano de Austria y un religioso que intentaría levantar conciencias. A Tori aquello no le iba a gustar.

—¿Algo más? —preguntó, segura de que no podía haber nada peor.

—Está lo del alcalde Johnson.

¿También?

—No creo que Johnson haya puesto ningún impedimento —estaba segura. Él no—. Es un hombre sensato, y de mundo.

—Pues míralo.

De nuevo señaló el interior. El viejo alcalde estaba trasteando sobre una tarina en un lateral del salón. Ordenaba una especie de ábaco y amontonaba unas fichas numeradas. Había desenrollado un tapete y manipulaba una bolsa de fieltro parecida a las que llevaban los ladrones en las películas del Oeste.

—¿Qué está haciendo?

—Pretende montar un bingo.

A Julie casi se le desencaja la mandíbula.

—¿Un bingo? Eso terminaría por deshacer los nervios de Hortense. Los odia.

El panorama no podía ser más gris. Lo que se había planeado como una elegante reunión a la hora del brunch empezaba a tener todo el aspecto de una verbena. Elizabeth se apartó su rubio cabello de la cara y la tomó por el brazo.

—Julie. Cuentas con mi apoyo —se lo dijo mirándola a los ojos, porque se acababa de dar cuenta de que empezaba a hiperventilar—. Lo daré todo. Al cien por cien. Pero quizá sería buena idea ir pensando en suspender todo esto.

Aquel era el primer evento organizado para convencer a Tori de que la vida en la montaña podía asemejarse a la vida en la gran ciudad. No podía echarlo a perder.

—Ni hablar —dijo con firmeza—. Chaz y Tori llegarán de un momento a otro. Apenas tenemos tiempo.

Jedidiah hizo acto de presencia en ese momento. Había bajado a caballo desde las cumbres, pero ellas habían estado tan preocupadas con su conversación que no se habían dado cuenta de su llegada. Como siempre, le dio un beso a su chica y miró a través de la ventana.

—Veo que todo marcha bien.

Julie lo miró a los ojos. No guardaban ningún secreto para ella. Y allí estaba. Aquella sombra gris. Por mucho que él intentara ocultarlo, ella sabía que algo había ocurrido allí arriba, en Snowy Hill, donde tenían sus tierras los Mountain.

—A ver, suéltalo.

Él se quitó el sombrero, y lo arrugó entre sus dedos.

—He hecho lo que me has pedido —bajó la mirada. Parecía un niño arrepentido—. Antes de bajar al pueblo, he montado hasta la cabaña de Chaz, le he dejado la cesta de desayuno y la muda de ropa que has preparado para tu hermana.

—¿Y?

Tragó saliva.

—Mosquitos.

—¿Mosquitos? —no sabía a qué se refería, pero Elizabeth se llevó la mano a la boca.

—Se han cebado con ella —confirmó Jed—. Ha dormido con la ventana abierta y, ya sabes, el arroyo...

Hortense odiaba los mosquitos. Los bichos en general, pero en particular los mosquitos. El

picor hacía que perdiera la paciencia. Y tal y como la dejó el día anterior, ya le quedaba poca.

—¿Está de mal humor? —se atrevió a preguntar.

—Dolorida más bien. Se ha puesto de mal humor después de haber usado el remedio para calmar el picor —se rascó la cabeza—. Y eso que ha sido efectivo. Siempre es efectivo.

Elizabeth soltó una carcajada, que en aquel ambiente sombrío sonó fatal.

—Jed, no me creo que... ¡Es una chica de ciudad!

Jedidiah arrugó la frente.

—El meado de yegua no distingue dónde has nacido.

De nuevo la mandíbula de Julie estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Has hecho que mi hermana se embadurne en... meado?

—Noooo —aclaró al instante, alarmado—. ¿Cómo puedes pensar eso?

Julie respiró aliviada. Solo pensarlo había conseguido que le entrara un dolor intenso entre los omóplatos.

—Ufff... por un momento creí...

—Quien lo ha hecho ha sido Chaz. Estaban discutiendo sobre este asunto cuando yo he aparecido.

Julie se tapó la cara con las manos. Tenía ganas de gritar, pero no podía hacerlo. Tenía que tomar las riendas de la situación y reconducirla de nuevo por un sendero de armonía. ¡Armonía! Conocía a Tori. Estaría hecha una furia. Y Tori hecha una furia era alguien a quien temer.

—¿Y has conseguido calmarla? —casi rogó.

—He conseguido salvarme. Nos ha arrojado los platos sucios, los candelabros de hierro y las pistolas del abuelo. Menos mal que estaban descargadas.

Ella se apoyó en la barandilla del porche. Si en ese momento se la tragaba la tierra sería feliz.

—Dios. Esto es un desastre. Un auténtico desastre.

Carlisle apareció con su sonrisa de siempre. Olía a colonia fresca y llevaba el cabello aún mojado. Los saludó, sin poder apartar los ojos de su chica. Y hasta ella fue, hasta Elizabeth, a la que abrazó por detrás para poder darle un beso en la nuca.

—¿Han llegado Chaz y tu hermana? —preguntó, sin percatarse de las miradas crispadas de los presentes—. Estoy deseando conocerla.

—No —gimió Julie—. Y me gustaría que nunca llegaran. Estará de un humor de perros.

—¡Qué raro!

—¿Raro? —los tres de volvieron hacia él, incluso Elizabeth, desasiéndose de su abrazo—. ¿Por qué?

Carlisle se rascó la cabeza, un gesto muy Mountain.

—He visto la camioneta de Chaz en mitad del camino. Pensé que la habían dejado allí para venir dando un paseo. La mañana es bonita.

Julie miró extrañada a su chico.

—Les advertí que vinieran directamente.

—No es normal en Chaz hacer eso —convino Jedidiah—. Me aseguró que en cuanto consiguiera calmarla la metería a rastras y...

—No bromees —le amenazó ella—. Ya estoy suficientemente nerviosa.

Karen, la madre de Chaz y Jedidiah, subió las escaleras del pocho con una fuente humeante entre las manos. Olía de maravilla. Aquel guiso de venado era su contribución al brunch.

—Parece que las cosas entre tu hermana y mi Chaz marchan a las mil maravillas —dijo a modo de saludo—. No estaba muy seguro de que mi hijo supiera desenvolverse con una mujer tan

sofisticada como debe ser Hortense Vanderbilt.

Todos en el pueblo tenían curiosidad por conocer a la muchacha que llenaba las portadas de las revistas de sociedad. Karen también.

Aquella afirmación era la primera cosa agradable que oía Julie desde que había llegado. Se agarró a ella como si fuera una cuerda de salvación.

—Karen —casi suplicó—, dime que es verdad. Que lo has soñado. O lo has intuido. O es algo que has imaginado.

—No —contestó lo evidente—. Los he visto.

—¿Visto? —sonaron cuatro voces al unísono—. ¿Dónde?

Ella parpadeó varias veces.

—En el bosque —señaló con el mentón—. Pero no he querido acercarme. Parecían muy acaramelados.

Todos sonrieron aliviados. Todos menos Julie, que sabía que su hermana no se acaramelaría con nadie, menos con Chaz, y menos después de haberse embadurnado en meado de yegua.

—Aquí hay algo que no cuadra —murmuró.

—Quizá han podido resolver sus diferencias durante el camino —aportó Carlisle.

—¿Hortense? —casi se rio, si no le doliera tanto el cuerpo—. Aún me reprocha que no le trajera nada de mi viaje al Caribe. Y eso pasó hace quince años.

—No le des más vuelta —Jedidiah la tomó de las manos—. Quizá la cosa simplemente funciona.

—Eso es —Elizabeth quería animarla—. A lo mejor está tan encantada con Chaz que no se percata ni de los vestidos de las vecinas, ni del sermón del pastor ni del bingo de...

—¿Va a haber bingo? —dijo Peter, el compañero de Karen, apareciendo en el concurrido porche—. Siempre me han gustado.

—No sabía que estos brunch fueran tan divertidos —se entusiasmó Karen, yendo detrás de él, y desapareciendo ambos dentro del salón.

—Bueno —Jedidiah le dio un beso en los labios—. Esperemos lo mejor.

—Este es uno de esos momentos en los que me tomaría un güisqui sin hielo —Karen parecía no poder con su abultado cuerpo—. Directamente de la botella.

—Cuando nazca Eleonora, querida —no pudo evitar soltar su chico, lleno de sarcasmo—. Cuando nazca Eleonora.

## CAPÍTULO 6

Chaz y Hortense paseaban abrazados por el bosque.

Al menos eso era lo que podía apreciarse de una primera ojeada: una pareja de jóvenes, caminando románticamente entre la maleza, mientras ella lo abrazaba por la cintura y él le pasaba el brazo sobre los hombros. Una postal idílica.

Una observación más detenida hacía ver que no era así.

El hombretón cojeaba ostensiblemente, y la mujer, a duras penas, intentaba ayudarlo para abandonar cuanto antes aquel maldito bosque.

—Si aún hay que andar un trecho no volveré a caminar erguida —se quejó Tori, que apenas podía sostener el peso del montañero.

—Te he dicho que puedo hacerlo solo.

—No lo hago para ayudarte —le aclaró—. Lo hago para salvarme. Eres el único que puede sacarme de este horrible bosque. ¡¡Socorro!! ¡¿Hay alguien ahí?!

Llevaba gritando desde que habían tenido el percance y, cada vez que lanzaba uno de esos aullidos a Chaz se le erizaba el vello de la nuca. A esas alturas, lobos, osos y demás alimañas estarían preparando las servilletas para darse un festín con ellos. La discreción y el pasar desapercibidos no parecía una de las virtudes de la hermana de Julie.

—Por mucho que sigas gritando —bajó la voz, a ver si ella lo imitaba—, nadie te oirá.

—Prefiero gritar a quedarme perdida para siempre.

—Te lo advertí —chasqueó la lengua, con evidente regocijo.

—¡Vaya! Así que es culpa mía.

—Por supuesto que es culpa tuya.

Ella se detuvo. Parecía furiosa. Se apartó de él, dejándolo sobre un pie, tambaleante. Se colocó a un par de metros de distancia, con las manos en las caderas y una mirada retadora bajo las cejas.

—Mírame —casi le ordenó—. ¿Qué ves?

Chaz obedeció. De arriba abajo. La ropa prestada de Julie, que había traído su hermano aquella mañana, le sentaba bien. Muy bien. La mujer que tenía delante no se parecía en nada a la que había llegado la tarde anterior envuelta en telas pavorosas: Deportivas, un ceñido pantalón vaquero y una camiseta blanca en la que se leía «Sonríe» estampado en el pecho. Y qué pecho. Si intentaba ser objetivo debía admitir que Hortense Vanderbilt era una chica guapa. Muy guapa, por cierto. Y estaba cañón. Tenía las mejillas enrojecidas por el esfuerzo y el cabello despeinado, fuera de la coleta. Aquel aire natural, casi salvaje, le ponía a cien. «No a él», tuvo que retroceder. «No ella», le aclaró a su propia mente. Sino que una mujer así... prefirió dejar de pensar.

—Veo una chica de ciudad que debería regresar a su casa cuanto antes —le contestó lleno de sarcasmo.

—Muy gracioso —articuló una sonrisa falsa—. Vaqueos y camiseta publicitaria. Ni en mis peores pesadillas he vestido así. Quiero a mi hermana, pero a veces pienso que es adoptada.

Volvió a su puesto de lazarillo, sujetándolo con un brazo por la cintura. Cuando lo había hecho por primera vez le habían sorprendido dos cosas: la calidez que desprendía el cuerpo del montañero y que allí no hubiera ni una pizca de grasa. Toda aquella montaña de hombre, al parecer, era puro músculo. Bueno, tres cosas. Se había excitado. Pero tenía que deberse a que estaba exhausta, no a ningún atractivo oculto de aquel espécimen animal.

Caminaron otra docena de metros antes de que Chaz se quejara de nuevo.

—Llevaríamos un buen rato en el pueblo si tú no hubieras...

—¡Era mi ropa! —le interrumpió—. La maleta grande, además. ¿Quién no se hubiera detenido a recuperarla?

Así había ocurrido. Al girar en un recodo, Hortense había visto una de sus maletas, que se tambaleaba ligeramente colgando de las ramas de un viejo abeto, al borde de un precipicio. ¿Cómo no ir a recuperarla?

—¿Meter las manos en el volante para que el conductor frene? ¿Así es como lo hacéis en la ciudad?

—Hubieras pasado de largo. ¿Aún no te has dado cuenta de que entre tú y yo hay un problema de comunicación?

Él la miró de reojo.

—¿Siempre eres así de insoportable o lo estás haciendo a posta?

—¿Y tú siempre eres así de bocazas o..? Evidentemente siempre eres así de bocazas... —de repente se sintió asfixiada. ¿Cuánto pesaba aquel tipo? Parecía que hubiera engordado cien kilos desde que empezara a ayudarlo—. ¿Estás echándome todo tu peso encima adrede?

Él pareció escandalizarse por aquella insinuación.

—Cojeo por tu culpa. Si quieres que te saque de aquí tendrás que aguantarte.

—Yo no soy responsable de que hubiera una rama con espinas debajo de todas esas hojas caídas.

—Pero me obligaste a que intentara recuperar esa enorme maleta de la rama de un árbol antes de que cayera por el precipicio.

¿Cómo podía ser tan arrogante?

—No te obligué —se defendió—. Te solicité ayuda amablemente.

—«Si no recuperas esa maleta no me moveré de aquí». Esas fueron tus palabras.

¿Eso había dicho? Pensó. Seguro que no. Chaz no había tenido ningún tacto y la maleta se había precipitado al abismo. Una segunda pérdida. Una segunda desgracia. Además, ella era la invitada. Era responsabilidad de aquel individuo hacerle su estancia grata.

—No hablamos de eso —Hortense intentó reconducir la conversación—. Hablamos de que eres un patoso, has perdidos por segunda vez mi maleta y has pisado un espino. Y para haber atravesado la suela de esa bota ya debían ser afiladas esas púas.

Él no contestó. El bosque a su alrededor parecía no tener fin. Apenas podían ver más allá de un par de metros. Igual estaban caminando en la dirección correcta que adentrándose en la maleza para no salir jamás.

Anduvieron así un buen rato. Ella pensando en qué diablos hacía allí, y él dándole vueltas a la idea de cómo vengarse de su hermano por aquello.

En un momento dado, Hortense trastabilló, pero él pudo sujetarla. Por un momento quedaron frente a frente, y por alguna razón se miraron a los ojos. Él se percató de que eran profundos y oscuros, muy brillantes, y de que lo miraban con sorpresa. Eso le gustó. Tanto que un repentino estremecimiento le recorrió la espalda. La sorpresa expresada en los ojos de Tori la había provocado la mirada intensa del montañero. Nunca lo reconocería en público, pero cuando él la había sujetado para que no se cayera, cuando la había asido, hasta pegarla a su cuerpo y así poder mantener ambos el equilibrio, ella había sentido algo. No sabía qué, pero algo sinuoso que se deslizaba por la zona baja de su estómago.

Terminó como había empezado: ella apartándose y volviendo a su posición de enfermera.

—Pareces cansada —dijo Chaz, quizá estaba siendo demasiado duro con ella—. Podemos

detenernos un rato.

—No soy de porcelana —se defendió, incómoda por lo que acababa de sentir hacía un rato.

—Lo veo —al parecer aquella mujer no quería hacer las paces...—. Pareces más bien de loza... de retrete público.

La insinuación acerca de que se había embadurnado, sin saberlo, con orina de yegua, empezaba a ser agotadora.

—Así que voy a ser el blanco de tus bromas de mal gusto.

—Te ha desaparecido el picor, ¿no?

Ella soltó una falsa carcajada, dándole a entender que sus chistes no tenían ni pizca de gracia.

—Si así es como pretendes resultar agradable a una mujer —sentenció—, te auguro una madurez muy solitaria.

Chaz arrugó la frente. ¿A qué venía aquello?

—¿Quién te ha dicho que no resulto atractivo a las chicas? Solo tengo que chasquear los dedos.

—Dudo que eso funcione contigo.

—Oye, tengo mi público.

¿Pero qué se había creído? Era cierto que se ponía nervioso con la proximidad femenina, que no tenía un historial de conquistas comparable a los de Jedidiah o Carlisle, pero sabía cómo gustar y cómo hacer que las chicas de la comarca le prestaran atención.

—Por supuesto —dijo Hortense con amabilidad—. Yeguas y cabras en celo. Dudo que nada más.

Él alzó una ceja.

—Vaya, vaya. Así que te gusto.

—Dios bendito —pareció horrorizada solo de pensarlo.

—Has hecho que detenga la camioneta en medio del bosque para que estemos a solas entre el follaje.

—Esos espinos deben ser venenosos, porque estás delirando. ¿Te importaría no apoyarte tanto en mí? Me duele la espalda.

No. Aquella conversación no iba a terminar así, rumió Chaz. Ya había descubierto la estrategia de aquella mujer: soltar una de sus andanadas para cambiar enseguida de conversación. Pero aquel era un tema serio que debía cerrar de forma segura.

—¿Cuánto te apuestas a que soy irresistible para las mujeres? —soltó de repente.

Ella se detuvo para mirarlo a los ojos. Era un tipo grande que le sacaba sobradamente una cabeza. Si no fuera tan bruto hasta podría decirse que era guapo. Una lástima que no tuviera un mínimo de educación.

—¿De verdad crees eso? —Tori no daba crédito—. ¿Hay algún médico en ese pueblucho? Me temo que tienes fiebre.

—Tienes miedo a perder —se burló Chaz.

—Yo nunca tengo miedo. O casi nunca —recordó de repente las cucarachas.

—Apuesta entonces.

Perdida en el bosque con un hombre que se creía irresistible. ¿Había una pesadilla más espantosa?

—Bien —dijo para zanjar aquella absurda discusión—. Me apuesto... no sé qué apostar. No hay nada tuyo que me interese.

Él lo cogió al vuelo.

—Un beso.

Ella puso cara de asco.

—Me vas a hacer vomitar.

—Si estás tan segura de ti misma...

¿Aquello era un reto? Hortense Vanderbilt jamás desoía un reto. Aunque fuera tan espeluznante como aquél.

—De acuerdo —cedió—. Un beso si consigues que una mujer se fije en ti.

Él arrugó la boca.

—Eso es demasiado fácil.

Tori no podía dar crédito.

—¿En serio? —dijo muy seria—. Tienes problemas con la autoestima. La tienes demasiado grande.

—Es posible —¿se estaba jactando de..? —. Los términos serán los siguientes: una mujer debe fijarse en mí —aclaró Chaz, yendo más allá—, debe besarme, y debe decirme algo bonito. No sé. ¿Alabar mis ojos? Casi todas las chicas dicen cosas de mis ojos.

—¿«Apártalos de mí»?

Si no fuera un insulto, Chaz tuvo que reconocer que era divertido.

—Así que te crees graciosa.

—De acuerdo —rogó que aquello terminara cuanto antes—. Si una mujer hace todas esas cosas, te besaré. Ahora, por favor, no me eches tu peso encima. Me duele todo el cuerpo de aguantarte.

—Melindre —se burló.

—Bruto.

Él sonrió, pero de una manera diferente. Parecía sentirse a gusto. Por alguna razón estaba cómodo. Cómodo cerca de una mujer. Debía de haberse dado un golpe porque aquello no tenía explicación.

—Bien —dijo Chaz, apartando aquellos pensamientos de su cabeza—. Detrás de eso árboles está la cantina de Elizabeth. Será mejor que camine yo solo.

Ella intentó negarse, decirle que podría hacerse daño, que... pero chaz empezó a caminar sin ninguna dificultad. Erguido. Airoso. Como si jamás le hubiera pasado nada.

—Pero... —ella lo miró estupefacta—, pero no cojeas.

—Claro que no —él ya la adelantaba una docena de pasos—. Ninguna espina puede atravesar estas suelas.

—Pero... —volvió a balbucear.

—Siempre se agradece que lo lleven a uno a cuestras a través del bosque.

Y sin más continuó avanzando, sin esperarla.

## CAPÍTULO 7

Julie y Elizabeth aún estaban en el porche cuando Chaz hizo su aparición.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la primera, que ya no sabía qué pensar—. Estábamos preocupadas por los dos.

—Pregúntaselo a tu hermana —dijo señalando hacia detrás, pero allí solo estaba el bosque—. Ella ha tenido la culpa.

Esbozó una sonrisa forzada, inclinó la cabeza y entró en la bodega. Las dos se miraron sin comprender. Iban a ir en su búsqueda para que les explicara, cuando las ramas bajas de uno de los abetos se movieron como si un oso se estuviera rascando con ellas, y apareció Hortense Vanderbilt. Parecía furiosa, lo que su hermana ya esperaba. Despeinada y furiosa, dos adjetivos que juntos en ella vaticinaban lo peor.

—Tori —musitó Julie cuando su hermana subió hasta el porche.

—Ese hombre es... —su rostro estaba tan congestionado que apenas le permitía hablar—, ese hombre es...

—¿Estás bien?

—No —contestó—. Y tú tampoco. Estás embarazada y vas a tener un hijo rodeada de estos bárbaros —se giró hacia Elizabeth para aclararlo—. No va por ti.

—Gracias.

—Pero... —Con la información de que Julie disponía, la que le había proporcionado Carlisle y Karen, era incapaz de hacerse una idea—. ¿Qué ha sucedido?

Hortense respiró hondo, de manera un tanto dramática. Necesitaba expresar todo lo que sentía, como diría su maestro de Chi Kung.

—Me ha engañado —parecía al borde de las lágrimas—. Me ha insultado. Me ha utilizado como si fuera una mula de carga y ha perdido de nuevo mi maleta. ¿Te parece poco?

Julie y Elizabeth se miraron de nuevo, sin comprender. Fue la segunda quien intervino ahora.

—Lo mejor será que nos calmemos y tomemos algo.

—No es por ofenderte —Hortense tenía una capacidad sorprenderte para pasar del dolor a la utilidad social—. Mi hermana me ha hablado de ti y sé que eres encantadora, pero dudo mucho que entrar en una tasca de pueblo consiga calmarme.

Julie le pidió paciencia a su amiga con una mirada de súplica que está correspondió con una sonrisa comprensiva.

La primera parte de su plan había sido un desastre. Chaz solo tenía que entregarle una deliciosa y nutritiva cesta de desayuno, acompañarla hasta la bodega y marcharse. Nada más. Sin embargo, se habían perdido por los bosques y cualquiera sabía qué había sucedido, porque su hermana estaba de peor humor que nunca. Tenía que solucionarlo con la segunda parte del plan, y no podía salir nada mal. Tomó a Hortense de las manos, con un gesto cariñoso.

—Había pensado —dijo con una inocencia que fingía muy bien—, que te gustaría tomar el brunch, pero si no es así podemos volver a las cumbres y...

Las cejas de su hermana se levantaron como las de un mastín que olisquea un conejo.

—¿El brunch?

—Es una costumbre antigua —añadió, quitándole importancia, justo lo que sabía que llamaría la atención de su hermana—, aquí en las montañas. Todos los domingos. Ya ves que las apariencias pueden engañar. Esto no es lo que parece.

—¿Entramos? —ayudó Elizabeth—. Es difícil encontrar mesa. A esta hora suele estar hasta arriba.

Nada más atravesar el umbral el rostro de Hortense pareció relajarse.

No es que fuera nada del otro mundo, desde luego, pero parecía limpio y decente. El color de los manteles había dejado de llevarse hacia un par de temporadas y las flores blancas eran un tanto vulgares, pero al menos había gente. Gente de verdad. Sentadas a las mesas y charlando amigablemente. Un poco de civilización, eso era lo que necesitaba.

—Es... —musitó, un poco convencida—, muy pintoresco.

—Heredé esta bodega de mi padre. Solo tuve que hacer algunos arreglos.

Todos los presentes se habían vuelto para ver a Hortense Vanderbilt. Parecía menos alta de lo que figuraba en las revistas de sociedad, aunque más delgada. Fue solo un instante, porque Elizabeth los había aleccionado para que parecieran «indiferentes»... después de explicarles qué significaba aquella palabra.

Tomaron la mesa preferida de Julie, junto a gran ventanal que se abría a las cumbres. Hortense parecía más relajada, pero solo era el principio.

Le habían pedido a Carlisle que sirviera la mesa. Era guapo y simpático, y no metería la pata como los otros dos Mountain. A una señal de Elizabeth él avanzó con su mejor sonrisa y una bandeja en la mano «a lo parisien», había dicho Julie, significara aquello lo que significase.

—¿Deseas alguna bebida caliente?

Ella apenas lo miró.

—Un Da Hong Pao, por favor. Con una nube de leche de avena y una gota de elixir de coco. Y panela, por supuesto.

Carlisle sí lo hizo. Mirar a Elizabeth y a su cuñada sin comprender. De hecho, no estaba muy seguro de que hablaran el mismo idioma.

—Un té —aclaró Julie.

La sofisticada vida de Hortense en la ciudad era difícil de corresponderse en la montaña, por supuesto. Pero que no fuera capaz de bajar de su pedestal y conformarse con lo que ofrecía todo aquello preocupaba a su hermana.

—¿Quieres pasar al bufé? —propuso Elizabeth, a quien no había pasado desapercibida la nube de preocupación en los ojos de su amiga.

Las tres fueron hacia la zona del salón donde, sobre manteles blancos, se disponía toda la comida. Los vecinos, como siempre, habían sido generosos. Había de todo: quesos, embutidos, verduras preparadas de varias maneras, carnes, y pescado en salazón. Vajillas y cuberterías no hacían juego, pero Elizabeth las había combinado con gracia.

—No me esperaba algo así —Tori parecía asombrada de verdad.

—A veces las apariencias engañan —contentó su hermana, más tranquila.

Tomaron platos de un blanco inmaculado y recorrieron la interminable fila de platos. Hortense no sabía qué elegir.

—¿Y esto qué es? —preguntó al aire, ante una fuente de contenido dudoso.

—Rabo de buey con castañas —contestó la señora Foster, que estaba al quite porque quería dejar de hablar con aquella celebridad

—¡Vaya! —el entusiasmo de Hortense era fingido—. ¿Y esto?

—Orejas de cordero en salsa —la señora Foster estaba encantado porque aquellos dos platos los había preparado ella.

—Qué cosas.

Continuó avanzando. El aspecto rústico de los emplatados resultaba pintoresco, pero poco

apetecible.

—¿Y eso de allí? —se refería a una especie de pastel del color ambarino.

—Testículos de cerdo en gelatina —contestó Foster extasiada, porque también era uno de sus patos estrella.

—¿Tienen algo que no le cuelgue a un animal?

—¡Hortense! —se escandalizó Julie, pero la señora Foster no pareció comprenderlo y continuó con la sonrisa de satisfacción estampada en la cara.

Tori se decantó por una insípida ensalada de lechuga y tomate. Pensó que sería con lo único que no cogería una indigestión.

—Creo que con esto tendré suficiente.

De vuelta a la mesa se cruzaron con Chaz. Ninguno de los dos lo había provocado y la incomodidad de ambos era evidente. ¿Incomodidad? Pensó Julie. Conocía a su hermana y empezaba a entender el carácter de Chaz, y aquello...

—Has llegado —dijo él al no poder evitarla.

—No gracias a ti.

—Te dejé detrás de esos árboles —señaló los abetos que se alzaban al otro lado de la ventana.

Hortense decidió que la mejor respuesta era ignorarlo.

—Julia —miró a través de Chaz, como si este fuera invisible—, ¿tú también oyes rebuznos?

Él arrugó la frente, pero decidió imitarla, cogiendo a su primo, que pasaba cerca, por el hombro.

—Carlisle, ¿escuchas la indiferencia?

El otro lo miró extrañado.

—Nunca imaginé que supieras esa palabra.

Por toda respuesta Chaz les hizo una reverencia...

—Señoritas —y un le sacó la lengua a Hortense—. Desagradecida.

Todo aquello había sido observado de cerca, sin ser comprendido, por las dos mujeres más prominentes de Great Peak, la señora Foster y la señora Jefferson que, en cuanto Chaz desapareció aprovecharon para presentar sus respetos a la famosísima invitada.

—Tú debes ser Hortense Vanderbilt —se presentó la primera— nos hemos conocido hace un momento, en la mesa donde está la comida.

Elizabeth les había advertido a todos que actuaran con naturalidad, como si Tori no fuera una celebridad. La mayoría lo había interpretado huyendo de ella, como si apestara. Pero sospechaba que tendría problemas con aquellas dos señoras. Julie decidió intervenir.

—Deja que os presente formalmente: La señora Foster y la señora Jefferson. Dos pilares sólidos de esta comunidad.

—Y decorados, desde luego —respondió Hortense en voz baja, mirándolas de arriba abajo.

—¿Disculpa, querida? —preguntó Jefferson.

—Se refiere a que seguro han ayudado en la exquisita decoración del local —pudo encajar Julie ante la falta de modales de su hermana.

—Oh, apenas unos detalles —parecía encantada—. Todo se lo debemos a Elizabeth.

—¿Esos vestidos...? —intentó preguntar Tori, que no entendía por qué esas mujeres vestían así.

Fue Elizabeth quien las sacó de aquel nuevo atolladero.

—¿Te parece si nos sentamos? La ensalada se te va a... calentar.

Ente las dos pudieron arrastrarla hasta la mesa, dejando a las vecinas por el camino.

—¿Por qué van vestidas así? —preguntó en voz baja. Algo extraño, porque lo inoportuno lo había soltado a voz en grito.

—El traje tradicional de las montañas.

—Un poco incómodo para acarrear troncos y pasear vacas, ¿no?

Desde luego, la imagen que tenía Hortense de la vida en las montañas era un tanto estereotipada. Iban a contestarle cuando el pastor se puso de pie un par de mesas más allá, haciendo sonar su copa con una cucharilla de metal.

—Quería decir unas palabras.

Julie sintió que la tierra se abría bajo sus pies.

—Dime que esto no está pasando —le dijo a su amiga en apenas un susurro.

—Intentaré arreglarlo. Entretenla.

Se puso de pie con una excusa y fue a su encuentro. Debía encontrar la forma de callarlo sin que se sintiera ofendido.

—Todos somos pecadores —había empezado el sermón del pastor—. Terribles pecadores. Y la ira de Nuestro Señor, el fuego y la llama abrasadora...

—¿Qué está diciendo ese hombre? —el rostro de Tori parecía demudado.

Julie decidió entretenerla mientras Elizabeth lograba su objetivo.

—¿Y mamá? —le pasó por la cabeza—¿Se encuentra mejor?

—Mamá siempre está enferma —hablar de su madre ocupaba gran parte de sus conversaciones, lo que atrajo rápidamente la atención de su hermana—. Deberías saberlo. Debilidad crónica.

—He pensado mucho en ella estos días, con el próximo nacimiento de mi hijo.

—No se te ocurrirá invitarla, ¿verdad? Moriría al segundo día de estar aquí. Yo soy fuerte. Estoy acostumbrada al mundo. Pero mamá. Si la sacas de Los Cabos puede fallecer en cualquier momento.

No se le había ocurrido, por supuesto. Pero hubiera sido bonito que su madre estuviera a su lado cuando llegara el momento.

—¿Crees que vendría?

La voz del pastor se había elevado una octava, mientras Elizabeth intentaba explicarle que no era el momento.

—Los abismos infinitos del infierno donde seremos masacrados como pecadores y descarnados como las fieras que...

—Por supuesto que no —contentó Hortense—. Mamá habla mucho de Eleonora. Con mandarle una foto al móvil será suficiente. Debemos cuidar de ella. Recuerda. Su salud.

—Sobre el nombre de mi hijo...

—No quiero discusión, Julia —Hortense se puso seria y la tomó de la mano—. Le prometí a tía Sephora que si teníamos un hijo le llamaríamos Eleonora.

—Lo hiciste tú, no yo.

—Lo hice por las dos.

Aquel asunto la sacaba de quicio.

—No quiero ponerle a mi bebé el nombre del perro difunto de mi tía.

—Era un crestado chino sin pelo, no un perro cualquiera... —se escandalizó—, pero ¿qué está diciendo ese hombre? —las palabras del pastor seguían describiendo un mundo de fuego y tinieblas

—Y en cuanto a Papá... —intentó Julie recuperar su atención.

—¿Te está pasando la manutención?

—Renuncié a ella cuando entré a trabajar en el museo, ¿recuerdas?

—Verdad. Tus torpezas —se miró las uñas. Necesitaban una capa de barniz—. Pero ahora, con Eleonora de camino deberías replanteártelo.

Al fin Elizabeth había conseguido que el pastor tomara asiento y dejara su discurso. Pero aquella pausa la había aprovechado el alcalde Johnson para comenzar con su bingo.

—Con Jedidiah y conmigo tendrá lo que necesite —contestó Julie—. No necesitamos más.

Hortense se encogió de hombros.

—De todas formas, no hay quien lo vea.

—¿A papá?

—El trabajo —no entendía muy bien qué estaba pasando ahora en aquel salón—. Llega a casa a las tantas y tiene que dormir en el despacho, muchas noches. Exactamente no sé para qué quiere tanto dinero, cuando apenas lo disfruta.

—Papá no quiere dinero, Tori. Quiere poder.

—Ridículo... —de pronto se hizo la luz en su cabeza—. ¿Eso es un... bingo?

En esta ocasión a Julie no se le ocurría nada que pudiera desmentirlo.

—Bueno. Viejas costumbres.

Tori la miró alarmada.

—Julia. Estás rodeada de bárbaros, las mujeres más prominentes de este pueblucho visten como si las hubieran sacado de una película del Oeste, el pastor local quiere mandarnos a todos al infierno, y para colmo... hay un bingo —se abanicó con la mano—. Esto es peor de lo que esperaba. Debemos volver a la ciudad mañana mismo.

—Pero Tori...

—Ya nada puede superar esta sarta de despropósitos —dijo poniéndose de pie.

En ese momento Chaz se acercó a la mesa, acompañado de su madre, Karen.

—Ahora puedes decirlo —conminó a su madre.

—¿Qué quieres que diga? —dijo esta sin comprender.

—Lo que me has dicho cuando nos hemos encontrado en la barra.

—Lo evidente —dijo ella con una sonrisa—, que eres muy guapo y tienes unos ojos preciosos.

—¿Y?

Karen rio, divertida. Rodeó el cuello de su hijo con los brazos y le dio un beso en la mejilla.

Julie y Elizabeth miraban aquella escena sin comprender. Hortense, con la mandíbula desencajada.

El siguiente movimiento de Chaz los dejó a todos boquiabiertos.

Fue hacia Hortense, la tomó en sus brazos, y la besó.

No fue un beso inocente. No.

Fue un beso donde, a la vez que le demostraba que era un bárbaro, le hacía comprender que por sus venas corría la sabia de aquellas tierras y la lava de aquellas montañas.

Cuando terminó, se separó de Hortense y la miró con jactancia.

—He ganado la apuesta y he cobrado mi premio.

Ella lo observaba con los ojos muy abiertos, como si le hubieran dado una mala noticia, o se hubiera incendiado su casa.

—Pero... —se atrevió a articular Julie — ¡Chaz!

Él no pudo contestar porque Hortense salió corriendo, atravesó la puerta, y la vieron desaparecer tras los abetos que los separaban del bosque.

Julie iba a ir en su busca, pero su cuñado la detuvo.

—Esto tengo que arreglarlo yo.

Lo dijo tan convencido que no pudo ponerle impedimento.

En la puerta se cruzó con su hermano, pero no hubo tiempo de saludos.

—¿Qué me he perdido? —preguntó cuando llegó junto a su chica.

El silencio en la bodega era absoluto. Todos miraban a los Mountain con el mismo miedo y respeto con que el Consejo se dirigía a ellos. Podía pasar cualquier cosa de ahora en adelante.

—Creo que he perdido a mi hermana —dijo Julie, y se sentó pesadamente en la silla, segura de que Tori no le dirigiría la palabra jamás.

## CAPÍTULO 8

Con la taza de tisana en la mano, Julie no podía dejar de mirar por la ventana.

—Chaz la traerá, no lo dudes —la tranquilizó Jedidiah.

—¿Por qué Tori no coge el móvil?

—Si lo necesita y tiene cobertura lo hará.

Ella asintió, pero no se apartó de donde estaba.

Todo había salido mal. Todo había sido un desastre.

Y ahora Tori estaba perdida por los bosques, cuando la tarde empezaba a caer y el bosque a llenarse de sombras.

Habían regresado de nuevo a su cabaña. Desde ese instante Julia había vagado por las inmediaciones, buscando los pocos puntos donde había cobertura telefónica para llamar a su hermana, sin resultado.

La cabaña. Cuando Chaz diera con ella sería el lugar a donde la traería y ella estaría esperándola allí, para darle un abrazo.

Fue entonces cuando escuchó el motor y supo que alguien se acercaba. Sus ojos se llenaron de esperanza. Sin decir nada salió al amplio porche, a la espera de ver aparecer a su hermana.

Pero no fue así. No se trataba de la vieja camioneta de Chaz, sino del coche de Elizabeth. Seguramente se acercaba para tranquilizarla y ver cómo marchaba la cosa.

Su amiga, acompañada de Carlisle, fue a su encuentro en cuanto estacionó.

—¿Han dado señales?

—Aún no —contestó Jedidiah, que estaba a su lado.

—¿Cómo ha podido perderse a tan pocos metros del pueblo?

Aquello era lo más extraño. Desde que la hermana de Julie había abandonado el salón hasta que Chaz había salido detrás de ella apenas habían pasado un par de minutos. Sin embargo...

—Hortense puede hacer eso y mucho más.

—¿Crees que Chaz..? —Elizabeth no se atrevió a terminar la frase.

—No volverá sin ella —Jedidiah fue rotundo—. De eso me juego el cuello.

Los cuatro permanecieron en silencio, mirando el horizonte, donde esperaban ver aparecer a aquellos dos. La camioneta estaba a medio camino, así que sería la forma en que regresarían a casa.

Elizabeth se removía incómoda. Sabía que aquel no era el mejor momento, pero tenía que contárselo a sus amigos.

—No solo he venido por tu hermana. Darius ha regresado esta tarde de la ciudad.

Se refería a Darius O'Brian, el médico del pueblo. Sabían que había bajado de las montañas para abastecerse de medicamentos, lo que en verano solía hacer una vez al mes y pasar el fin de semana con su familia. Era entonces cuando los vecinos de Great Peak aprovechaban para hacerle sus encargos. El del alcalde Johnson había sido que recogiera de Correos una notificación.

—Ha traído esto —terminó Elizabeth.

Le entregó a Julie un documento doblado en tres partes. Era voluminoso. Ella lo tomó y empezó a leerlo, para darse cuenta en seguida de que no comprendía nada. Se lo entregó a Jedidiah, que no siquiera se molestó en leerlo.

—¿Qué es?

—Lo envía Barrett&Forrester, mi antiguo bufete de abogados —aclaró Elizabeth—. Siguen

llevando los asuntos de Rhett Mountain.

Carlisle estaba pálido. Por el camino ella se lo había contado todo y sabía que tenían un problema. No ellos. Todo el pueblo de Great Peak.

—Mi tío no descansará nunca —murmuró.

—¿Qué dice? —preguntó Julie.

Elizabeth respiró hondo. En cierto modo se sentía responsable de aquello. Ella era quien había recabado la información necesaria para que la justicia le diera la razón a Rhett Mountain antes de comprender que su lugar estaba allí, en las montañas. Ahora...

—Han conseguido impugnar el testamento del bisabuelo «Dientes de ceniza» Mountain —soltó a plomo.

Los otros tres se miraron. Hacía tiempo que no hablaban de aquello. Quizá porque el hecho de hacer como si no existiera, podría hacer que desapareciera, que fuera relegado al olvido, como si su futuro no estuviera en peligro.

—¿Entonces? —preguntó Jedidiah.

—Estamos como antes —aclaró Elizabeth—. Tío Rhett tiene vía libre para proseguir con su proyecto minero. Con el beneplácito de la justicia.

—¿No hay ningún recoveco legal? ¿Algo que podamos hacer?

—Llevo meses estudiando el caso por si pudiera llegar un día como el de hoy —dijo Eli—. La única baza que jugaba a nuestro favor era aquel testamento. Pero era una prueba endeble. Carecía de testigos fiables, no había sido registrado, y no existe prueba manuscrita que acredite su autenticidad. Tanto demostrar su validez como demostrar su incapacidad para otorgar poderes era igual de difícil, pero en el fondo nunca he dudado de que Barrett&Forrester lograrían impugnarlo.

—Entonces estamos con las manos atadas —dijo Jedidiah.

—Todo depende de la voluntad de tío Rhett —aclaró Elizabeth—. Tiene camino libre para hacer lo que quiera con sus tierras.

—¿Y lo hará?

Carlisle esbozó una mueca de disgusto.

—No conoces a mi tío. Si decide algo lo lleva a sus últimas consecuencias.

No. Julie no conocía a Rhett Mountain. Llevaba ocho meses viviendo en las montañas y el viejo zorro no había dado señales de vida. Según sus sobrinos, jamás abandonaba sus propiedades. Si necesitaba provisiones bajaba a la ciudad. Para ella era todo un misterio, y no comprendía cómo podía estar haciendo aquello, con unas tierras que seguramente amaba tanto como sus sobrinos.

—¿Qué vamos a hacer? —Julie no lo preguntó a nadie en concreto. Lo dijo al cielo, mirando el camino, con la esperanza de que Chaz y su hermana aparecieran en cualquier momento y, al menos aquel día, hubiera una buena noticia.

—Luchar por estas montañas —contestó Jedidiah—. Ya se nos ocurrirá algo.

—¿Y si no conseguimos frenarlo?

Él tardó en contestar. Era algo a lo que había dado vueltas, porque la amenaza de Rhett Mountain siempre estaba presente.

—No pienso criar a mi hijo en un lugar donde envenenen el suelo y talen los árboles.

Julie se volvió a mirarlo. Tenía la vista perdida en las cumbres, tras las que ya empezaba a ponerse el sol.

—Jed —lo tomó de la mano—, no sobrevivirías fuera de tus montañas.

—Quizá va siendo hora de comprobarlo.

## CAPÍTULO 9

Era imposible que se hubiera perdido.

Chaz había salido en su búsqueda un par de minutos después de que abandonara precipitadamente la bodega de Jack «Salsa de tomate» McDogerty, y ya no estaba. Solo había un camino posible tras flanquear la muralla de abetos que separaba el pueblo del bosque, el lugar exacto por donde había desaparecido Hortense. Sin embargo, por allí no había rastro de la mujer. Lo recorrió durante un par de millas, llamándola a gritos. Nada. Volvió sobre sus pasos, desviándose a derecha e izquierda para asegurarse de que no había seguido el claro sendero de salida del poblado. Tampoco nada.

Chaz empezaba a desesperarse. Valoró la posibilidad de volver a Great Peak y pedir la ayuda de los demás, pero aún era temprano, quedaban unas horas para el anochecer, y antes quería quemar todos los cartuchos.

No debía haberla besado. Tampoco sabía por qué lo había hecho. Quizá para demostrarle que con él no se jugaba. Quizá para darle una lección. Quizá porque le gustaba. Esta última idea la apartó de su cabeza de inmediato. ¿Gustarle? ¿A quién podría gustarle una mujer así? Solo a un mequetrefe de ciudad. A uno de esos tipos edulcorados que decían «Buenas tarde» y tomaban la sopa con cuchara.

Se le ocurrió una idea descabellada. ¿Y si..?

Llegó al punto justo donde Hortense Vanderbilt se había perdido. Desde allí partía un camino claro y luminoso en ascenso. Despejado a ambos lados. El que cualquiera hubiera tomado para abandonar Great Peak. Pero justo a la derecha, bordeado de zarzas y espinos, había un sendero estrecho y medio oculto, que se utilizaba en el pasado para bajar a la ciudad. Hacía décadas que nadie pasaba por allí, desde que había construido la carretera comarcal. Ella no podía saber eso, pero y si...

Se agachó para analizar el suelo con detenimiento. No lo había hecho antes porque era de todo ilógico que nadie se adentrara por allí. Sí, eran las huellas de Hortense. Una sonrisa apareció en sus labios. Debía llevarle un buen trecho de ventaja, pero ya sabía dónde estaba.

Anduvo despacio, sin dejar de analizar cada una de las marcas difusas en la reseca arena. Aquí giraba a la derecha, adentrándose en una zona de bosque más espesa. Aquí a la izquierda, donde las crestas se hacían más escarpadas. Parecía que la hermana de Julie se estaba queriendo perder a conciencia. O era una experta en bosques tupidos o la persona con menos actitud para la naturaleza con la que se había topado en su vida. Algo en su interior le dijo que la segunda opción era la certera.

Se encontró con ella cuando llevaba un buen trecho caminado.

Estaba sentada sobre un tocón caído, con la cabeza apoyada en las manos y el cabello enmarañado.

—¡Hortense!

Ella levantó la cabeza al instante, con la esperanza reflejada en sus preciosos ojos negros. Tenía el rostro tiznado, como si hubiera llorado. Pero cuando vio de quién se trataba, se le arrugó la frente en un rictus de enojo.

—¡Tú!

—¿Te encuentras bien? —vio que los pantalones, a la altura de las rodillas, estaban manchados de tierra, señal de que se había caído. También había un par de agujeros en la

camiseta. Debía haberse enganchado en las zarzas.

—Estoy perfectamente —se puso de pie con toda la dignidad de que fue capaz, apartándose el rastro de lágrimas con el dorso de la mano.

—Estaba... —se corrigió Chaz—, estábamos preocupados.

Ella estiró aún más la cabeza.

—No hay razón alguna.

—Te has perdido en el bosque.

—No me he perdido —adquirió una postura desenfadada que sostuviera su teoría—. He salido a pasear. Necesitaba aire fresco.

Chaz no daba crédito. Estaba hecha un cristo, había llorado, se encontraba en las más profundas de las entrañas del bosque sin tener la más mínima idea de subsistencia en la naturaleza... y se atrevía a decir que no se había perdido.

Decidió seguirle el juego.

—Entonces, es mejor que me vaya y te deje a solas.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse. También empezó a contar en voz baja: uno, dos, tres...

—¡Un momento! —la voz de Hortense sonó en el número seis—. El boque es peligroso. Sería una irresponsabilidad por mi parte dejarte deambular sin mi ayuda.

Él se giró y alzó las cejas.

—¡Vaya! No sabes cómo te lo agradezco —después dulcificó el semblante—. Vamos. Si tenemos suerte estaremos fuera antes de que anochezca.

—No me da miedo la oscuridad.

—Pero los lobos y los osos supongo que sí.

Hortense chasqueó la lengua. Aquel individuo llegaba a cansarla.

—Ya empezamos de nuevo. Te dije que no es fácil asustarme. Y es muy infantil por tu parte intentarlo.

Dio un paso, pero su pie se enredó en una raíz, lo que la hizo trastabillar. Perdió el equilibrio, hizo una pirueta en el aire, se golpeó con un tronco y consiguió mantenerse de pie.

—Apóyate en mí —Chaz no se había atrevido a intervenir.

Ella se apartó la maraña de pelo de la cara.

—Puedo sola. Gracias.

Sin más, emprendieron el camino de regreso. Él apartaba las ramas y la dejaba pasar, pero ella reculaba tanto para no rozarse que terminaba azotada por la maleza.

Andaban en silencio. Chaz sabía orientarse, pero buscaba los accesos más cómodos, menos escarpados, que en aquella zona del bosque eran difíciles de encontrar. También pensaba en ella. En aquel beso. No es que fuera un experto, pero no recordaba uno igual. Los labios de Hortense habían provocado algo extraño en él. Como si llegara a casa, se quitara las botas, y calentara los pies en el fuego de la chimenea. Quizá no era una imagen muy romántica, pero así había sido. Como si todo lo que había hecho hasta ese momento en la vida le hubiera llevado hasta aquellos labios. una idea absurda, tuvo que convenir, pero que no le desaparecía de la cabeza.

Por su parte, Hortense seguía pensando en lo mismo. En lo mismo que no salía de su cabeza desde que había ocurrido: el beso de Chaz. ¿Cómo se había atrevido? ¿Cómo había tenido aquella desfachatez? ¿Cómo podía besar tan bien? Sí. Porque nunca antes nadie la había besado así. Nadie le había arrancado aquellas ganas. Nadie le había erizado la piel de aquella manera. Y en eso estaba pensando, absolutamente confundida, cuando de pronto estaba en un lugar remoto del bosque con las piernas doblegadas por las zarzas y los espinos.

—Con respecto a lo que ha pasado en la bodega... —dijo Chaz de improviso, sin dejar de

caminar.

Ella se hizo la nueva.

—No sé a qué te refieres.

Él no pudo evitar dirigirsele con las cejas alzadas.

—Has salido corriendo por eso.

—He sentido un sofoco, nada más.

Chaz bufó.

—Vas a hacer que sea yo quien lo diga

—No sé de qué estamos hablando.

De nuevo el silencio y más metros de bosque.

¿Cómo podía ser tan difícil aquella mujer? Si había pasado, había pasado. Hacer como si nada no llevaba a ningún puerto.

—El beso —bufó al fin.

—¡Ah! —le quitó importancia—. Eso fue un beso. No me di cuenta. Discúlpame.

Aquello hirió su amor propio. Se detuvo en seco. Ella estuvo a punto de chocar contra su amplia espalda, pero pudo detenerse a tiempo. Se apartó para mantener una distancia segura. No sabía si segura para ella o para él.

Chaz la señaló con el dedo, jactancioso.

—Dudo que nadie te haya besado nunca así.

Hortense alzó una ceja.

—Te conozco hace dos días. Los dos días más terribles de mi vida, por cierto, y te aseguro que nunca he conocido a un hombre más pagado de sí mismo.

—Lo que significa que nadie te ha besado como yo.

—Te equivocas —esbozó una sonrisa maligna—. Eleonora me besaba como tú.

—¿Una chica? —se extrañó.

—El perro de tía Sephora.

—Muy graciosa —debía reconocer que con aquella mujer no existía el aburrimiento—. Te propongo algo.

—A ver.

Él la miró de arriba abajo, como si la evaluara.

—No. No te atreverás. Te las das de valiente, pero sois las peores.

—No sé si aún no te has dado cuenta, pero esas técnicas infantiles son ineficaces conmigo.

Chaz tragó saliva. ¿Le estaban sudando las palmas de las manos?

—Te propongo besarte de nuevo para que veas...

No pudo terminar. Hortense cruzó los pasos que los separaban, se encaramó a su cuello y lo besó.

No. No fue el beso fiero que él le había dado en la cantina. Fue a cámara lenta. Primero lo miró a los ojos. Fijamente. Luego los cerró y se concentró en sus labios. Mordió el inferior. Chupó el superior. Se abrió paso con la lengua y fue en busca de la suya. Por último, se sumergió allí dentro, como en una piscina. Como si nadara desnuda. Le comió la boca de forma tan jugosa que Chaz perdió la noción de todo, hasta de sí mismo.

La forma en que todo terminó sí fue rápida.

Hortense se apartó para colocarse en el mismo lugar donde había estado. Se limpió los labios con el dorso de la mano y lo miró petulante.

—¿Continuamos, o me tendrás aquí toda la tarde?

Él pudo abrir los ojos. Poco a poco. Estaba extasiado. Si no fuera un tipo duro se tirarían de

rodillas y le rogaría que se quedara a su lado el resto de su vida, que... pero lo que vio le heló la sangre en las venas.

—No te muevas —susurró con un hilo de voz.

—No admito órdenes —dijo ella con firmeza.

—Un oso —dijo Chaz en voz muy baja, moviendo apenas las cejas.

—Me resultas aburrido con esa...

Él alzó tanto los párpados que parecía una máscara.

—Hay un oso detrás de ti.

Aquello le pareció a Hortense el colmo. Le había dado un beso de película y aquel tipo seguía con sus bromas. No. No había sido una buena idea venir a las montañas.

—Y ahora yo debo volverme —dijo, siguiendo la absurda broma—, y tú te reirás a carcajada y será una anécdota absurda... ¡un oso!

Sí. Detrás de ella, a una docena de metros, había un oso.

Era un animal enorme, que los miraba con curiosidad. Como si se tratara de dos gambas en un plato donde había que elegir por cuál empezar.

Hortense pegó un grito, lo que hizo que el oso reaccionara de la misma manera.

—¡Corre!

Chaz tiró de ella. Lo correcto en una situación así era permanecer muy quietos, pero sabía que con aquella mujer iba a ser imposible. Huir corriendo de un plantígrado era la peor cosa del mundo, pero no les quedaba otra salida si no querían convertirse en un banquete.

Las ramas bajas de los árboles los golpeaba, aunque Chaz hacía por recibir todos los porrazos para que ella pudiera ir más veloz. Más. Más veloz. La única salida era cansarlo. Y cansar a un oso no era tarea fácil. El animal los seguía con cierta pereza, más porque era lo que se esperaba de él que porque tuviera un especial interés por aquellos dos extraños humanos.

En un momento dado el suelo desapareció bajos los pies de Chaz y Hortense, y cayeron rodando por un terraplén. Era muy, muy empinado. El espeso follaje hacía de almohadilla, pero algunas rocas salientes les golpearon antes de detenerse muy abajo, en el antiguo cauce de un río que era una torrentera en primavera, pero que ahora estaba seco.

—¿Estás bien? —Chaz la miró, preocupado. Parecía que no tenía heridas. Todos los golpes se los había llevado él.

—¿Estamos a salvo? —Hortense miraba hacia arriba, donde no se veía más movimiento que las nubes en el cielo.

—No creo que el oso sea tan idiota de tirarse por aquí.

Respiró aliviada y se tumbó sobre la espalda.

—¿Qué haremos ahora?

—Dirección noreste —señaló un punto indeterminado—. Llegaremos a mi camioneta y en nada estaremos en casa.

Ella se encogió sobre sí misma. Empezaba a hacer frío.

—Se está haciendo de noche.

—Yo voy a tu lado.

—Me duele el trasero.

—Si te cansas te llevaré a cuestas.

—Tengo hambre.

Él sonrió. Por alguna razón aquella sarta de exigencias lo llenaron de ternura. Tuvo ganas de abrazarla, pero se contuvo de hacerlo.

—No llevo comida, pero puedo contarte historias de Great Peak para que te olvides del

estómago vacío.

Ella se sentó a la vez que una mueca de dolor aparecía en sus ojos. Lo miró fijamente, tanto como Chaz estaba haciendo con ella. Cabello despeinado. Un par de arañazos en el rostro. Y unos increíbles ojos verdes que la miraban con... ¿comprensión? Nadie jamás la había mirado así. Despertaba en los otros sorpresa, simpatía, adoración... pero nunca aquello. La sensación de que alguien estaba dispuesto a aceptar todo el paquete. Con lo bueno y lo malo.

—¿Tienes soluciones para todo? —le dijo.

—Quiero que estés bien.

De pronto reparó en sí misma. En que aquella era la situación más horrorosa de su vida. Un par de lágrimas acudieron a sus ojos.

—Estoy fea. Estoy horrible —balbuceó.

—Me areces preciosa. La chica más bonita que he visto en mi vida.

De nuevo lo miró a los ojos. Brillaban.

—Mientes.

—Un montañero nunca miente.

Ella suspiró.

—Sácame de aquí.

Chaz se puso de pie y le tendió una mano.

—Tus deseos son órdenes.

## CAPÍTULO 10

Llegaron a la cabaña bien entrada la noche.

Julie y Jedidiah aún seguían en el porche, atentos a cualquier movimiento.

Cuando los vio aparecer no pudo evitar un grito y salir corriendo a su encuentro.

—¡Tori!

Se fundieron en un abrazo.

—¿Estás bien?

—Solo quiero dormir.

No estaba habladora, cosa entraña en ella.

Chaz saludó a su hermano, pero apenas intercambiaron unas palabras.

Montaron de nuevo en la vieja camioneta y llegaron hasta la otra cabaña.

—Puedo prepararte algo caliente —dijo él, que no sabía qué hacer.

Tori se lo agradeció con una sonrisa. Era dulce. Amable. La de una mujer distinta a la que había visto hasta entonces.

—Gracias. Ya no tengo hambre.

—¿Quieres que hablemos?

Ella volvió a sonreír.

—Mañana. Solo me apetece dormir.

Sin más subió a su habitación y lo dejó solo frente a la chimenea, que su hermano había tenido el acierto de encender en su ausencia.

No estaba muy seguro de qué estaba pasando dentro de su cabeza. Y no estaba seguro porque sospechaba que su cabeza no tenía nada que ver. Se trataba de su corazón. ¡Así que era aquello! El maldito y jodido amor. Lo sintió como una maldición, como una epidemia que podía arrasarlo todo, porque por primera vez en su vida se daba cuenta de que no podía hacer lo que quisiera. Cualquier pensamiento, cualquier intención, cualquier decisión, pasaba irremediadamente por Hortense Vanderbilt.

Era horrible. Espantoso. Calamitoso.

Decidió quedarse en el sofá, junto a la chimenea. Si subía a su habitación la tendría solo a una pared de distancia y no estaba seguro de hacer una locura, como intentar hablar con ella o provocar ruiditos en el muro para que contestase.

El sol de la mañana lo despertó en el mismo lugar.

Apenas se había puesto de pie cuando llamaban a la puerta. Era Julie con el desayuno preparado.

—¿Está despierta? —preguntó nada más entrar.

—Creo que duerme.

Ella subió a la habitación con una taza de té en la mano. Recordaba que le encantaba tomarlo antes de levantarse. Llamó con los nudillos y cuando no recibió respuesta entró sin más.

—¿Tori?

Estaba en la cama, despierta, mirando al techo de vigas de madera.

—¿Estás bien?

Se incorporó hasta sentarse.

—Creo que estoy enferma.

—Debe ser agotamiento —le puso la mano en la frente. No tenía fiebre—. Han sido dos días

duros y un viaje largo.

—¿Tú crees?

—¿Cuáles son los síntomas?

Ella hizo una mueca con la boca. No había pegado ojo a pesar de estar agotada. Había algo que no salía de su cabeza.

—Siento un cosquilleo extraño en el estómago, no tengo hambre, no puedo dormir, y... cierto calor.

—¿Cierta calor?

Ella enarcó las cejas.

—¿Quiere que sea más explícita?

Julie cogió la indirecta y no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Qué tal con Chaz?

La simple mención hizo que ella arrugara la cara como si hubiera tomado un líquido amargo.

—¿Con ese bestia? Mal. Debías haberme advertido —dio un buche al té y bajó la mirada a las sábanas—. ¿Tiene novia? ¿Ve a alguna chica?

Julie sonrió de nuevo, pero la borró de inmediato. No quería que Tori se sintiera incómoda.

—No que yo sepa.

—Normal —se encogió de hombros—. A quién le iba a gustar. Porque no es atractivo, ¿verdad?

—Es guapo.

—¡Qué absurdo! —parecía muy sorprendida—. Tiene ojos bonitos, no lo puedo negar, y un buen cuerpo. Muy bueno, de hecho. Y puede no ser mal parecido, pero nada más.

Ahora fue Julie quien enarcó las cejas.

—¿Queda algo más?

Hortense Vanderbilt utilizó su estrategia favorita cuando no le quedaban cartuchos en la recámara: cambiar de conversación.

—¿Qué plan tenemos para hoy?

Julie se puso de pie. Había muchas cosas que hacer y el tiempo pasaba veloz.

—Me ayudarás a decorar la habitación de mi bebé...

—De Eleonora —la corrigió.

—De Eleonora, porque quiero contarle las cosas que su tía ha hecho por ella. Almorzaremos en el porche e iremos a tomar el té con la señora Foster.

—¿La novia fantasma? —ella también se puso de pie. Llevaba puesta una camisa de Chaz, pero Julie prefirió no comentar nada.

—No seas cruel.

—Me parece un buen plan. Aunque sabes que durante todo ese tiempo intentaré convencerte de que abandones este maldito lugar y vuelvas conmigo a la ciudad.

Empezó a vestirse con la ropa que Julie le acaba de traer. Otros tejanos impíos y una camisa blanca. La del día anterior estaba para tirarla.

—Puedes hacerlo. Intentar convencerme. Pero no podrás.

—Ya veremos.

Fue una mañana agradable. Pegaron papel pintado sobre una de las paredes de la habitación, pintaron de amarillo una antigua cómoda y colgaron algunos cuadros que Julie había confeccionado con viejas portales de Great Peak.

El almuerzo fue tranquilo. La temperatura era perfecta y Jedidiah le habló sobre las viejas costumbres del pueblo.

Ella no preguntó en ningún momento por Chaz, que no hizo acto de presencia a pesar de que se le esperaba, pero no dejó de mirar en dirección a la pequeña cabaña.

Julie empezaba a darse cuenta de que la relación de ambos no les era indiferente. Conocía a su hermana y temía por Chaz. Era de carácter cambiante y exigente, y su cuñado un buen tipo. Cualquiera de los dos podía salir herido si comenzaban con un amorío de verano.

A la hora convenida bajaron al pueblo.

La señora Foster los recibió a pie de escalera y los acompañó a un salón donde no faltaba elfo de los bosques ni bruja de las montañas en sus múltiples versiones, repartidos por muebles, estanterías y cualquier superficie donde hubiera un centímetro libre.

Para su sorpresa, no se había sentado aún cuando llamaron a la puerta y apareció un Chaz cabizbajo, con el sombrero arrugado en la mano, que saludó a todos con una inclinación de cabeza antes de mirar por un instante a Hortense y sentarse lo más apartado de ella posible.

—¿Qué te puedo servir, querida?

—Un Da Hong Pao, con una nube de leche de avena, una gota de elixir de coco, y panela.

—Té —se apresuró a añadir Julie.

Hablaron sobre el tiempo, sobre la cosecha que se avecinaba y sobre el maldito Rhett Mountain, aunque Julie intentó quitar hierro al asunto para no alarmar a su hermana. Hortense intentó seguir la conversación, pero no entendía nada. Chaz, por su parte, evitó cualquier comentario y la observaba cuando estaba seguro de que ella no se daba cuenta. Aquello no pasaba desapercibido a Julie, que empezaba a temerse lo peor.

—¿Puedo ser indiscreta? —dijo la señora Foster en algún momento de la conversación.

—Usted nunca lo es —fue educada Julie.

La anfitriona se volvió hacia Hortense y la miró, llena de curiosidad.

—¿Es cierto lo de Tobías Ferguson?

—Ignoro qué se ha rumoreado sobre nosotros.

Tobías Ferguson era el campeón del equipo de nacional de Polo. Un atractivo multimillonario, relacionado con la nobleza europea, e hijo del magnate de las Galletas Bocadoitos Ferguson.

—Se rumorea que están comprometidos.

Hortense miró a Chaz. Este acababa de arrugar la frente.

—Toby es un hombre maravilloso —dijo por respuesta y dio un sorbo a su té.

—¿Y están comprometidos? —insistió la anfitriona.

No había escapatoria. Su hermana la miraba con interés. Jedidiah parecía no enterarse de nada y Chaz... bueno, Chaz había palidecido y la miraba muy fijo, intentando descubrir qué se encerraba tras su aparente indiferencia. Tori decidió contestar.

—Una de las razones por las que necesito a mi hermana en la ciudad es porque me tiene que ayudar a preparar mi boda.

La señora Foster fue la única que reaccionó con entusiasmo. Los demás, con una mezcla de estupor y decepción.

—¡Enhorabuena!

—¿Cuándo esperabas decírmelo? —Julie quería sentirse feliz, pero algo le decía que se le escapaba lo más importante.

—Quería un momento especial, pero ya que ha salido la oportunidad...

—Eso —intervino Chaz por primera vez, muy serio—. ¿Cuánto esperabas decírnoslo?

—A ti no tenía intención de hacerlo, pero te mandaré una invitación.

Aquello lo puso furioso. Dejó la taza de café sobre la mesa, que creó un estruendo. ¿Por qué

tomar el café en aquellos trastos de porcelana? Un vaso de cristal era suficiente. Se encaró de nuevo con Hortense.

—Pues deberías saber algo.

Ella aceptó el reto.

—¿Tú me lo vas a decir?

—No sé lo que haréis en la ciudad, pero aquí, en las montañas, si se besa a alguien no hay vuelta atrás.

Ella adelantó el cuerpo, retadora.

—¿Te refieres al ridículo beso que me diste en la cantina?

—No. Me refiero al que tú me diste en el bosque.

Los otros tres se miraban, sin comprender nada.

—Eso no fue un beso.

—¡Ah! ¿No? ¿Y qué fue?

Parecían batirse con la mirada. Como dos espadas láser en un duelo igual a igual.

—Una prueba de que no sabes besar —sentenció ella, quedándose satisfecha.

Aquella afirmación fue como un golpe bajo. Como si la espada láser se hubiera quedado sin pilas.

—Sé besar —la apuntó con el dedo—. Sé besar muy bien. Y hay cosas que las hago aún mejor.

Ella hizo como que se escandalizaba.

—¡Pero qué hombre tan arrogante!

—No sé lo que significa eso —continuó él—, pero estoy seguro de que tú lo eres aún más.

La tensión se podía cortar con... una espada láser. No apartaban los ojos el uno de la otra. Era como si los demás hubieran desaparecido. Como si un rencor antiguo hubiera salido a la superficie. Como si dos personas que se aman se negaran a creérselo.

—¿Quieres saber lo que es besar? —preguntó Chaz, tan serio como lleno de furia.

—Quiero saber lo que es besar —aceptó ella el reto igual de enojada.

Sin más se pusieron de pie, se lanzaron él uno al otro, y se enzarzaron en un largo y apasionado beso. Él intentando demostrarle que no la besaría nadie así jamás. Y ella estando convencida de que Chaz no olvidaría un beso así en su vida.

—No entiendo nada —murmuró la señora Foster, que presenciaba muda, como el resto, aquel duelo a besos.

—Yo tampoco —convino Jedidiah.

Continuaron con el beso. Aquello era pasión. Estaban abrazados y sus manos recorrían la espalda del otro. Tan entregados que, de no parar, era posible que el siguiente paso fuera...

—Quizá va siendo hora de que nos marchemos —dijo Julie, poniéndose de pie—. Se hace de noche.

A duras penas se separaron, recobrando la mirada retadora.

Ahora fue Chaz quien se limpió la boca con la manga de la camisa. Estaba satisfecho de su actuación y respiraba con dificultad. Así lo demostraban sus pantalones. Hortense tenía las mejillas encendidas, y su pecho subía y bajaba acelerado, pero tampoco se había desilusionado. Prueba de ello eran los cosquilleos en el estómago.

Un Jedidiah noqueado se despidió de la anfitriona mientras miraba a un hermano que no reconocía.

—¿Tú vuelves a la cabaña? —le preguntó Hortense a Chaz, adquiriendo aquel aire de superioridad al que ya lo tenía acostumbrado.

—Sí —contestó con sequedad.

Ella se volvió hacia su hermana.

—Iré con él. No quiero que se pierda.

Chaz a quien habló fue a Jedidiah.

—Me la llevaré yo —señaló con la barbilla a la hermana de Julie—. No quiero que os dé el viaje.

Hortense bufó.

—Señora Foster —se despidió de la anfitriona. La buena educación, ante todo—, mis respetos.

—Adiós, querida —después, en voz baja, se dirigió a Julie—. ¿Qué ha pasado?

—Una desgracia —dijo desenchajada—. Una auténtica desgracia.

## CAPÍTULO 11

Durante el trayecto de vuelta ni Chaz ni Hortense cruzaron palabra durante mucho tiempo.

La noche cayó de repente, como si quisiera ralentizar el tiempo, ya que a partir de entonces había que conducir con cuidado. Las simas se abrían sin avisar y la sinuosa carretera se tornaba peligrosa si no se conducía con cuidado.

Hortense estaban enfrentándose a sus sentimientos encontrados. ¿Por qué había besado a Chaz delante de todos? ¿Por qué había tenido la necesidad de probarle que no podría olvidarla? Y la peor pregunta de todas: ¿Por qué le había gustado tanto?

No era estúpida y debía reconocer que nunca, jamás, había sentido nada así cuando un hombre la había tenido entre sus brazos. Era como si cada gesto de aquellos labios, como si cada pulgada que habían recorrido sus dedos, cada trozo de piel cubierta donde se habían frotados sus cuerpos, fuera el espacio justo en el momento justo.

Estaba prometida y se casaría en primavera. Sería la boda del año. Mil quinientos invitados y alguna testa coronada. Tobías y ella serían inmensamente felices. Se mudarían a la casa de Los Cabos en verano y al ático de la gran ciudad en invierno, para pasar la primavera y el otoño viajando por Europa y visitando amigos. Una vida feliz. La vida para la que la habían educado. La que siempre había ansiado. Y sin embargo... sin embargo, nunca antes había sentido nada parecido a las tres veces en que Chaz y ella se habían besado. Sí, porque debía de reconocer que en cada una de ellas el estómago se le había llenado de cosquillas y la entrepierna de deseo.

Chaz, por su parte, tampoco dejaba de darle vueltas a la cabeza.

Detestaba a aquella mujer. Era lo más contrario al tipo de chica que siempre le había gustado: sencilla, amable, sonriente... mientras que Hortense Vanderbilt era complicada, estirada y adusta. Además de exigente, superficial y preciosa. Sí. Porque era preciosa. Y besaba como nadie. Nunca, jamás, había imaginado que un solo beso pudiera encenderlo de aquella manera. Y después estaba su cuerpo. Tenerlo entre sus brazos era como abarcar el mundo entero.

Pero estaba comprometida. Comprometida. Algo que tenía que haber dicho nada más llegar: «Hola, me llamo Hortense y tengo novio». Pero no. Ella había esperado hasta el final. Hasta que se habían besado tres veces y él estaba loco por ella. ¿Loco por ella? Eso era imposible. Se conocían desde hacía dos días. Su madre jamás terminó de enamorarse de su padre y el abuelo Jeff decía que, con el paso del tiempo, aprendió a que su mujer le cayera bien. Dos, tres días. ¡Qué locura! Tres días.

Estaba ensimismado cuando el coche se detuvo.

—¿Que sucede? —Hortense también acaba de salir de sus tortuosos pensamientos.

Él tardó en descubrirlo. Estaba demasiado enajenado como para ser eficaz.

—Nos hemos quedado sin gasolina.

—No puede ser.

—Estamos cerca. Podemos ir caminando.

Ella prefirió no contestar. Habría sido algo desabrido.

Emprendieron el camino en la oscuridad. La noche era templada, el cielo estaba lleno de estrellas y los búhos chucheaban en los árboles.

Andaban en silencio, uno al lado del otro.

Fue Chaz quien empezó a hablar.

—Debías habérmelo dicho.

Ella prefirió no mirarlo.

—No sé de qué me hablas.

—Lo sabes. De tu prometido.

Tendría que haberlo dicho. Pero por alguna razón a la que aún no había llegado, prefirió callarlo.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? —fue lo que contestó.

Él se detuvo en seco.

—¡No hemos besado! —para Chaz «Grizzli» Rober Mountain, para cualquiera de ellos, un beso era una cosa muy seria.

—Fue por una apuesta —se defendió Hortense, que también se había detenido en medio de la oscuridad—, para demostrarte qué es un beso y para... bueno, para demostrarte una vez más lo mismo.

Él bufó. Tenía las manos en las caderas. La miraba de vez en cuando, pero toda su atención estaba en el suelo. Si se enfrentaba durante mucho tiempo a los ojos de esa mujer volvería a besarla.

—¿No has sentido nada? —preguntó Chaz.

Ella no lo entendió.

—¿Te refieres a remordimiento y cosas así?

—Me refiero a deseos —era evidente—, a cosas en el estómago, a fiebre.

El montañero acababa de describir paso a paso cada una de las cosas que su cuerpo había experimentado. Aquel descubrimiento la dejó impactada, pero hizo por ocultarlo.

—¿Tú has sentido algo así?

—He preguntado yo.

Si respondía con sinceridad, era posible que su mundo se viniera abajo como un castillo de naipes. Nada de aquello debía estar ocurriendo. Había venido para llevarse a Julia, no para encapricharse de un bárbaro que besaba como nadie.

—Me casaré en primavera —fue lo que dijo—, y me marcharé en un par de días, en cuanto consiga sacar a mi hermana de aquí.

—Sigues sin contestarme —ahora sí se atrevió a mirarla a los ojos.

—Tobías es el hombre de mi vida —lo dijo muy seria, como se dicen las mentiras.

Él esbozó una sonrisa jactanciosa. Era lo único que le quedaba.

—Pero él no te besa como yo.

—¿Por qué eres tan arrogante?

—Porque tengo razón.

Estaban solos, en medio del bosque, y por alguna razón ella había propiciado aquello. Hortense no se entendía a sí misma. Estaba tomando decisiones que estaban encontradas con la persona que era que había sido un par de días atrás. Había confundido a aquel hombre con un porteador, encajaba al milímetro con el tipo de hombre en el que jamás se fijaría, y sin embargo... sin embargo no podía quitárselo de la cabeza.

Decidió que solo había una solución. Apartarse de él. Dejar de verlo. Ignorarlo los pocos días que aún estuviera allí. Sacar a Julie de las montañas ya no era una prioridad. Salvarse ella era lo importante. Volver a casa. Ver a Tobías y estar segura, absolutamente segura de que su boda era el único camino, el camino de la felicidad. Porque así olvidaría a Chaz Mountain, a aquellas malditas montañas, y todo sería de nuevo como antes.

—Hagamos una cosa —dijo, apartándose de su lado—. Tú irás por ese camino y yo por este.

—No te lo aconsejo —Chaz no se movió de donde estaba, pero arrugó la frente.

Ella empezó a caminar a paso acelerado. Necesitaba apartarse cuanto antes de él

—No necesito tu aprobación —dijo en voz alta, mientras se alejaba.

—No te lo aconsejo porque...

No pudo terminar, porque Hortense resbaló por la pendiente y cayó en el río hasta sumergirse.

—No te lo aconsejo —pudo terminar Chaz—, porque justo ahí está la bajada del río.

Hortense salió a la superficie, tomando una bocanada de aire. Chaz se precipitó, pendiente abajo, y entró en el agua hasta la cintura. La tomó de una mano y la ayudó a salir.

—Puedo hacerlo sola —dijo ella, exasperada y tiritando.

Estaba completamente empapada. Si no se calentaba cogería una pulmonía.

Chaz se quitó la camisa y la camiseta y se las tendió.

—Quítate la ropa y sécate con esto.

—No pienso hacerlo.

—Pues morirás congelada.

Ella bufó, pero le hizo caso. Se dio la vuelta y empezó a desnudarse. Puso la camiseta bien doblada sobre las ramas bajas de un árbol, se sacó los pantalones y procedió de la misma manera. En sujetador y braguitas se volvió hacia él. Chaz la miraba con ojos encendidos. También se había quitado los pantalones empapados, que estaban tirados de cualquier manera entre la hierba.

Se quedaron mirándose unos instantes. Como si calcularan las consecuencias de lo que estaban a punto de hacer. Fue Hortense quien dio el primer paso. Fue hasta Chaz, se puso muy cerca, y lo miró a los ojos.

Él no pudo resistir más. La tomó entre sus brazos y la besó. Deseaba hacerlo desde que habían salido de casa de la señora Foster. Tenerla entre sus brazos, desnuda. Era más de lo que podía soportar. Ella se encaramó a sus hombros y jugó con su lengua. Los gemidos de ambos llenaron el espacio. Él trastabilló y cayeron de espaldas. Ambos sonrieron. Un solo instante, porque tenían cosas importantes que hacer.

Fue Hortense quien le bajó los calzoncillos. Sus ojos parecieron asombrados, pero no dijo nada. Él trasteó con la hebilla del sujetador, incapaz de abrirla. Estaba demasiado nervioso y excitado para hacerlo. De nuevo fue ella quien le ayudó y quien se deshizo de las braguitas.

Rodaron por la hierba. Chaz necesitaba cada centímetro de su cuerpo y hacía por abarcarlo con sus enormes manos. Ella no mostraba timidez. No era así. En verdad estaba descubriendo cómo era en brazos de Chaz Mountain

Cuando él la penetró, Hortense supo que ya no había marcha atrás. Que aquella aventura en las montañas era algo muy serio y lleno de consecuencias.

Duró mucho tiempo. Tanto que las constelaciones bailaron en el cielo. El trote acelerado cambiaba de ritmo a una calma densa, llena de sudor, para coger fuerzas. Se detenían cuando él estaba a punto de llegar, dándole tiempo a que una descarga eléctrica recorriera el cuerpo de Hortense. Solo más tarde, mucho más tarde, ambos llegaron juntos al orgasmo. Fue tan espectacular que Chaz creyó que no volvería a repetirse. Aunque aquel era el principio y el final de todas las cosas. Creyó que estaba rematadamente loco por aquella mujer. En sus brazos. Su esclavo. Para lo que ella quisiera.

Él la mantuvo abrazada durante mucho tiempo. No quería que se enfriara. No quería apartarse de ella.

Entre sus brazos era como una paloma. Algo hermoso que apenas se movía y que lo hacía inmensamente feliz.

Empezó a clarear el alba cuando Hortense volvió a la realidad.

—Y ahora... ¿qué? —dijo mientras se apretujaba aún más contra el cuerpo de Chaz.

—Volvamos a casa —y le besó el cabello—. Mañana será otro día.

Ella asintió. El silencio volvió a imponerse. Y, solo más tarde, Hortense habló de nuevo.

—Tengo un problema, Chaz.

—¿Y cuál es? —volvió a besarle el cabello. Olía como nada que hubiera disfrutado hasta entonces. Un aroma que no olvidaría jamás.

—Que me gustas.

## CAPÍTULO 12

Había amanecido cuando Hortense llamó a la puerta de la cabaña principal.

Cuando Julie salió, apenas con una bata sobre los hombros, pudo ver alejarse la camioneta de Chaz medio oculta tras una nube de polvo

—Estaba preocupada —abrazó a su hermana, que se refugió entre sus hombros.

—Necesito hablar.

Sin más, se echó a llorar. Permanecieron así, en la puerta de la cabaña, mientras el sol continuaba con su ascenso en el cielo.

Poco a poco, Hortense fue calmándose. Su llanto pasó de la congoja más angustiosa a un ligero hipido, hasta que desapareció. Solo entonces Julie abrió los brazos para mirarla a los ojos.

—¿Te encuentras mejor?

—Nunca me encontraré mejor.

—Vamos a hacer una cosa —la condujo hasta la gran mecedora donde ella y Jedidiah se acurrucaban casi todas las noches para contemplar el atardecer—. Siéntate aquí mientras yo preparo un té. Después, si te apetece, podemos hablar todo lo que quieras.

Hortense asintió, obediente, algo raro en ella.

Julie entró en la cabaña y puso el agua a hervir.

No había sido una buena noche, no. Por mucho que esperaron despiertos, la camioneta de Chaz no había aparecido. Jedidiah propuso ir en su búsqueda, pero fue ella, Julie, quien se lo impidió.

Esa noche había estado segura de que aquello dos tenían cosas importantes que resolver. Lo había leído en los ojos de su hermana, en los ojos de Chaz. Aún así, la espera había sido angustiosa. En casa de la señora Foster había notado cómo el carácter de Tori empezaba a cambiar. La Hortense que ella conocía no hubiera tardado dos días en contarle que estaba prometida. Se habría jactado de la fortuna de Tobías Ferguson, de sus contactos, del tipo de vida que le esperaba. Y lo habría usado para convencerla de que debía abandonar las montañas. Sin embargo, desde el principio —y ahora se daba cuenta—, todo había cambiado. No había sido algo radical, sino más bien sutil. Poco a poco, como se producen las cosas verdaderamente profundas.

Y ahora estaba allí, en el porche de su casa, hecha una magdalena, después de haber pasado la noche con su cuñado, cualquiera sabía dónde. Cualquiera sabía cómo.

Cuando el agua empezó a burbujear, preparó dos tazas y un plato con galletas y salió al exterior.

Tori estaba tumbada en la hamaca, profundamente dormida.

Ella sonrió. Le vendría bien descansar. Se sentó en una silla y disfrutó de aquella espléndida mañana de verano, tomando un delicioso té.

Había pasado un buen rato cuando apareció Jedidiah. Desnudo, como siempre. Como estaba ella debajo de la bata. Dormir así había sido una innovación desde que estaba en las montañas, desde que se acostaba cada noche con aquel ejemplar de hombre.

—Ha llegado —dijo él en voz baja, rascándose la cabeza—. ¿No se ha quedado en la otra cabaña?

—No hemos podido hablar. Supongo que han tenido problemas.

—Será mejor...

—Sí — a esas alturas casi no necesitaban hablar—. Chaz es posible que te necesite.

Jed desapareció en el interior para salir no mucho después completamente vestido. Le dio un beso a su chica y fue a por su caballo.

Chaz estaba en los establos y, por sus ojeras, no había podido dormir.

Su hermano desmontó y fue a su encuentro.

—Salvaje crece a ojos vista —dijo refiriéndose al potrillo, el orgullo de Chaz tanto por ser descendiente de Serena, su yegua favorita, como por el carácter del joven animal.

—Pronto será más grade que su madre.

Los caballos centraron la conversación. Como buenos Mountain no trataban los asuntos así, sin más. Sino que se tomaban su tiempo.

Las ojeras de Chaz eran profundas. La expresión de dolor de sus ojos, acerada. Jedidiah lo conocía bien, mejor que nadie, y sabía que algo grave había sucedido.

—¿Todo bien con la yegua?

—Sí. No —miró a su hermano, pero bajó de nuevo los ojos hacia Salvaje, a quien estaba cepillando—. Nadie entiende... a las yeguas.

Jed sonrió. No era un tema cómodo. Cuando habían hablado de chicas, en el pasado, lo habían hecho de otra manera. De lo que iban a hablar ese día era del tema más prohibido entre los duros hombres de las montañas. Un tema tabú. Un tema que no podría salir de allí, de ellos dos, de los confinamientos de la pequeña cuadra: de sentimientos.

—Tengo algo de experiencia —dijo al fin Jedidiah—. Quizá pueda ayudarte.

Chaz también tardó en contestar. Parecía buscar las palabras oportunas.

—¿Por qué me gusta alguien que no me gusta?

—Eso no tiene sentido.

—No —estuvo de acuerdo—. No tiene ningún sentido.

Mientras Chaz cepillaba a Salvaje, Jedidiah hacía un tanto con Serena, su madre. Aquello les permitía tomarse unos segundos para pensar las repuestas, rumiarlas, y verbalizarlas.

—¿Esta noche..? —era difícil para Jed hacer aquella pregunta.

—Sí —dijo sin pensarlo—. Y ha sido increíble. Más increíble que nunca. Más increíble de lo que nunca imaginé que pudiera ser.

Jedidiah asintió y dio un par de pasadas más sobre el lomo plateado de la yegua. Después encaró a su hermano.

—Chaz —lo dijo despacio, en voz baja, sin intentar ofender—, sabes que está prometida. Que posiblemente se marche mañana. O pasado. Y tú, yo y estas montañas solo seremos un recuerdo curioso que contar en las reuniones de sociedad.

Él asintió y lo miró a los ojos.

—Pero parecía tan real.

—A veces somos nosotros quienes queremos creerlo.

Negó con la cabeza. Era imposible que lo que él había sentido no estuviera también en el corazón de Hortense Vanderbilt.

—No, Jed. Te aseguro que lo que he visto en sus ojos no se puede fingir.

—Son mujeres, Chaz. Son más inteligentes que nosotros.

—Quizá tengas razón —no podía dejar de estar de acuerdo.

—¿Por qué no ha venido contigo a la cabaña?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Durante el camino de regreso ha estado acurrucada en mi pecho mientras conducía. Pero después...

—¿Después?

Chaz había estado seguro de que esa mañana iban a regresar juntos a la casa, a su cama, que harían el amor durante todo el día, que se contarían confidencias, y que buscarían la forma de que fuera así para el resto de sus vidas.

—Simplemente ha dicho que no podía ser —bajó la cabeza y volvió a cepillar el lomo de Salvaje—. Que lo nuestro no podía ser. Y ahí ha terminado todo.

Julie y él lo habían hablado. Que la cosa terminaría mal. Ella estaba preocupada por su cuñado, también por su hermana. Él no era alguien que soportara los caprichos de una mujer como Tori. Y ella jamás aguantaría las montañas. Era el cuadro de una tragedia, pero aún así parecía que no tenía freno.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó Jedidiah.

—Atender a Salvaje y a Serena, y quizá montar hasta las cumbres.

—¿Puedo ayudarte?

Chaz levantó la cabeza. ¿Tenía los ojos brillantes? Y sonrió a su hermano.

—Sí. Por favor. Hoy no quiero estar solo.

El sol siguió su ascenso en el cielo y estaba declinando cuando Hortense abrió los ojos en el porche de la otra cabaña.

—Buenas tarde —dijo su hermana, que estaba de nuevo velando sus sueños, aunque a lo largo del día había estado trabajando en su ordenador.

—¿Tardes? ¿Qué hora es?

—Has dormido todo el día. Debías estar agotada.

Tori miró a lo lejos, hacia la cabaña que se veía más arriba, en la montaña.

—¿Chaz, ha..?

—No. No ha dado señales de vida. Pero no te preocupes. Jedidiah lleva todo el día con él. Estará bien. Te he preparado un té. En verdad es el tercero que te preparo y que se enfría.

Hortense se lo agradeció con una sonrisa, se puso de pie, se desperezó —algo inusual en ella —, y fue a su encuentro, sentándose a su lado. Un largo trago de té templado pareció desentumecerla.

—Esta noche hay una fiesta —dijo Julie—, en el pueblo. Algo informal. Se hace todas las primaveras.

La sola idea erizó el vello de la espalda a Hortense.

—No creo que sea capaz.

Julie asintió.

—Entonces me quedaré aquí, contigo.

—No es necesario.

—Sí, eres mi hermana. Mi deber es cuidarte. Y quererte.

Dio un sorbo al cálido brebaje y miró de nuevo a la distancia. Aquel gesto no pasó desapercibido a su hermanan, pero no dijo nada. La tarde era apacible a pesar de que pronto anochecería. Había amanecido un día caluroso y sería una noche deliciosa. Permanecieron en silencio, hasta que Tori habló de nuevo.

—¿Por qué es todo tan complicado?

Julie suspiró.

—Quizá no lo sea, y seamos nosotros quienes lo veamos así.

—Todo era perfecto, perfecto. Y de pronto aparece Chaz.

Su hermana dejó la taza y la tomó de las manos. Necesitaba que le prestara toda su atención, por algún motivo estaba segura de que aquella iba a ser la conversación más importante de sus vidas, y quería que no hubiera malos entendidos.

—¿Qué siente por él?

Hortense estaba confusa. ¿Cómo iba a saberlo? Su cabeza y su corazón estaban inmersos en una pelea y ninguno de los dos parecía tener ventaja.

—No lo sé, Julia. Jamás me he sentido así —ella también suspiró—. Es como si estuviera enferma. Necesito verlo, pero no quiero verlo. Necesito besarlo, pero no quiero besarlo. Creo que me he vuelto loca.

—Tori, lo que sientes tiene un nombre.

—No seas ridícula —la sola idea le parecía descabellada—. Sé lo que vas a decir. Pero lo conozco desde hace tres días. Y, además, no me cae bien.

Julie tuvo que sonreír. Incluso en los peores momentos Tori era muy Tori.

—En ese caso —recobró la compostura—, tengo que pedirte un favor.

—Qué favor.

Se acercó un poco más para que le prestara toda su atención.

—Ya has visto que no voy a volver contigo.

—Pero...

—Te quiero —le dejó bien claro—. Y a mamá. Y a papá. Pero esa ya no es mi vida. Mi futuro está aquí. Con Jedidiah, en estas montañas. Rodeada de esta gente, también de Chaz. Y no quiero que le hagas daño. Mañana, pasado, volverás a la ciudad. Seguirás con tus fiestas, con Tobías y su mundo lleno de posibilidades. La semana que viene, o quizá la otra, te olvidarás de estas montañas y te olvidarás de Chaz. Pero él no. Él seguirá pensando en ti, sufriendo por ti. Enamorado de ti.

—No seas ridícula.

Pero sabía que era verdad. Que ella misma era así, como había descrito su hermana. Y que Chaz también lo era. Lo había visto en sus ojos. Lo había sentido en su piel mientras hacían el amor. Lo había tallado en su corazón cuando se habían despedido esa mañana.

—Aquí las cosas funcionan de otra manera, Tori —insistió Julie—, como los besos son otros besos. Si no estás interesada en Chaz, déjasele claro. Hoy. Ahora. Y vete cuanto antes.

—¿Me estás echando?

—Claro que no —se lo dejó bien claro—. Estoy intentando evitar una catástrofe.

Es relinche de los caballos dio por concluida la conversación.

Cuando alzaron la cabeza allí estaban Jed y Chaz, cada uno en su montura, acercándose a ellas lentamente.

Hortense no pudo apartar los ojos de Chaz. No lo recordaba tan apuesto. Bajo el sombrero se notaban las sombras oscuras de sus ojeras, pero sus ojos brillaron con fuerza al cruzarse con los de ella. Tori tuvo que apartarlo, porque de nuevo le entraron ganas de llorar.

Cuando estuvieron junto a la baranda del porche, Jedidiah desmotó, pero no su hermano.

Llevaba un paquete bajo el brazo, papel de fieltro envuelto con un lazo azul. Se lo tendió a Tori, que lo miró en el aire antes de tomarlo.

—No quería molestar —dijo él, quitándose el sombrero—, pero traía esto.

—¿Qué es? —preguntó ella, sin atreverse a abrirlo.

No. No lo recordaba tan apuesto. Los ojos verdes parecían un mar de jade, y la mirada triste era hermosa y cautivadora. ¿Cómo era posible que no lo hubiera visto antes? ¿Cómo era posible que su cabeza se hubiera negado a verlo?

—Lo compré ayer, en la ciudad —dijo él—. Por eso llegué tarde a casa de la señora Foster. Es para ti.

—No tenías que... —aquello hacía las cosas aún más difíciles.

—Perdí toda tu ropa —se disculpó—, y esta noche hay una fiesta. No quería que aparecieras con vaqueros y camisetas publicitarias.

Ella tuvo que sonreír, y sin darse cuenta, apretó el paquete contra su corazón.

—Gracias.

Él alzó la visera de su sombrero a modo de saludo.

—Nos vemos allí —dijo antes de darle la vuelta a Serena.

Ella no lo dudó.

—Nos vemos allí.

## CAPÍTULO 13

Chaz estaba nervioso. Quizá más que nunca.

—¿Otra cerveza? —le preguntó su primo Carlisle.

Él no contestó. Tampoco la aceptó. Se estaba enfrentando a la noche más importante de su vida y llevar alcohol en la sangre no le iba a ayudar. Otra cosa es que saliera mal, como le había advertido Jedidiah. Entonces se tomaría montañas, toneladas de cerveza, para ahogar las penas.

Elizabeth se había encargado de decorar la plaza central de Great Peak para la fiesta. Era la última gran idea de Julie para sorprender a su hermana, para hacerla entender que aquel poblado de montaña podría ser un sitio con estilo, y que la dejara en paz.

Ya no era necesario todo aquello. Los acontecimientos habían tomado derroteros bien distintos, pero nadie en Great Peak estuvo de acuerdo cuando Julie propuso suspender la verbena.

Elizabeth había adornado los árboles con faroles de papel que encerraban brillantes luces blancas. Desde lejos parecía que una bandada de luciérnagas se había posado sobre ellos. Había una orquestina que tocaba boleros, otra de esas innovaciones extrañas que las muchachas Mountain habían traído a las montañas. La barra de bar, cubierta con una elegante tela blanca, también les pareció a todos algo insólito y novedoso. Por no decir la tarima de madera que hacía de pista de baile. Era la única forma de conseguirlo, bailar, en un pueblo construido sobre la ladera de una montaña y que no tenía calles ni plazas a nivel.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Chaz por enésima vez.

—Para comerte —contestó su primo, cansado de decirle que todo iría bien.

Se había puesto su mejor pantalón, un vaquero oscuro que, según su madre, le hacía un buen culo. También su mejor camisa, blanca, de algodón. El pelo se lo había retocado Elizabeth con un potingue que conseguía, milagrosamente, que se quedara sujeto hacia detrás. Las botas eran las de siempre. No tenía otras. Cuando esas se rompieran, entonces.

Jedidiah y las hermanas Vanderbilt llegaron media hora tarde, pero Chaz solo tuvo ojos para una de ella. Para Hortense, por supuesto.

Se había puesto su vestido, porque eso era lo que contenía el paquete atado con una cinta azul que le había regalado.

En la pequeña ciudad que los abastecía, al pie de la montaña, solo había una boutique. Nunca había estado en ninguna, y las dependientas lo miraron extrañadas cuando pidió un vestido de fiesta. Ahora lo llevaba puesto Tori, y estaba deslumbrante.

Era blanco, como su camisa, estilo años cincuenta. Posiblemente de esa misma época. Tenía un escote recto que dejaba al descubierto los hombros, se ajustaba a la cintura y tomaba volumen hacia abajo, hasta el largo de las rodillas. Hortense se había recogido el cabello y puesto unos pendientes largos de su hermana. No llevaba maquillaje. Su neceser lo había perdido y Julie no lo usaba. Sin embargo, se sentía más guapa que nunca. Más especial que nunca.

Lo vio de lejos. A Chaz. Y desde lejos supo que estaba nervioso por la forma en que se frotaba las palmas de las manos con el pantalón. Fue a su encuentro sin apartar la vista. Estaba guapo, y aquel pantalón le encajaba de maravilla.

—Esto es... —dijo cuando estuvo a su lado—, precioso.

—Tú sí que estás preciosa.

Hortense Vanderbilt había estado en las mejores veladas del mundo. En Mónaco, en Graz, en

Niza. Sin contar París, Londres, Madrid. Había ido a fiestas donde el techo se había llenado de golondrinas. O donde las paredes se habían cubierto de flores naturales. Miles, millones, que lo embriagaban todo con su aroma. Pero ninguna era tan hermosa como aquella. Y sabía por qué. Porque estaba a su lado.

Se volvió hasta Chaz y le tendió la mano.

—¿Bailamos?

Él se sonrojó.

—No lo he hecho en mi vida.

—Siempre hay una primera vez.

Tori lo llevó a la pista. Estaba desierta. Todos parecían tenerle miedo a aquel rectángulo de madera, como si se tratar de un altar de sacrificio.

Ella comenzó a bailar, insinuante, seductora, mientras Chaz hacía lo que podía. En cualquier otra ocasión se hubiera sentido ridículo. Aquella noche no. Porque solo tenía ojos para Tori. Y si ella era feliz bailando, él bailarían.

—¿Qué ha hecho tu hermana con mi primo? —le preguntó Carlisle a Julie, que estaba tan sorprendida como los demás.

—Espero que ninguna locura —contestó ella, sin intención de parecer graciosa.

Tori y Chaz pronto dejaron de ser el centro de atención. La pista ya no era un lugar sagrado y los vecinos se animaron a pisarla. El alcohol, la música y las risas hicieron lo demás. La noche tenía la temperatura perfecta, y la ausencia de luna volvía el cielo increíblemente nítido.

Tori ya no podía bailar más. Estaba feliz, quizá más que nunca en su vida, extasiada. Pero los ajustados zapatos de su hermana le estaban destrozando los pies. ¿Cómo se había comprado Julie aquellos tacones, ella que siempre iba en deportivas?

—¿Descansamos?

Chaz lo agradeció.

Se alejaron un poco del bullicio, dados de la mano. La escalera del porche de una de las casas les sirvió de refugio. Lo suficientemente cerca como para disfrutar de aquella formidable vista de faroles encendidos y gente feliz, pero a la distancia perfecta para gozar de un poco de intimidad.

—¿Te has divertido? —le preguntó, amparado en la penumbra, porque no podía dejar de mirarla.

—Mucho. Y tú bailas muy bien.

Él le quitó importancia, pero bajó la cabeza para que ella no notara que se sonrojaba.

—La suerte del principiante.

Estuvieron callados unos minutos. No necesitaba hablar. El corazón de ambos parecía latir al unísono, fuerte y seguro. Jedidiah, a los lejos, permanecía firme en la pista, evidentemente incómodo, mientras Julie hacía piruetas a su alrededor. Carlisle en cambio, tenía un don natural para los boleros, lo que tenía encantada a una risueña Elizabeth. Incluso su madre bailaba abrazada a Peter, su amor de madurez que tan feliz la hacía.

—¿Siempre es así? —preguntó Tori, con ojos soñadores—. En el pueblo.

—¿Te refieres a la fiesta?

Ella negó con la cabeza.

—Me refiero a lo otro. A lo que no se ve. Hay magia en este lugar. Julia tenía razón.

Los labios de Chaz se elevaron en una sonrisa.

—Qué tú digas eso es toda una sorpresa.

Ella volvió a mirarlo, y también sonrió. ¿Cómo no había sido capaz de verlo el primer día?

Cuando ahora era incapaz de olvidarlo.

—Estos tres días han sido muy especiales para mí —dijo con una sonrisa clavada en los labios.

—También para mí —confesó Chaz. Después se sintió incómodo y bajó una vez más la cabeza—. Quería preguntarte algo —se demoró en hacerlo—. ¿Cuándo volverás a casa?

Esa era la gran pregunta. La que rondaba por su mente desde que esa misma tarde había despertado en el porche de su hermana,

—No lo sé —contestó—. Aún no lo he decidido.

—Pero lo harás.

—Tampoco lo he decidido.

De nuevo el silencio. A veces es necesario para aclarar las ideas.

—Allí hay un hombre esperándote —Dijo Chaz.

—¿Y qué tengo aquí?

Él suspiró.

—Aquí hay un tipo rudo y sin modales que sabe que te ama —al instante sonrió—. ¿He dicho yo eso?

Ella se pudo de pie y le abrazó con fuerza.

—¡Oh, Chaz! ¿Por qué nos ha pasado esto?

Él la acogió entre sus brazos y comprobó de nuevo que aquello lo hacía inmensamente feliz.

—No lo sé. Supongo que alguien, allí arriba, quería pasar un buen rato.

—Quizá tu difunta abuela.

—O tu tía Sephora.

Ambos rieron. Lo necesitaban. Tenían que enfrenarse a un dilema de difícil solución.

—¿Qué vamos a hacer?

Él la apartó suavemente para mirarla a los ojos.

—Quédate aquí. Conmigo —la abrazó de nuevo. No soportaba la distancia—. O déjame que te acompañe. Puedo vender mi parte de las tierras a Jedidiah y a Carlisle. Y encontrar trabajo.

—Mi mundo es complicado.

—¿Más que este?

Hortense sabía que mucho más. Aquí no había barreras. De donde ella venía, el dinero y la cuna lo eran todo.

—En Great Peak recibís a todos con los brazos abiertos. De donde yo vengo hay que presentar un salvoconducto.

—¿Qué haremos entonces?

Nada. Todo. Como en una partida de póker, pero con el inconveniente de que no podía ir de farol.

—Estoy prometida, Chaz.

—¿Qué harás con él, entonces?

Tobías era un gran hombre, aparte de todo lo demás. Alguien con quien ser feliz. Pero también alguien con quien nunca había sentido lo que su corazón palpitaba por Chaz.

—Aún tengo que pensarlo.

—¿Y mientras tanto?

De nuevo todo. De nuevo nada.

—Mientras tanto quiero que me lleves a tu cabaña y que nos olvidemos de nuestros problemas.

—Si después te marchas no sé si lo soportaré.

—Eso es algo que no puedo prometerte, Chaz.

—Aun así, me arriesgaré.

—¿Aunque te haga daño?

Él la apretó más fuerte, contra su pecho.

—No tocarte es aún más doloroso.

Tori alzó la cabeza y se besaron. No fue como las otras veces. Ahora no había urgencia. Fue algo delicado. Lleno de ternura. El ruido de unos pasos hizo que se separaran. Ante ellos apareció la señora Foster con su exuberante vestido de fiestas.

—¡Estás aquí, querida! —no los había visto besarse, aunque a esas alturas todo Great Peak sabía que el pequeño de los Mountain bebía los vientos por la hermana de Julie—. Qué cosa tan maravillosa ha ocurrido.

—¿Ha bailado Jedidiah? —dijo Chaz de buen humor.

—Aún mejor —lo corrigió la anciana—. Ha llegado tu prometido, Hortense. Tobías Ferguson. Y es el hombre más tractivo que he visto en mi vida.

## CAPÍTULO 14

Tobías estaba allí, en medio de la plaza, con su deslumbrante sonrisa encajada en el rostro.

Se había creado un círculo de curiosos a su alrededor. Aquel hombre elegante y atractivo era el otro gran protagonista de las revistas de sociedad y estaba en Great Peak. La señora Foster y la señora Jefferson lo miraban como si se tratara de un objeto raro, valioso, que hubiera aparecido allí, de repente, para estupefacción de todos.

Camisa celeste, ligero jersey azul marino, vaqueros y unos carísimos zapatos de piel marrón. Llevaba un suave bigote muy bien cortado, y un pañuelo de seda al cuello para evitar el frescor traidor de la caída de la noche. Su aparente informalidad contrastaba con los ropajes de fiesta de los vecinos. Su cabello casi blanco de tan rubio, también. Todo en él era elegante, desde la forma en que permanecía de pie, en mitad de la plaza, hasta la mirada, entre amable y distante, que lanzaba a su alrededor. Tenía buena forma física, como correspondía a un campeón de Polo, y unos destacados ojos azules, de un tono tan claro que parecían transparentes.

Julie estaba a su lado. Parecía demudada, algo extraño en ella. Se había encargado de atenderlo cuando había aparecido sin avisar. Se conocían desde niños. En su círculo social todos estaban emparentados de alguna u otra manera. Precisamente había sido ella quien lo había visto aparecer, doblando la esquina de la calle central. Al principio no lo reconoció. No porque su aspecto no fuera significativo, no. Sino porque nunca, jamás, hubiera pensado que Tobías Ferguson transitaría por las calles de Great Peak. Él le besó la mano, algo un tanto afectado que no pasó desapercibido a los vecinos, y de inmediato preguntó por Hortense. Julie sabía dónde estaba. Los había visto desaparecer de la mano en dirección a una zona en penumbra, y sospechaba qué estaban haciendo. Decidió entretenerlo a la vez que encargaba a una de las vecinas que la buscara cuanto antes.

Cuando Chaz y Tori llegaron a su lado, el contraste entre los dos hombres era evidente. Donde el montañero era fornido el otro se mostraba delicado. Uno moreno y otro rubio. Uno fuerte y otro esbelto. Uno directo y otro esquivo.

Hortense estaba pálida, casi tanto como su vestido. Un mechón de pelo se le había escapado del recogido y mostraba los labios enrojecidos a base de besos. Fue directa hasta él, le dio un ligero roce en la mejilla y se apartó de inmediato.

—¿Qué haces aquí?

—Parece que no te alegras de verme —dijo de buen humor.

—Por supuesto que sí, pero... —nunca hubiera imaginado que su prometido recorrería medio país para verla—. pero ha sido una sorpresa.

—Esa era la intención —dio una ligera palmada y miró alrededor—. La ciudad es aburrida sin ti —después se dirigió al tipo huraño que estaba al lado de su prometida—. Por cierto, soy Tobías. Puedes llamarme Tob.

—Chaz —dijo a secas, sin sacar las manos de los bolsillos.

El pequeño de los Mountain estaba tan serio como si asistiera a un velatorio. Tenía las mejillas enrojecidas y si Tob hubiera sido observador se habría dado cuenta de que sus labios estaban igual de hinchados que los de su prometida.

Para Chaz aquello había sido un mazazo. Una cosa era saber que Hortense tenía a alguien esperándola a miles de millas, y otra diferente que ese alguien se presentara en sus tierras.

—Es el cuñado de Julie —se apresuró Tori a aclarar.

—Maravilloso —Tob parecía entusiasmado—. Todo queda en familia —volvió a mirar alrededor—. Un lugar encantadoramente pintoresco. A los chicos les gustaría.

—Convenimos en que regresaría una vez solucionara unos asuntos.

—Lo sé, pero me aburro —esbozó un mohín encantador que logró que la señora Foster y la señora Jefferson cruzaran una sonrisa de fascinación—. Los Cabos están desiertos. Plata tiene que reposar. Y Tori Vanderbilt no coge el teléfono.

—¿Plata? —Preguntó Julie.

—Mi caballo. Tiene una lesión. Nada preocupante. Su fisioterapeuta dice que se recuperará con algunas sesiones.

—No hay cobertura en las cumbres —aclaró Tori—. Te escribí el día que llegué para decírtelo.

—Botoncito —se quejó Tob—, si no te conociera diría que no te alegras de verme.

—¿Botoncito? —Chaz arrugó la frente.

—¡Claro que me alegro! —ella lo ignoró.

Tobías la tomó por la cintura y la besó. Ella se dejó hacer. Hubiera sido extraño apartarse. Los suspiros encantados de la señora Foster y la señora Jefferson embalsamaron el ambiente.

Chaz apartó la mirada. Ya no había nada que hacer. Aquel tipo había entrado en escena en el instante oportuno. Había que saber cuándo tirar la toalla y ese era el día. Miró a Tori, que en ese momento se apartaba de su prometido para colocarse a su lado. Estaba preciosa. Quería recordarla así, cuando se retorció de placer entre sus brazos y como estaba ahora, con los ojos brillantes, sorprendidos, llena de vida.

—Será mejor que me vaya —dijo Chaz con la mirada gacha, arañando el suelo con la punta de su ruda bota—. Mañana hay que levantarse temprano.

Ella le puso una mano en el antebrazo.

—Quédate.

Él se atrevió a mirarla a los ojos. Se perdería en aquel mal nocturno sin dudarlo. Con una palabra, con un gesto. Lo daría todo por aquella mujer. Lo dejaría todo por aquella mujer. Pero no a costa de hacerla infeliz. Y era evidente que su mundo y el universo deslumbrante en que vivía Hortense Vanderbilt no eran la misma cosa.

—Quédate —repitió él en voz baja—. Quédate conmigo. Con nosotros.

—No lo hagas más difícil.

Hablaban en susurros, aunque en aquel momento Tobías no era importante.

—Es cuestión de elegir. Nada más.

—¿Nada más?

El prometido de Hortense la tomó por la cintura. Seguía estando risueño, aunque había una sombra de contrariedad en sus ojos.

—Creo que me he perdido algo.

—Son bromas entre cuñados —aclaró Julie.

—Me parece divertido —de pronto se percató de la música que sonaba y su rostro se iluminó—. ¡Un foxtrot! Qué reliquia. Vamos a bailar.

Tiró de ella, hasta la pista de baile. Pero Tori no estaba allí. No pisaba aquel suelo de madera, no escuchaba los acordes alegres, las risas de los vecinos de Great Peak, no veía las luces rutilantes de los faroles. Tori solo tenía ojos para Chaz. Él permanecía allí, de pie, con las manos en los bolsillos, pendiente solo de sus ojos.

Mientras Tobías bailaba con su cuerpo, Tori observaba al hombre que amaba, el que la había hecho feliz. Feliz de verdad. De la única manera que había conocido. El hombre con el que sabía

que las cosas nunca funcionarían, que no saldrían adelante, que sería un desastre.

Chaz esbozó una ligera sonrisa, sin dejar de mirarla, y entonces se marchó.

Se dio la vuelta y se marchó.

Torio vio cómo un trozo de ella misma se iba con él, cómo un dolor intenso se alojaba en su pecho, cómo los ojos se le llevaban de lágrimas.

Pero no dijo nada. Se apretó más fuerte contra el pecho de Tobías mientras Chaz Mountain era tragado por la noche, y ella comprendía que aquella era la última imagen que atesoraría del hombre al que amaba.

Siguieron bailando. Tobías encantado por cómo su chica se ajustaba a su cuerpo. Hortense esperando a que las lágrimas dejaran de brotar. Cuando esto ocurrió, se limpió con disimulo y se apartó lo suficiente.

—Estoy cansada. ¿Te importa si paramos?

—¡Tori Vanderbilt cansada! —su mirada de sorpresa era todo un poema—. ¿Quién lo diría? El aire de las montañas no te ha sentado bien.

—No. No me ha sentado bien.

La tomó de la mano y salieron de la pista de baile. La noche era encantadora. Quizá sería divertido comprarse una casa en las montañas. Podrían venir una vez al año para estas fiestas populares. Tori se lo agradecería. Le dio un beso en la frente.

—Botoncito, te he echado de menos. ¿Y tú a mí?

—Mucho —contestó sin entusiasmo.

—Se me ocurre una idea —quizá fuera la música, pero estaba ocurrente—. Podemos buscar un hotelito romántico para pasar la noche, y dedicar un par de días a recorrer estas montañas. Quizá encontremos un restaurante encantador, o una bonita tienda de regalos.

—Esta no son esa clase de montañas, Tob —dijo con desgana.

—¿En serio? —miró alrededor, realmente sorprendido—. Y cómo se entretiene esta gente.

Ella también lo hizo. Mirar alrededor. Pero con una mirada diferente. Allí estaba el alcalde Johnson, intentando parecer moderno a ritmo de bolero. Y las señoras Foster y Jefferson, como si fueran hermanas gemelas, dispuestas a echar una mano donde fuera necesario. Y Elizabeth, con su exquisita capacidad de saber estar. Y Carlisle. Y Jedidiah. Y por supuesto Julie. Su hermana mayor siempre había sido su unión con el mundo real. Nunca antes la había entendido. La consideraba una idealista. Incluso una excéntrica. Ahora la entendía perfectamente. Comprendía que lo hubiera dejado todo por el hombre al que amaba. Que hubiera renunciado a su herencia por aquello en lo que creía. Que estuviera siempre ahí, para escucharla y ayudarla. De nuevo tuvo ganas de llorar, pero logró contenerse.

—Se entretienen mirando pasar las estaciones —contestó, un poco tarde—, trabajando duro, cuidándose unos a otros.

Él esbozó una mueca cómica.

—Suenan bastante patético.

Tobías nunca lo entendería. Eran de mundos, de galaxias dispares. Su capacidad de elección consistía en su poder de adquisición. Nunca valoraría un amanecer porque no se podía comprar. Ni un vestido antiguo de una tienda de segunda mano. Y lo curioso era que ella tampoco. Al menos hasta aquella tarde.

—Creo que la mejor idea es que volvamos a la ciudad, Tob.

Él la miró extrañado.

—¿Seguro? ¿No querías resolver los asuntos de tu hermana?

Volvió a mirar a Julie. Estaba retirada, a prudente distancia, pero no apartaba los ojos de ella.

—Ya no es necesario —sonrió con amargura—. Me he dado cuenta de que no había nada que solucionar.

—Podemos marcharnos a primera hora —insistió Tobías—, después del desayuno.

—Aquí no hay hoteles, ni hospederías, Tob.

—¿Pero qué lugar es este?

Qué lugar era aquel.

En eso tenía razón.

Era el hogar de los Mountain, la casa de Chaz, un espacio en el universo que de pronto se había vuelto relevante para ella.

—¿Por qué no preparas el coche mientras yo me despido de mi hermana?

Tobías estaba un tanto confundido. No esperaba que la visita sorpresa terminaría con un regreso tan repentino.

—¿Y tus cosas?

—Ya me las mandará —recordó que todas sus pertenencias se habían precipitado al abismo, como una metáfora de ella misma—. No he traído nada que no pueda perderse.

Tob lo dudó un instante, pero accedió al final. Su discaputable estaba al final de la calle, al fondo de la alta pendiente, junto a una vieja bodega. Iría a buscarlo y recogería a Tori. Tenían varias horas por delante, pero ya pararían en un hotel con encanto cuando llegaran a una zona civilizada.

Cuando quedó sola, Hortense fue en busca de su hermana. Jedidiah estaba a su lado. No se había querido apartar, por si su chica lo necesitaba.

—Me voy —le dijo tras darle un abrazo.

—Te echaré de menos —le dijo su cuñado.

—Yo también —él esbozó una sonrisa, se ruborizó y se pasó la mano por el cabello—, aunque apenas nos hemos conocido.

Tori sonrió. Una sonrisa triste.

—Jed, eres un buen tipo. Cuídala.

—Me parece que es ella quien me cuida a mí, pero seguiré tu consejo —se percató entonces de la mirada que Julie le estaba lanzando y comprendió que había llegado el momento de dejarlas a solas—. Voy a ver qué pasa en la barra.

Se apartó a grandes zancadas. Las dos hermanas se abrazaron de nuevo. Quizá pasara mucho tiempo cuando volvieran a estrecharse.

—¿Volverás a visitarnos cuando nazca Eleonora?

—¿La llamarás así?

—No —intentó reír—. De ninguna manera. Aunque he empezado a encariñarme con el nombre.

Hortense miró hacia el suelo. Después a los preocupados ojos de Julie.

—No creo que vuelva. Nunca más.

—Te entiendo.

—En cuanto a Chaz...

—Estará bien —la tranquilizó—. Son tipos duros.

—Si tienes oportunidad dile que... dile...

—No es necesario.

Lo mejor era pasar de puntillas por todo aquello. Serían semanas difíciles, con un Chaz cabizbajo, con el corazón destrozado. Pero el tiempo todo lo podía. Al menos eso decían.

—Dile que todo ha sido verdad y que nunca lo olvidaré.

—Se lo iré. Más adelante. Cuando todo esto pase.

La abrazó de nuevo.

—Te quiero, hermana. No lo olvides.

Pasaron los minutos. Fue Julie quien se deshizo de sus brazos para asegurarse de que todo iba a marchar.

—¿Estás bien?

—Las mujeres Vanderbilt somos duras. Todo pasará.

Sin más se dio la vuelta. Se giró solo una vez para despedirse con la mano. Miró alrededor. Suspiró. Y fue en busca de su prometido. Para no volver jamás.

## CAPÍTULO 15

Hacia un mes que Hortense Vanderbilt había abandonado las montañas, y los extraños acontecimientos de aquellos días ya se habían disipado en la mente de los vecinos.

Era domingo, y Karen. La madre de Jedidiah y Chaz, había reservado la bodega de Jack «Salsa de tomate» McDogerty para una comida familiar. Quería celebrar varias cosas. Por un lado, que Julie avanzaba espléndidamente en su sexto mes de embarazo, sin ninguna molestia. Por otro, que la bodega de Elizabeth, donde ahora se encontraba, se había convertido en todo un éxito, y tanto excursionistas como vecinos de la pequeña ciudad cercana, se acercaban para tomar un té o una copa de Rompenrañas. Pero sobre todo quería celebrar que la familia seguía junta, sólida, resistente a los embistes del tiempo y las circunstancias.

—¿A qué hora llegarán? —preguntó Peter, su compañero de vida, que estaba cansado de esperar.

—Ya sabes que aquí no hay horas. A mediodía. En eso hemos quedado.

Elizabeth apareció desde la cocina, con un espléndido ramo de flores silvestre.

—¿Qué te parece para la ocasión?

—Son preciosas —dijo Karen encantada—. Podemos ponerlas en el centro de la mesa.

Eli había preparado una gran mesa redonda, perfecta para siete comensales. Mantel a cuadros y muchas jarras de cerveza. Ese día el local estaría cerrado, solo para ellos.

—¿Y Carlisle? —preguntó Karen.

Aquellos dos era inseparables. Se habían convertido en el tándem perfecto. Elizabeth sabía llevar el negocio, lo llevaba en la sangre. Y Carl conocía cómo tratar con los proveedores para conseguir las mejores condiciones. Eso sin contar con que hacían una pareja perfecta.

—Ha ido a buscar a Chaz —contestó Eli.

Una sombra pasó por los ojos de Karen. Estaba preocupada. Muy preocupada. Tanto que había querido irse a vivir allí arriba, a la cabaña. Pero Jedidiah la había convencido de que aquello sería contraproducente.

—¿Crees que vendrá?

—Lo dudo, pero al menos lo va a intentar.

—No puedo dormir pensando en él.

—Nos pasa a todo —convino Elizabeth. De hecho, ella y Carlisle no paraban de hablar y de intentar encontrar una solución para aquel problema—. Pero Chaz es fuerte. Se le pasará.

—¿Y si no sucede?

Eso mismo pensaba ella. Tenía una amiga en la ciudad que llevaba años deprimida por un desengaño amoroso.

—No pensemos en eso —le quitó importancia—. Cualquiera día aparecerá otra chica y Tori será historia.

Fuera sonó un claxon. Los ojos de Karen brillaron.

—¡Esos son Jedidiah y Julie!

Fue hasta la puerta para abrirla de par en par.

Julie estaba en un avanzado estado de gestación. Su prominente barriga le hacía difícil moverse. Y aún le quedaban tres meses de embarazo. Había tenido que abandonar el trabajo y la investigación de campo. Como bióloga responsable, tenía que datar todos los aspectos de la viperoidea termalis, la extraña serpiente que residía en una de las grutas de la montaña. Jedidiah

había endurecido aún más su semblante. Parecía creer que Julie se rompería en cualquier momento, y cuando ella le decía que exageraba, arrugaba aún más la frente y permanecía serio durante un rato. Para él, un embarazo era algo desconcertante, y un hijo una ilusionante responsabilidad que no salía de su cabeza.

—¿Cómo estás hoy? —le preguntó su suegra, una vez dentro del salón

—Si no fuera porque tengo que dormir en una postura extraña y no me veo la punta de los pies, no diría que estoy embarazada.

—¡Qué maravilla! —aplaudió Karen—. Jed pesó cinco kilos. Casi no podía moverme.

—Karen —amonestó el con humor—, no empecemos.

Nunca la llamaba madre, o mamá. La había recuperado hacía muy poco tiempo y, aunque la relación entre los dos era excelente, era una manera de decirle que había aún un pasado que resolver.

Karen le dio un beso a su hijo, que se removió incómodo.

—Y mira lo grande y apuesto que es —le golpeó el pecho.

—Te encanta avergonzarme.

—Me encanta verte reír.

Dejaron las viandas que habían traído. Elizabeth las colocó sobre la mesa, junto con lo que ella ya había preparado. Julie miró alrededor.

—¿Sabemos algo de Chaz? —preguntó

—Carlisle... —dijeron Karen y Elizabeth a la vez.

Se miraron y sonrieron. Fue la segunda quien contestó.

—Carlisle ha ido a su encuentro.

—No vendrá—sentenció Jedidiah mientras descorchaba una botella de cerveza.

—Antes o después tendrá que recuperarse —convino Eli.

—No es fácil curarse de las heridas del amor —dijo Peter, que hasta ese momento había permanecido callado, como siempre.

Todos se volvieron hacia él. Era un tipo amable y callado, siempre presto a ayudar, y lleno de paciencia con los malhumorados Mountain.

—¿Y qué sabes tú de eso? —le preguntó Karen, tan sorprendida como los demás.

—Cuando te conocí eras una mujer casada —no levantó la vista de la tabla del suelo que estaba intentando reparar—. Vagué como alma en pena por esos montes durante días hasta que...

Karen había dejado al padre de Jedidiah y de Chaz por él. También a sus hijos. De eso hacía muchos años, pero aún era doloroso.

—Será mejor que dejemos ese asunto —acordó Karen con prudencia.

—¿Y si no la olvida? —Jedidiah conocía a Chaz. Era el más cabezota de todos.

—No está en nuestra mano —Julie tenía razón—. Solo podemos hacer lo que estamos haciendo: estar pendientes, cuidarlo, y vigilar para que no cometa una locura.

—Pero lleva un mes encerrado —terció su madre—. Ni siquiera atiende a sus caballos.

—Nunca lo hemos visto así —y eso que él y Jed eran inseparables—. El bueno de Chaz. Siempre sonriente. Siempre con una broma entre los labios.

No. Chaz Mountain jamás se había sentido tan mal. Quienes lo conocían estarían seguros de que era imposible. Un tipo duro como él. Seguro de sí mismo. ¿Cómo podía afectarle tanto que se hubiera marchado una mujer a la que conocía de un puñado de días?

Karen los miró a todos. Uno a uno. Aquella también era una de las razones por las que los había citado aquel día.

—Prometedme que estaréis vigilantes. Yo vivo en el pueblo, pero vosotros estáis allí arriba,

en las cumbres.

—No lo pierdo de vista, si a eso te refieres —le aseguró Jed—, pero no sale de la cama. La casa huele que apesta. Si no fuera por Julie y por mí, que le llevamos comida y lavamos los platos, se lo habrían comido los osos.

El ruido de un motor hizo que todos enmudecieran.

—Oigo el coche de Carlisle.

Todos fueron hasta el porche. A la espera de que Carl les contara qué tal había encontrado al pequeño de los Mountain.

Pero la sorpresa fue mayúscula cuando vieron a Chaz descender del vehículo. No a un Chaz cabizbajo, como se podría esperar. Si no al Chaz de siempre, risueño, alegre, divertido. Olía de maravilla, al sano jabón de Great Peak. El cabello aún húmedo. Y una camisa a cuadros rojos que le sentaba de maravilla.

Subió las escaleras de dos zancadas. Cogió a su madre como si no pesara y dio dos vueltas con ella.

—¡Mamá! ¿Te he dicho que estás más guapa cada día?

—Chaz... —se encontraba tan feliz como sorprendida.

La dejó a un lado y fue hacia la novia de Carlisle.

—Y tú, Elizabeth. Este local es... es... Great Peak parece el mejor lugar de mundo gracias a ti.

—Oh, vaya —no sabía que contestar. Tampoco estaba segura de si el primo de Carl había sido poseído por un diablo cariñoso—. Gracias. Muy amable.

Ahora le tocó el turno a Julie. Más bien, a su barriga.

—¿Y mi sobrino? ¿Cómo está? —le estampó dos besos a la madre—. Si sale la mitad de guapo que tú, será un bellezón.

Karen, algo apartada, se dirigió en voz baja a Carlisle, que estaba a su lado, tan sorprendido como los demás.

—¿Qué le ha pasado? ¿Se ha golpeado?

—Me lo he encontrado así cuando he entrado en la casa —se encogió de hombros—. Que, por cierto, parece otra. Lo ha limpiado todo. El suelo relucía. Creo que hasta ha lavado las cortinas.

—¿Las cortinas? —exclamó Jedidiah, que también participaba en aquella conversación en voz baja.

Chaz entró en el salón. Parecía encantado con todo, con la decoración, con la mesa, con la vida.

—¿A qué huele? —dijo, aspirando fuerte—. ¿Cordero? Mi plato favorito. Estoy desenado hincarle el diente.

Jed estaba escamado. El día anterior, cuando había ido a verlo a la caída de la tarde, se había encontrado con lo mismo que todos los días anteriores desde que se fue Tori: con su hermano metido en la cama, tapado hasta los ojos, diciendo que solo quería dormir. Ahora, unas horas después, tenía delante al hombre más feliz del mundo. Porque sabía que en Great Peak no había drogas, porque esa sería la única explicación.

—¿Qué te parece si tomamos un poco de aire mientras descorchan las botellas y preparan las ensaladas?

Necesitaba hablar con él a solas. Los tres juntos. Los que eran uña y carne.

—De acuerdo.

Le hizo una señal a Carlisle y los jóvenes Mountain abandonaron la sala. Jed, a posta, se

apoyó en la baranda, en la parte más alejada, para tener mayor intimidad. Chaz se puso a su lado, como siempre. Carlisle al otro.

—¿Todo bien? —le preguntó a su hermano.

—De maravilla.

Asintió.

—¿Ha sucedido algo que no sepamos?

Chaz lo miró extrañado.

—¿Algo? No. Que va. Todo sigue igual.

Jedidiah yo no pudo contenerse.

—Chaz. Cuando ayer fui a tu casa estabas en la cama, cubierto con mantas hasta los ojos. Y estamos en agosto. Llevas un mes así, desde que Tori...

—Ya —le quitó importancia con una mano.

Carlisle miraba la escena sin dar crédito.

—¿Solo «ya»?

—He decidido olvidarla.

—Eso es una buena idea —intervino primo Carl.

—¿Sabéis? —dijo Chaz, dirigiéndose a los dos—. Me he levantado de madrugada. Eran las tres y no podía dormir.

—Llevas un mes durmiendo.

Hizo como si no lo hubiera oído.

—Así que me he sentado en la cama. He puesto los pies en el suelo y me he dicho: Chaz. Basta. Hasta aquí has llegado. Si ella se ha largado es porque no te merece. Hay cientos, miles de mujeres como Tori. Es cuestión de esperar. O de salir a buscar. Y aquí estoy.

Jed tuvo que convenir en que era una buena solución. No es que le convenciera, no. De estas cosas se salía poco a poco, no como si fuera un eclipse. Pero Chaz era un Mountain, y en su familia las cosas no eran como en las demás.

—Me sorprende y me alegra —dijo al fin.

La cabeza de Karen salió por la ventana. Había intentado escuchar la conversación, pero le había sido imposible.

—La comida ya está —gritó.

—¿Entramos? —invitó Chaz, con una amplia sonrisa estampada en su rostro.

Jedidiah lo miró de arriba abajo. Quizá todo iba bien. Quizá se había curado. La había olvidado de verdad, la pesadilla se había acabado.

Cruzó los ojos con Carlisle. Este se encogió de hombros. Entre ellos tres nunca habían necesitado muchas palabras. Un simple gesto. Una mirada larga, o demasiado corta, y no era necesario nada más. pero ahora, con Chaz... quizá debiera confiar y nada más.

Le dio una palmada a su hermano en el hombro.

—Estoy orgulloso de ti, Chaz.

Este correspondió con un abrazo.

—Gracias —le agradeció, sin soltarlo—, te digo que, si hoy apareciera por aquí, no pasaría nada. Colegas. Viejos amigos. Ya está. Lo tengo superado. Hortense Vanderbilt es pasado.

Sin más, entró en la sala, dejándolos a los dos allí.

Se miraron de nuevo.

Encogieron los hombros y fueron tras él.

Quizá tenía razón.

Quizá, no.



## CAPÍTULO 16

Hortense no sabía qué pendientes ponerse.

Los aretes de zafiro o los largos chatones de brillantes. Miró el joyero abierto. Quizá las esmeraldas.

Tobías apareció en el dormitorio. Estaba terminando de abrocharse el esmoquin.

—Nos esperan abajo. ¿Tardarás mucho?

Ella lo observó a través de espejo. Estaba arrebatador de etiqueta. Su rubio cabello peinado hacia atrás, y aquel traje, que parecía diseñado solo para él.

—Adelántate tú. Bajaré en un momento.

Tobías le dio un rápido beso en los labios y la dejó sola.

Ella se miró en el espejo. Aquella era su vida. Hoy una fiesta en una mansión de Sussex. Mañana un viaje en yate privado por las islas griegas.

Suspiró. Se decidió, con desgana, por los brillantes. Se los puso y, de pie, se analizó en el espejo de cuerpo entero.

Estaba guapa, debía reconocerlo, el vestido negro de terciopelo le sentaba como un guante. Ajustado a su cuerpo, dejando al aire el torso y los brazos. El mismísimo Valeriano había viajado esa mañana desde Milán para darle los últimos retoques.

Se miró más de cerca. Allí estaban las ojeras. Ni la espesa capa de maquillaje había logrado disimularlas.

Cuando tenía humor se decía que Chaz había salido de su vida y habían entrado las ojeras.

Chaz. Chaz. Seguía sin salir de su cabeza. Era sorprendente cómo alguien, a quien apenas había conocido, se deslizaba ente sus neuronas y permanecía allí, agazapado, sin intención de marcharse.

Había sido un mes duro. La sucesión de fiestas, de veladas, de espectáculos, no habían logrado disiparlo. Cuando iban a la ópera se descubría pensando en Chaz Mountain en medio del aria principal de la soprano. Lo mismo que cuando iban a las carreras, o cuando acudían a una recepción o estaban en medio de un almuerzo de gala.

Hizo por quitárselo de la cabeza y bajó al salón.

Ya estaba todo el mundo.

Ellos, por ser quienes eran, pernoctaban en la mansión.

Saludó a unos y otros. Todos tenían algo agradable que decirle. No solo era una Vanderbilt, sino que era la prometida de un Ferguson. Su agenda de los próximos meses estaba repleta de acontecimientos. Tobías quería que fueran a Berlín. Había visto un ático que le encantaba. No podían perderse el Baile de la Rosa, en Mónaco, ni la fiesta de los Visconti en los carnavales de Venecia. Eso sin contar con los preparativos de su boda.

Una vieja condesa, tía política de su prometido, se acercó a saludarla. Decían de ella que era la confidente la de Reina.

—Estás encantadora, querida.

Hubo dos besos en los que ninguna de las dos se rozó.

—El clima de Sussex siempre me ha sentado bien.

Se volvió hacia la sala. Allí estaba lo más granado de la alta sociedad. Un par de princesas, varios presidentes de multinacionales, empresarios de éxito. Ellos de impecable esmoquin. Ellas de gala. Solo en joyas allí había tanto dinero como en las cámaras acorazadas del banco de

Inglaterra.

—Y Tobías es tan arrebatador —apuntó la condesa, mirando a su sobrino, que charlaba con otros caballeros de aspecto distinguido—. Has tenido suerte.

—Sí —ponerse en su sitio era algo que había aprendido desde que nació—. Ambos la hemos tenido.

La anciana dama dio un largo trago de su copa. Quizá llevara varias encima. Eso la hacía tan parlanchina.

—Disfruta mientras todo brilla —dijo al cabo de un trato—. Después solo te quedarán los diamantes.

Hortense la miró contrariada. Acababan de pasar del atractivo de Tobías a ... no sabía muy bien a dónde.

—Creo que no he entendido esa complicada analogía.

—El tiempo es nuestro peor enemigo, querida —le aclaró la condesa—. La pasión que ahora te une a Tobías pasará. Siempre pasa. El amor es caprichoso y pasajero. Si conseguís convertirlos en buenos amigos, quizá duréis juntos unos años. Si no... siempre hay hombres dispuestos a amarnos.

Vació la copa de un trago e hizo un gesto a uno de los camareros para que se la llenara de nuevo. Tori no estaba muy segura de lo que la anciana le quería decir. Decidió tomárselo con humor.

—Así que me espera un futuro de amantes pasajeros.

—A menos que se presente el verdadero amor.

—Eso no existe.

La mujer la miró directamente a los ojos. Estaban vidriosos. Excesivamente maquillados, y flamantes por el efecto del alcohol.

—Te aseguro que sí, querida —le advirtió—. Lo viví en mis carnes. Siendo muy joven.

—Y aun así...

—Mis padres se interpusieron. Él era hijo de unos arrendatarios nuestros. Yo la única descendiente de unos duques. Hubiera sido un escándalo. Me fugué con él, pero nos descubrieron antes de atravesar la frontera. Eran otros tiempos. En aquella época aún teníamos el poder.

Era curioso. Hortense intentaba huir del amor y en su camino solo encontraba amor. Las óperas a las que la invitaban, las películas que otros elegían, las novelas que le llegaban para que las comentara, las conversaciones... todo hablaba irremediabilmente de amor.

—¿Tardó en olvidarlo? —le preguntó.

—Querida. Nunca se olvida.

Ella la miró, asustada.

—¿Nunca?

La mujer volvió a vaciar la copa y de nuevo buscó, ansiosa, a alguien que se la llenara.

—Aun hay noches que sueño con él. Me pregunto dónde está. Si se habrá casado. Si tendrá hijos, nietos. Me preguntó cómo hubiera sido mi vida con él.

Aquello le pareció terrible. Se imaginó a sí misma dentro de treinta, cuarenta años, pensado en Chaz y en lo que hubiera sido su vida si se hubiera quedado en Great Peak.

—¿Y se puede vivir con eso?

—Es posible que hubiéramos sido felices —¿eran sus ojos más acuosos? ¿Eran lágrimas?—. Al menos por un tiempo. Después yo habría echado de menos todo esto. Las fiestas. La vida cómoda. Los viajes. Y hubiera empezado a odiarlo. Fue mejor así. Ahora es un recuerdo. La esperanza de algo que pudo haber sido. Algo a lo que agarrarme en las noches donde me siento

sola.

—La esperanza... —musitó Tori.

Alguien le llenó la copa, y la anciana pareció calmarse. Un largo trago. Saludó con la cabeza a un caballero. Lanzó una sonrisa amable a una de las princesas. Después se volvió hacia Hortense.

—Has tenido suerte con Tobías, querida. Las mujeres de nuestra posición solo podemos ser felices con hombres como él.

No pudo aguantarlo más. lo que aquella mujer le estaba describiendo era un infierno. Toda una vida arrepintiéndose de algo, para llegar a la conclusión de que si hubiera tomado otra decisión, hubiera sido un fracaso. Lo vio como un camino sin salida. Uno de aquellos juegos donde tras las únicas dos puertas de escape estaban tigres hambrientos.

—¿Me disculpa?

La mujer inclinó la cabeza, a modo de despedida.

—Estás bellísima, por cierto. Veo ojos brillando por ti.

Hortense correspondió con la misma sonrisa helada, y fue al encuentro de Tobías. Este charlaba con el mismo grupo de caballeros aburridos. Seguramente de negocios. Seguramente de Polo. Se quedó a un lado. No le apetecía que la incluyera en aquella soporífera conversación. Se hizo notar tocando levemente el codo de su prometido.

—Ya estás aquí.

—Estaba hablando con tu tía.

Él le besó la mano.

—Espero que no te haya llenado la cabeza de ideas extrañas.

—Ha sido encantadora, como siempre.

De pronto Tobías recordó algo que no podía olvidársele.

—¿Te acuerdas de Richard? —se apartó para que Tori pudiera verlo—. Creo que habéis coincidido...

Ella sintió que el corazón le daba un vuelco. Una cara amiga. Un rostro amable.

—¡Richard!

Fue hasta él y le dio un abrazo. A su alrededor hubo murmullos. No era muy adecuado aquel comportamiento. Pero era la excéntrica Hortense Vanderbilt, así que se sofocaron de la misma manera que habían comenzado.

—Os conocéis más de lo que esperaba—dijo Tobías de buen humor—. ¿Debo estar celoso?

Ella se encontraba bien por primera vez en aquella noche.

—Richard Howard es un amigo de la niñez, y fue jefe de Julia en el Museo. ¿Te acuerdas?

De hecho, ella había decidido ir a rescatar a su hermana a partir de las cosas que le había contado Richard cuando estuvo en Great Peak. Él lo contaba con admiración, pero a ella le resultaron tan espantosas que concluyó que Julia debía volver a la ciudad.

—¿Cómo está Julie? —le preguntó su amigo—. Creo que has ido a visitarla no hace mucho.

Hasta ese momento no había caído que el hecho de topar con Richard significaba volver a hablar de sus recuerdos.

—Estuvo unos días en las montañas, pero no pudo soportarlo —aclaró Tobías—. Demasiado agreste.

—¿Conociste a los Mountain?

—Sí, aunque brevemente —no le apetecía hablar de aquello. Solo quería olvidarlo—, me alojé en la cabaña.

—¡Dios! Son gente extraordinaria —Richard los adoraba, era evidente—. Un tanto rudos, lo

reconozco, pero entrañables. Aún me carteo con Carlisle. Allí no hay correo electrónico. Y apenas teléfono. Tenemos negocios juntos. Un licor extraordinario. Rompentrañas. El nombre lo dice todo. Cuando vuelva a la ciudad os mandaré una botella. ¿Qué tal están Jedidiah? ¿Y Chaz?

Chaz. Era la primera vez que oía su nombre en boca de otro desde que había regresado. Fue como paladear un dulce amargo. Como morder una barra de picapica. Como entrar en una piscina de agua helada tras un día sofocante.

—Les he perdido la pista desde que he vuelto —y era cierto. Había hecho todo lo posible porque así fuera. Por olvidar.

—Quiero regresar en otoño —la mirada de Richard era soñadora—. Para el parto de Julie. ¿Quién iba a decirme que tendría a unos amigos tan peculiares?

Tobías arrugó la nariz. Hasta ese momento había permanecido callado, pero de repente dio la impresión que recordaba algo.

—¿Chaz no era aquel tipo musculoso que...?

«¿..que te había besado, amado y enamorado en mi ausencia?», le faltó añadir. Pero él no lo sabía, no lo sabría nunca, y ella tenía que encargarse de eso.

Ella le tocó de nuevo el brazo. Necesitaba respirar y aquel vestido era tan ajustado...

—¿Podemos hablar a solas?

Tobías la miró, extrañado.

—Sí, botoncito. Por supuesto.

Se disculparon con Robert, también con el resto de caballeros, y buscaron un lugar discreto donde charlar. El rostro de Tobías parecía preocupado. Tori estaba rara. Muy rara desde que había vuelto de las montañas. Ella lo achacaba a su preocupación por Julia, pero quizá había algo más.

—¿Sucede algo? —le preguntó cuando estaba seguro de que nadie los oía.

Ella tragó saliva, lo miró a los ojos y contó hasta tres.

—Quiero que adelantemos la boda.

La frente de su prometido se frunció en el centro. Aquello no lo esperaba.

—¿Adelantarla? A mi madre le daría un soponcio. Dice que con un año apenas tiene tiempo de...

—La semana que viene —no lo dejó terminar—. Tú y yo solos. En cualquier iglesia. Algo íntimo.

—Pero... pero...

Tobías no entendía nada. ¿A qué venía aquello?

—Dentro de un año podemos celebrarlo. Hacer esa gran fiesta. Mil quinientos invitados. Dejaré que tu madre lo prepare a su gusto. Eso le encantará.

Él dio un gran suspiro. Había tenido miedo. Ahora lo reconocía. De que ella, su extrañeza desde que volvió de las montañas, se tradujera en... en que ya no funcionaban. En que quisiera dejarlo. En que pusiera un punto y final.

La abrazó con fuerza. Sin importante lo que pudiera pensar toda aquella gente.

—Amor mío. He tenido suerte. Mucha suerte contigo.

Ella se cobijó en su pecho. Olía a perfume caro. Un punto de almíbar. Ese sería el aroma del resto de su vida. Ese sería su escudo para no pensar en Chaz Mountain.

## EPÍLOGO

*Una semana después.*

El sol se pondría en un par de horas, pero Chaz no quería retirarse sin cepillar a Salvaje.

El potrillo parecía echarlo en falta cuando no acudía a las cuadras. Lo recibía con un trote inquieto y un alegre movimiento de cola. Después apoyaba la cabeza sobre su hombro y, a menos que él se moviera, podía pasar así todo el tiempo del mundo.

Aquel comportamiento enternecía de tal manera a Chaz que decía a todo el que quisiera oírlo las beldades del hijo de Serena, su yegua favorita.

Un ruido mecánico lo sacó de su arrobamiento. Miró hacia el exterior de la cuadra. Sí. Era el cuatro por cuatro que una hora antes había estacionado a las puertas de la cabaña de Jed y Julie. Se había extrañado. No solían recibir visitas de personas que no conocieran bien, y aquel vehículo un tanto ajado no lo había visto jamás.

Se había preguntado de quién se trataría. Desde su cabaña la visión era limitada. El visitante había estado allí un buen rato, pero ahora parecía que venía a su encuentro.

—Pequeño —le dijo a Salvaje—, por hoy será mejor que lo dejemos.

El potrillo pareció entenderlo, porque dio un par de zancadas y fue a comer algo de paja fresca.

Chaz se lavó las manos y la cara con la manguera. Se secó como pudo con la toalla. Se colocó el cabello con los dedos y salió a recibir al visitante.

Si había pasado la muralla de Jedidiah era porque se trataba de amigos. De lo contrario, su hermano se hubiera encargado de que se largara de sus tierras cagando leches. También había podido interceder Julie. Ella esgrimía la extravagante teoría de que había que ser educados con los desconocidos, algo que ellos encajaban a duras penas.

Salió a la explanada delantera y permaneció de pie, piernas separadas y brazos cruzados, a la espera de que el todoterreno llegara a sus tierras.

No, no era un buen vehículo. La dirección fallaba hacia la derecha y aquel sonido gripado decía que el motor estaba en las últimas. La carrocería tampoco estaba en buenas condiciones. Abollada en el lateral y con el capó casi dividido en dos. La luna delantera estaba cubierta de polvo, lo que impedía ver a sus ocupantes. Debía haber atravesado los polvorientos caminos del sur para llegar allí.

El vehículo se detuvo a una docena de metros de donde él estaba. Aquello le extrañó. Lo normal hubiera sido aparcar a la sombra de los abetos, para huir del calor. Eso lo inquietó. Automáticamente pensó en tío Rhett. Quizá se había salido con la suya y aquellos eran unos matones que venían a darles una lección. Hacía justo una semana que había decidido abrir la maldita mina. Había ganado, tenían que reconocerlo. Tío Rhett había ganado la apartida. Ya solo era cuestión de esperar hasta que aquel paraíso se convirtiera en un lugar inhabitable, y los Mountain tuvieran que marcharse en busca de otras tierras.

El visitante permaneció unos minutos dentro del coche. Todo era demasiado extraño. Se preparó para lo peor, apretando los puños y tensando los músculos, por si tenía que defenderse. Quizá le dieran un par de golpes, pero quien fuera saldría mal herido. De eso estaba seguro.

Iba a ir en su búsqueda cuando la puerta del vehículo se abrió. Él se quedó parado, expectante. Y todas sus defensas se vinieron abajo cuando el ocupante salió al fin a la luz.

Se trataba de Tori. De Hortense Vanderbilt.

Al menos todo lo indicaba.

Estaba más delgada que cinco semanas atrás, pero eso no era todo: vaqueros y camiseta de tirantas. Estaba más bonita que nunca. Llevaba una simple coleta, que se ajustó cuando bajó del coche. Gafas de sol, por lo que era difícil saber qué pensaba. Siempre había oído decir en las montañas, a su padre, a su abuelo, que le mente está en los ojos y que se puede conocer a una persona si se los mira atentamente.

Chaz arrugó la frente. No. No iba a permitir que aquella visita inoportuna lo arrastrara de nuevo a la pesadilla de las últimas semanas. Posiblemente se había acercado a ver a Julie. Quizá a recoger algo olvidado. A lo mejor a sesionarse de que el embarazo marchaba como debía. Pero era seguro que aquella visita era una mera cuestión de cortesía. «Visitar al hermano solitario de Jed». Eso era. «Al pobre de Chaz». No había otra explicación. Debía grabarlo en su mente y no olvidarlo mientras ella estuviera allí.

Al fin Tori sonrió, se quitó las gafas, y Chaz tuvo que repetírselo una y mil veces para que no se le olvidara. Relajó la postura. Ella no debía descubrir cuánto le afectaba su presencia.

—Hola —llegó a su lado, pero se detuvo a una distancia prudente.

—Hola.

—¿Te acabas de duchas? —le preguntó, señalando el cabello y el cuello de la camisa mojados.

—Salvaje... —había que explicar demasiadas cosas—, bueno, sí.

Ella resopló y, con una mano, separó de su piel la húmeda camiseta. Los ojos de Chaz volaron al pedazo de piel que quedaba al descubierto.

—Hace calor.

—En la montaña sucede eso cuando el sol aprieta —pudo él modular, apartando la vista—. ¿Qué haces aquí?

Tori vaciló. Miró a ambos lados, como si buscara algo. Lo miró de nuevo a los ojos.

—Tenía que resolver un asunto importante.

—Lo había supuesto —chasqueó la lengua—. Pero no era necesario que te acercaras.

Ella asintió. Bajó la mirada a la tierra reseca. De ahí otra vez a sus ojos.

—Te queda bien esa camisa.

Chaz arrugó la frente.

—Tiene mil años.

—Aunque me gustas más sin ella.

Eso no podía estar pasando. La mujer que amaba, la que deseaba, la que le estaba prohibida, había perdido la cabeza.

—Tori, verás, yo...

Pero ella ya había recorrido los escasos pasos que los separaban, se había encaramado a su cuello y le estaba besando en los labios. Él lo acogió como el sediento que recibe un cántaro de agua fresca. Necesitaba esos besos. Los había necesitado desde que tenía uso de razón. Pero no. No podía. No podía. La apartó con cuidado, sin intentar ofenderla.

—¡Alto, alto! No soy de piedra —balbuceó—. Estás prometida, posiblemente casada, porque Julie me dijo...

—Que adelanté mi boda a esta semana.

—Así es... ¿por qué no estás de luna de miel?

Ella inclinó la cabeza. Estaba guapa a rabiar. Deseable a más no poder.

—¿Por qué crees tú?

De pronto supo la verdad. Y era mucho más espantosa de lo que podía haber imaginado.

—¿Has venido de viaje de novios a las montañas?!

De ser así tendría que verla a diario. ¿Durante cuánto? Semanas. Quizá meses. Había oído decir que los ricos se tomaban con tranquilidad aquello de las vacaciones. Habría comidas familiares, el nacimiento de su sobrino, y él tendría que soportar ante sus ojos el amor de Hortense por otro hombre, por su esposo, por...

Ella lo sacó de aquellos patéticos pensamientos.

—Así puedo escaparme y meterme entre tus sábanas.

Tori intentó besarle de nuevo, pero él retrocedió.

—¡Alto, alto! Aquí no somos así. Yo no soy así. Debes volver con tu esposo. No regreses aquí. No pises estas tierras o...

Pero ella era más hábil, y logró zafarse entre sus brazos, deslizarse contra su pecho y besarle de nuevo.

Era terrible y maravilloso, pensó Chaz. Ardería en el infierno, pero después de un baño de ángeles como aquel. Consiguió chafarse de nuevo, más débil, con menos insistencia.

—No, por favor.

—No sabes cuántas noches he soñado con tus besos —le susurró ella al oído, tras chuparle el lóbulo de la oreja.

Chaz gimió.

—Si no paras te voy a coger en brazos, te voy a meter en mi cabaña, en mi cama, y no te dejaré escapar.

A Tori se le erizó la piel solo de pensarlo.

—¿Y por qué no lo haces?

Ella le estaba lamiendo el cuello. Daba pequeños bocados con los dientes para después pasar la lengua. Eso hacía que la sangre fluyera por sus venas, que lo esponjara todo, que lo llenara todo.

—No lo hago —gimió— porque después tendré que coger mi escopeta, buscar a tu marido y dejarte viuda.

—Eso es terrible.

¿Cómo podía besar tan bien aquella mujer?

—Por eso te pido que pares, Tori —apenas conseguía articular las palabras—, y vuelvas a donde diablos hayas venido.

Ella subió con la lengua hasta su barbilla, una pieza dura, como todo él, que le encantaba.

—No lo voy a hacer, Chaz.

—Te vas a convertir en mi perdición. Contra ti no puedo luchar.

—Hazme el amor —le susurró al oído—, como aquella noche en el bosque.

—No, por favor.

Ella se apartó, lo justo para mirarlo a los ojos.

—¿Si te cuento algo, accederás?

Un poco de aire. Eso era lo que necesitaba. Recobrar fuerzas contra ella. Miró hacia abajo. Sus pantalones estaban a punto de estallar. Él también.

—Debes marcharte —volvió a la carga. A aquel sentimiento encontrado, porque no quería que se fuera.

Ella permaneció callada unos instantes, mirándolo directamente a los ojos. Al fin habló.

—No me he casado.

Fue como si hubiera dicho unas palabras libres de significado.

—¿Cómo?

—No me he casado —repitió—. He dejado a Tobías.

Él parpadeó varias veces.

—No... no entiendo nada.

Tori se apartó. No quería torturarlo más. Cuando hacía ya una hora larga había hablado con Julia y con Jedidiah, y les había contado todo, ellos... ellos le dijeron que Chaz la recibiría con los brazos abiertos.

Había sido durante el trayecto de una cabaña a otra cuando se le ocurrió aquel pequeño juego. Para quitar hierro. Si se presentaba y se lo soltaba a la cara. Que no se había casado... podría darle algo.

—Alguien me dijo una frase —continuó Hortense—: «algo a lo que agarrarse en las noches en que me siento sola». Y pensé que mi vida no podía ser así. Si tenía que elegir entre dos puertas donde había tigres hambrientos, elegiría aquella donde he llegado a sentir algo maravilloso.

—No entiendo nada —¿Qué era toda aquella locura?

—Tengo que hacerte una pregunta importante, Chaz.

Él meneó la cabeza. Entre el deseo y la confusión estaba aturdido.

—Tori, no consigo comprender nada.

—Intentémoslo —le puso una mano en el hombro—. Tú y yo. No sé cómo terminará esto. Pero si no lo intento sé que me arrepentiré toda mi vida.

Él se dio la vuelta. Necesitaba ordenar ideas. Llevaba un mes intentando quitársela de la cabeza, y ahora...

Se giró para encararla. Estaba muy serio.

—Yo tengo que hacerte tres preguntas.

—Por supuesto —contestó solícita.

—¿Y tu estilo de vida? Yo no podré acercarme ni de lejos a todo ese...

—Si necesito volver a la ciudad algunas temporadas lo haré —le aclaró con absoluta sinceridad—. Incluso tú puedes acompañarme. Estas cinco semanas, en el único lugar donde quería estar era en estas montañas.

El asintió. Era una buena respuesta.

—¿Y tu familia? —aquello le preocupaba—. Si han llevado mal lo de Julie, esto...

—Mamá me conoce. Cuando se lo he contado no ha dado saltos de alegría, pero confía en que sabré qué es lo mejor. Y mi padre nunca lo aceptará. Pero contaba con eso.

Chaz asintió. Se rascó la barbilla. Se pasó la mano por el cabello húmedo. Se remangó una manga.

—De acuerdo —dijo al fin—. Podríamos intentarlo.

Tori se sintió feliz, pero no quería que quedara ninguna duda sin resolver.

—¿No me vas a hacer la tercera pregunta?

—¿Por qué has venido en ese coche cochambroso?

Soltó una carcajada. Al fin estaba de vuelta el Chaz que conocía. Había tardado uno minutos en seguirle el juego, pero había regresado.

—Era el único que me querían alquilar para subir a las cumbres. ¿Ya está todo?

—Tobías. ¿Cómo se lo ha tomado?

Ella sintió la tristeza de haberle hecho daño.

—Mal al principio, pero ha escuchado mis argumentos. Se lo he contado todo. Con pelos y señales. Se tomará un tiempo, pero seremos buenos amigos. Es un buen tipo.

—Bien.

—¿Bien? —habría deseado que la cogiera en brazos y la llevara a la cama.

—Sí, me parece bien —Chaz se metió las manos en los bolsillos y no se movió de donde estaba.

—¿Ya está?

Poco a poco una sonrisa pícaro se fue formando en sus labios. Ella sonrió al imaginar lo que le esperaba. Él la atrajo. La besó y la cogió en brazos. Empezó a caminar hacia la cabaña.

—Has ideado esta llegada para martirizarme, ¿a que sí? Me he permitido una pequeña venganza.

—¡Oh! Chaz —lo besó de nuevo.

—Ahora te voy a quitar la ropa—la amenazó— y te voy a meter en mi cama.

—Sé hacerlo yo sola.

—Entonces quítamela a mí.

—También sé hacerlo.

Él sonrió. Se sentía feliz. Como nunca.

—Creo que tú y yo nos vamos a llevar bien.

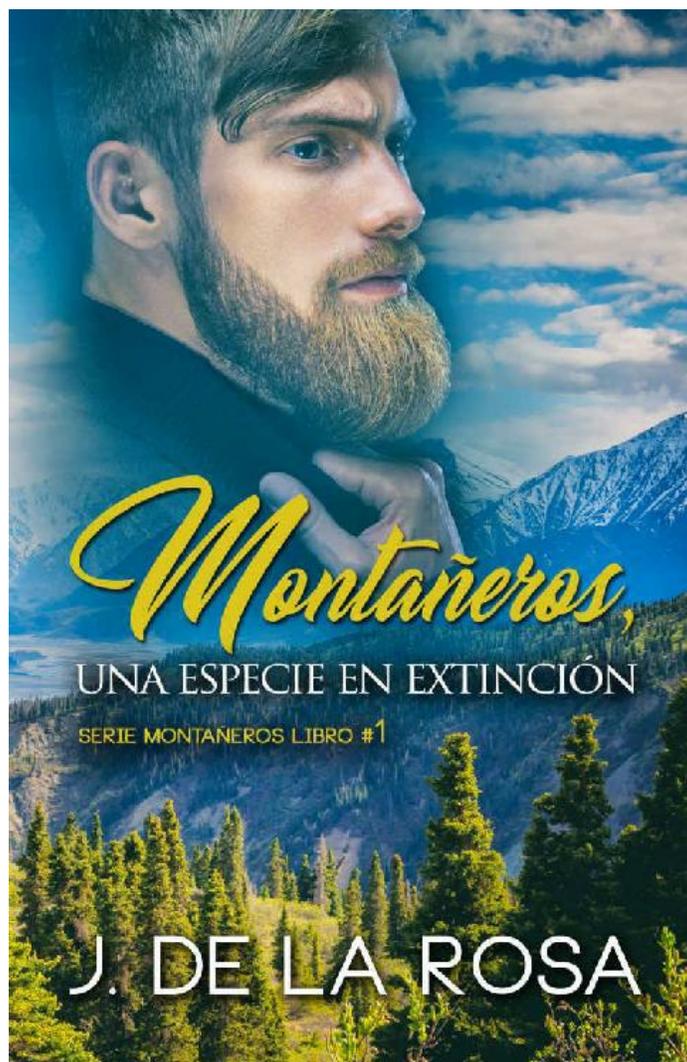
—Y yo creo que voy a pasar mucho tiempo en las cumbres.

Cuando llegó a la cabaña, cerró la puerta con el tacón de su ajada bota, y cuentan que no volvió a abrirse durante los próximos tres días.

Si te ha gustado esta aventura veraniega  
de los *Mountain*, deja una valoración en su punto  
de venta de *Amazon*.

¡Gracias por leerla!

## OTRAS NOVELAS DE J. DE LA ROSA



### *MONTAÑEROS, UNA ESPECIE EN EXTINCIÓN #1*

<https://cutt.ly/0tzKltD>

Los Mountain, una familia de hombres marrulleros, hoscos y salvajes, son los dueños de la montaña. Al menos así lo creen ellos, que tratan al resto de habitante de Great Peak como si fueran forasteros, aunque sus antepasados llegaron a la zona cien años atrás.

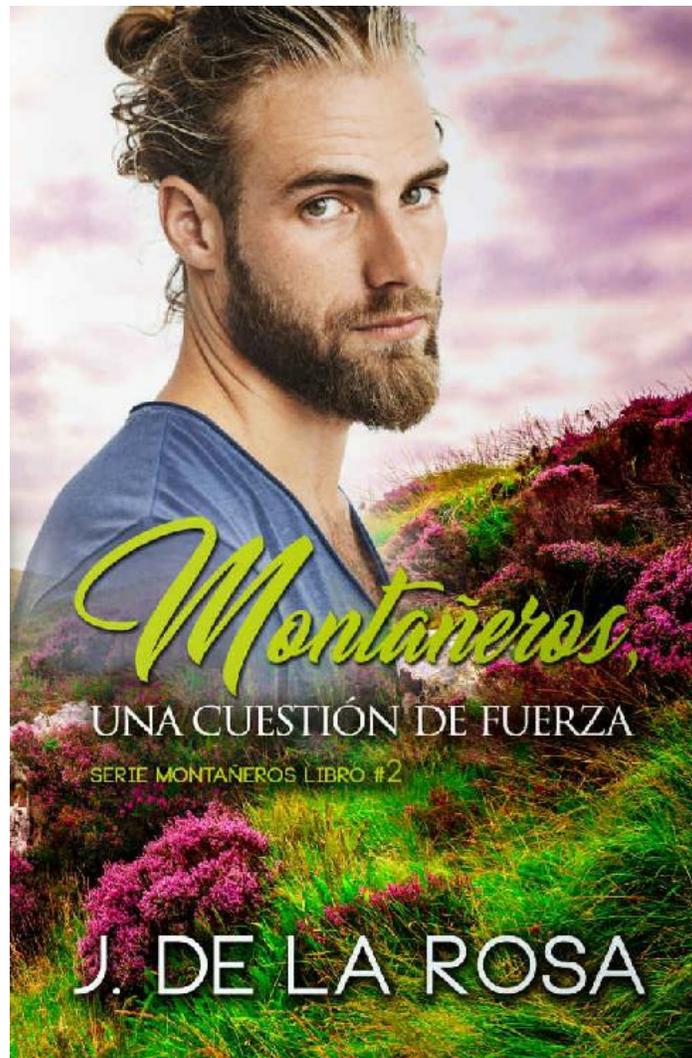
Cuando tío Rhett Mountain decide explotar la mina de plata descubierta en sus propiedades, todos saben que la apacible vida de la comarca desaparecerá con ella. Pero Jedidiah Mountain, el mayor de sus sobrinos, tiene una idea para que los planes de su tío no se lleven a cabo.

Mientras tanto, la bióloga Julia Vanderbilt está decepcionada porque su carrera profesional se encuentra limitada a los oscuros sótanos del museo donde clasifica especímenes que otros han encontrado.

Cuando su jefe de departamento, el apuesto Richard Howard, le ofrece acompañarlo a las montañas para llevar a cabo un trabajo de campo, se siente la mujer más feliz de mundo. Lo que ignora es que tendrá que vérselas con Jedidiah y con el resto de los Mountain, tarea que no hará fácil su trabajo y le permitirá comprender que hay un

tipo de hombres a los que les vendría bien una cura de humildad.

«Una especie en extinción» es la primera entrega de la serie «Montañeros».



***MONTAÑEROS, UNA CUESTIÓN DE FUERZA #2***

<https://cutt.ly/htzKxs9>

Si hay una familia de hombres hoscos y salvajes esos son los Mountain. Viven en las montañas, de las que se creen sus dueños, por encima del resto de habitantes del idílico pueblo de Great Peak. Un paraíso que, de salir adelante el proyecto minero del tío Rhett, dejará de serlo en breve.

Cuando Carlisle Mountain descubre que Elizabeth ha vuelto al pueblo, no da crédito. La última vez que se vieron ella le juró que nunca perdonaría lo que le había hecho y que jamás, jamás, regresaría a las montañas. Entonces, ¿qué ha traído de vuelta a casa a aquella muchacha desgarbada y divertida de la que siempre estuvo enamorado?

Pero la mujer que se fue no es la misma que ha vuelto. En esta ocasión trae un cometido y un estudiado plan de venganza sobre Carlisle y su familia.

Además, otro misterio se cierne sobre las cumbres heladas: una aparición, una figura velada que solo parecen poder ver los Mountain, una visión que, según las leyendas, solo se manifiesta cuando se aproximan desgracias.

«Una cuestión de fuerza» es la segunda entrega de la serie «Montañeros» después del éxito de «Una especie en extinción».